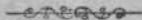


D. ANTONIO DE VALBUENA  
(MIGUEL DE ESCALADA)

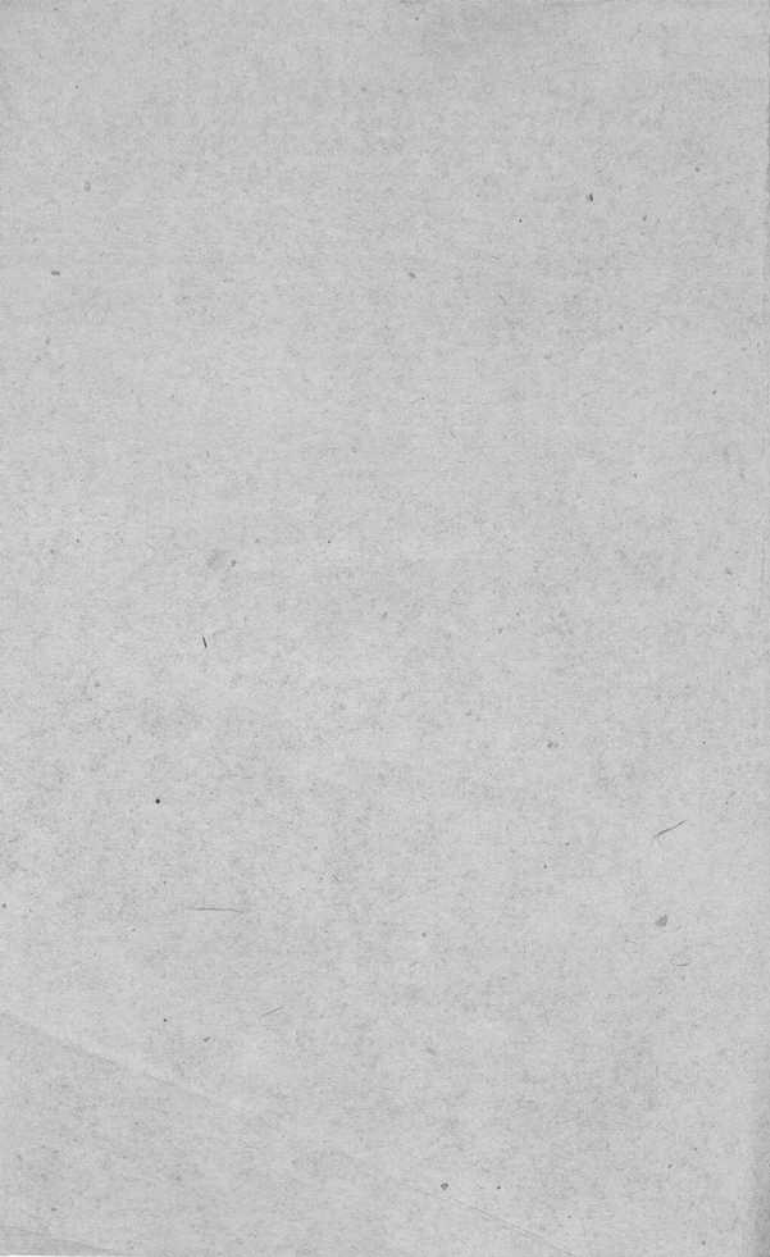
---

# REBOJOS

(Zurrón de cuentos humorísticos)



MADRID  
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ  
*Calle de Preciados, 48*  
1901



D6CL  
A

# REBOJOS

C. 1127461  
t. 97855

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

	<u>Pesetas</u>
<b>Ripios aristocráticos</b> (sexta edición): un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>Ripios académicos</b> (tercera edición): un tomo en 8. <sup>o</sup>	3
<b>Ripios vulgares</b> (segunda edición): un tomo en 8. <sup>o</sup>	3
<b>Ripios ultramarinos</b> (primero, segundo y tercer montón): tres tomos en 8. <sup>o</sup> (segunda edición).....	9
(Se venden separados.)	
<b>Fe de erratas del Diccionario de la Academia</b> (tercera edición): cuatro tomos en 8. <sup>o</sup> .....	12
(Se venden separados.)	
<b>Agua turbia</b> , novela: un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>La Condesa de Palenzuela</b> , novela.—¡A buen tiempo!, idem.—Inconsecuencia, idem.—La prueba de indicios, idem.—Metamorfosis, idem.—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de <b>Novelas menores</b> .....	3
<b>Capullos de novela</b> : un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>Agridulces</b> (políticos y literarios): dos tomos en 8. <sup>o</sup>	6
(Se venden separados.)	
<b>Historia del corazón</b> (idilio). Agotada.	
<b>D. José Zorrilla</b> , estudio crítico-biográfico.....	4
<b>Pedro Blot</b> , traducción de Paul Feval.....	2
<b>La Iglesia y el Estado</b> , traducción del P. Liberatore. Agotada.	
<b>Cuentos de barbería</b> , edición ilustrada. ....	2
<b>Sobre el origen del río Esla</b> (con un mapa).....	2

### EN PRENSA

**Ripios geográficos.**

**Ripios ultramarinos**, montón 4.<sup>o</sup>

### EN PREPARACIÓN

**El Beato Juan de Prado.**

**Imitación de Cristo**, de Kempis. Traducción del latín.

**Ratoncito Nosemás.**

**Fe de erratas**, tomo V.

**Diccionario de la lengua castellana.**

# REBOJOS

(Zurrón de cuentos humorísticos)

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)



Angel

Grande Ordóñez

Nuevo, 20 - LEON 6-III-51

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

—  
1901



R. 80887

*Es propiedad.—Queda  
hecho el depósito que mar-  
ca la ley.*

## UN POCO DE PRÓLOGO

La palabra que sirve de título á este libro no está en el Diccionario de la Academia, ó por lo menos, no está como es, sino contrahecha y desfigurada.

En lugar de REBOJO, la Academia pone *regojo*...

¿Que por qué razón...?

¡Ah! por ninguna.

Ni la hay tampoco para tratar de inquirir la de los actos de la Academia, siendo como es y ha sido siempre la sinrazón la musa familiar de la casa.

Ya se sabe: los académicos, que regularmente suelen ser las tres docenas de españoles más indoctos y más atrasados de noticias, entre dos formas diferentes, la una racional, etimológica y en uso, y la otra zafia, caprichosa y desconocida,

eligen siempre esta última; pues no parece sino que con la misma fuerza con que el imán atrae al hierro, les atrae á ellos el desatino.

Hay, por ejemplo, un verbo BATUCAR, diminutivo-despreciativo de BATIR, que sobre tener uso muy frecuente en el reino de León, lo cual ya constituye el mejor diploma de legitimidad de una palabra, se halla empleado repetidamente, con sus derivados BATUQUEO y BATUQUERIO, en una obra clásica, *La Pícarra Justina*, cuyo autor, Fr. Andrés Pérez, figura en la lista académica de autoridades.

Los académicos, en un raro intervalo de sensatez, pusieron ese verbo en su Diccionario.

Pero se encontraron después con que en un libro de Quevedo se leía *bazucar*, quizá por error de imprenta, quizá porque el festivo y genial escritor quisiera estropear la palabra, acomodándola así á la bastura de algún personaje, y pusieron también en el Diccionario *bazucar*, diciendo que venía de *bazo*, con otras majaderías por el estilo.



Llegó un día en que quisieron descartar una de las dos formas, y... naturalmente, descartaron la buena, la castiza, la usada, conservando la zafia, la caprichosa, la corrompida: suprimieron el BATUCAR y el BATUQUEO, y se quedaron con el *bazucar* y el *bazuqueo*.

Y eso que el etimologista, ejerciendo con ellos la caridad, les ha quitado aquélla del *bazo* y les hace decir que el verbo viene del latín *batuere*. ¡Pero, nada; porque viene del latín *batuere*, y en vista de que viene del latín *batuere*, borran el BATUCAR y sostienen el *bazucar* los grandísimos... zampatortas!... Nada más: no los llamen ustedes rocines ni les digan que discurren con las herraduras, porque serían capaces de irritarse...

Bueno: pues REBOJO es también palabra de uso frecuentísimo en el país clásico de nuestro idioma; de ella se ha formado el verbo REBOJEAR, mendigar, merodear, andar al rebojo, con el sustantivo verbal REBOJEO, acción de REBOJEAR, y el adjetivo REBOJERO, amigo de REBOJEAR, aficionado al REBOJO, y la frase «hacer

REBOJOS de pan tierno», hacer melindres, quejarse de vicio, todo muy usado; es también el REBOJO de origen castizo, y tiene también á su favor autoridades sabias, aun cuando hayan tratado de despojarle de ellas editores necios y petulantes por medio de falsificaciones alevosas.

REBOJO, antes *reboxo* y antes *rebollo*, es la forma última de esta palabra, que vino, como el BOLLO, tan conocido, y como el BOLO, píldora grande, del *bolus* latino, bocado ó terrón de cualquier cosa, y del *bolos* griego, terrón de cualquier sustancia. Es la misma transformación de *carballo* en *carbaxo* y CARBAJO; sólo que aquí la forma antigua *carballo* quedó relegada al territorio gallego, que es donde se llama *carballo*, *carballedal*, *carballeda* á lo que en León CARBAJO, CARBAJAL, CARBAJOSA...; mientras que de la otra palabra coexisten las dos formas en castellano, REBOJO y REBOLLO, la nueva y la antigua: ésta para designar al roble gordo y figuradamente á la persona gorda y rolliza, y la otra para designar el pedazo de pan que se deja de sobra en la mesa,

y que suele haber perdido la forma angular que le diera el cuchillo al partirle, volviendo á tomar la redondeada.

También sobre el REBOLLO está cansada de barbarizar la Academia, y todavía sigue barbarizando. Hasta poco hace decía que REBOLLO era «*el retoño de las raíces de los robles*», y REBOLLAR «*el sitio en que los retoños de las raíces de los robles se multiplican*». Pero al llegar al adjetivo REBOLLUDO... que no podía significar más que «parecido al rebollo», «de propiedades de rebollo», decía que significaba *rehecho y doble*, y añadía que se llamaba «*diamante REBOLLUDO el diamante en bruto grueso y de forma redondeada*». ¿De dónde habría salido aquel REHECHO y DOBLE para el REBOLLUDO, si el REBOLLO fuera el retoño de la raíz del roble, es decir, un tallito delgado y esbelto?... Siendo el REBOLLO un sencillo retoño de roble, una vara alta, recta y flexible, ¿por qué los joyeros habían de llamar REBOLLUDO á un pedrusco redondo como una bola?...

Si los académicos hubieran tenido alguna vez sentido común, esto les hubiera

hecho discurrir y buscar la verdadera significación de REBOLLO. Pero, como no le tienen, no han discurrido, y en cuanto á buscar, han buscado á dos ingenieros de montes muy presumidos para que les ayudaran á dar forma científica á sus disparates. Con estas ayudas ha salido empeorada en el último Diccionario la definición de REBOLLO, pues la comienzan diciendo que viene de *robur*, *roble*, lo cual es una barbaridad, y luego siguen: «Arbol de la familia de las capulíferas, de unos veinticinco metros de altura...», etc., definiendo una variedad del roble, sin separarse apenas de la definición que ponen en el artículo ROBLE, como no sea en decir aquí que las hojas son *caedizas*, y allí que son *perennes*, lo mismo que podían haber dicho lo contrario, porque unas y otras se caen.

No es eso, no. Ni REBOLLO viene de *robur*, sino de *bolus* y *bollo* (1), ni el roble

(1) Este mismo es el origen de *repollo*, por más que la Academia diga que viene de *repululatus* (1), vuelto á brotar. ¡Como si no siendo brotado de segunda vez, no fuera *repollo!*...

es REBOLLO por tener las hojas de una ó de otra manera, sino por ser grueso.

Volviendo al REBOJO, ya he dicho que tiene á su favor, además del uso popular, alguna autoridad irrecusable.

Casi seguro estoy de haber leído la palabra REBOJO en el famoso periódico leonés *Fray Gerundio*, de D. Modesto de la Fuente; mas como entonces no sabía ni sospechaba que fuera desconocida de la Academia, no tomé nota; y ahora no tengo tiempo de comprobarlo.

Pero otro insigne escritor leonés, el Padre Isla, escribió la palabra REBOJO por lo menos dos veces. Una en la traducción del *Año Cristiano*, del P. Juan Croisset, y otra en la traducción del *Gil-Blas de Santillana*.

En la primera de dichas obras, en la vida de Santa Clara de Asís, fundadora, cuya fiesta se celebra el 12 de Agosto, ponderando el amor de la santa á la virtud de la pobreza, dice:

«No gustaba de que los frailes, que salían á pedir limosna para el convento, traxesen panes enteros, sino los mendru-

gos y REBOXOS que sobraban á los que la hacian.»

Así se lee en la edición hecha en Madrid por la Real Compañía de Impresores, imprenta de Andrés de Sotos, año de 1781.—Tomo de Agosto, pág. 232.

Pero luego se le enmendó irreverentemente la plana al P. Isla, haciéndole decir *reojos*, con sujeción al Diccionario, según se ve en la edición de la Librería Religiosa de Barcelona, hecha en casa de Riera, en 1854, y en las posteriores.

En la otra obra, en el capítulo VIII del libro II, pone el P. Isla en boca de Gil-Blas, cuando se había juntado con el barbero, y los dos con el comediante que estaba remojando pan en la fuente:

«Comenzamos entonces á roer nuestros REBOJOS...»

Así escribió seguramente el P. Isla, y así está todavía en una edición hecha en Madrid en 1787 en casa de Manuel González, que no debe de ser la primera (1).

(1) Ni la primera ni ésta de 1787 se hallan en la Biblioteca Nacional.

Pero en otra edición hecha igualmente en Madrid, diez años después, en casa de la Viuda de Marín, ya el corrector no entendió la palabra y cambió la *b* en *h* poniendo *rehojos*, aunque así la entendería menos; y luego, en otra hecha en Burdeos en 1822, bajo la dirección, según se dice, del P. Marchena, que habría leído ya el Diccionario, se consumó el atentado poniendo *regojos*.

Sólo faltaba ahora, después de estas escandalosas falsificaciones, que la Academia saliera un día citando para sostener su *regajo*, la autoridad del P. Isla...

Conste, por si acaso, que el P. Isla escribió siempre REBOJO, ó REBOXO, según la ortografía en uso; y conste que el *regajo* no tiene á su favor autoridad ninguna... más que la del Diccionario académico, que es lo mismo que carecer de ella.

Prueba de que no tiene autoridad es que, habiendo aparecido en el primer Diccionario académico, en el llamado de autoridades, donde casi no hay palabra que no lleve su autoridad buena ó mala,

al *regojo* no le pusieron ninguna. Si la hubiera habido, se la hubieran puesto indudablemente (1).

Tampoco tiene etimología.

Sin ella entró en el Diccionario, y sin ella ha corrido. Al hacer la duodécima edición con etimologías, el encargado de prestar este favor á los académicos le puso una extravagante: dijo que *regojo* venía del latín *recogere*... ¡Como si el REBOJO no fuera tal sino por el hecho de ser *recogido*!

Al mismo etimologista le debió de parecer muy mala y muy disparatada esta etimología de *regojo*, cuando en la edición siguiente, que es la última, se la quitó para ponerle otra. Pero se la puso más disparatada todavía. Ahora dice que *regojo* es del latín *recolectus*... ¡Mire usted que creer que de *recolectus* ha podido llegar á formarse *regojo*!...

(1) Sólo al diminutivo *regojuelo* le pusieron unos versos malos de un Fray Nicolás Bravo, especie de Carulla de su tiempo, que escribió un poema muy largo en octavas reales, titulado *La Benedictina*.



No, que no le den vueltas; *regojo* no tiene etimología: ni es de *recogere*, ni de *recolectus*. ¿Qué etimología ha de tener, si es una tontada?

¿Pero cómo entró esa tontada en el Diccionario?—se me preguntará.

Pues muy sencillamente. Como entraron *grodetur*, *abaldonar*, *acorzar*, *letuario* y otras muchas... Verán ustedes.

Un académico de los primitivos tenía una criada muy bestia, que se llamaba *Gonifacia*, según ella decía, y la había comprado un *regociño* su *agüelo*.

Un día que la señora la reprendió porque se había eternizado en la compra, la contestó disculpándose así:

—Pus no he podido *golver* antes, porque ha habío *regolución* en el mercao. ¡Anda!... con que he venío echando los *gofes*...

—Te entretendrías á hablar con algún novio,—la decía el ama.

—No, señora. ¡Sí, *güena* soy yo pa eso! Al primero que me se arrime le doy una *gofetada* que le *güelvo* loco, y tié que *gomitar* desde lo que comió el año pasao...

Otro día estaba *Gonifacia* limpiando el polvo á la mesa del despacho, y comiendo por no perder el tiempo.

—¿Qué comes?—la dijo el ama sospechando que fuera alguna golosina que hubiera hurtado.

—Un *regojo* de pan,—respondió *Gonifacia* abriendo la mano y mostrando el REBOJO.

—¿Qué has dicho? ¿Qué es eso?—la preguntó el académico, que entraba entonces.

—Un *regojo* de pan,—repitió ella en voz más alta.

—¿Y eso es un *regojo*?...

—Sí, señor: esto...

El académico examinó el pedazo de pan, apuntó la palabra tal como la criada se la decía, y se la llevó á sus compañeros, que, tan necios como él, la recibieron como agua de Mayo.

Tal es la historia y tal es la *autoridad* del *regojo*... La misma de *gofes*, etc.

Quedamos, pues, en que el *regojo* es una tontería académica, y en que la palabra castellana es REBOJO, con la etimo-

logía y la significación que he dicho. Y en la otra acepción de «muchacho pequeño de cuerpo», que dicen los académicos, también es una tontería el *regojo*, porque eso se llama REDROJO (de *redro* y de *retro*), tardío, atrasado.

Y ahora... ¿que por qué llamo REBOJOS á estos cuentos?...

Pues yo les diré á ustedes: porque no les debía llamar de otra manera. Determinado á darles un nombre alimenticio, pues al fin y al cabo son alimento del alma, si ese nombre había de ser precisamente del ramo de panadería, ó de *panificación*, como ahora se dice, ya que el pan es el alimento por excelencia, no les podía dar otro que el de REBOJOS, que en materia de pan son lo ínfimo.

Bien sé que esto no es lo corriente. Bien sé que lo común entre escritores es poner á sus libros nombres de lo más exquisito en la clase. Uno que es aficionado á la música, suele llamar á sus versos *Melodías*, ó *Armonías* por lo menos: otro, que

prefiere la escultura, los llama *Bronces*, *Medallones*...: el otro, á quien le da por lo pictórico, los llama *Cuadros*, *Fototipias*, *Miniaturas*...; y hasta hay un señor Palma, allá del Perú, que se ha servido bautizar unas composiciones cortas, y malas por supuesto, con el nombre de *Filigranas*.

Yo no entro en eso. Yo creo que los escritores, por el hecho de serlo, no estamos dispensados de tener algo de modestia. Y no estando reñido del todo con esta hermosa virtud, no podía dar á la obra otro título.

¿Que luego ustedes le encuentran impropio, que les parece demasiado humilde?... ¡Ah! me alegraría mucho. ¿Que dicen ustedes al libro ó al autor: *Amice, ascende superius* (1), como al convidado á la boda?... Crean ustedes que me alegraría muchísimo.

Pero eso de mejorar la calificación, ha de ser cosa de ustedes, no mía. Porque si yo lo hiciera, vendría de muy cerca el

(1) Lucæ, XIV, 10.

favor y habría lugar á recordar aquello de «¿quién alaba á la novia? su madre la tocha».

No: el nombre, por mi parte, está bien puesto.

No había yo de ir á llamar á mis propios cuentos «mantecadas», ni «bollos», ni «rosquillas»...

Ni siquiera «panecillos de Viena».



## EL FENÓMENO

—Vamos, ¿te decides á que pongamos mi proyecto en planta?

—No sé qué te diga... Puede costarnos cara la broma.

—No lo creas... Al contrario, nos valdrá buen dinero. Sacamos en un santiamén treinta ó cuarenta duros, que nos vienen de perillas para pasar estos días de antruido alegremente.

—Mira que si se llega á descubrir, se va á levantar contra nosotros una polvoreda terrible; y después de habernos pasado el invierno estudiando sin levantar cabeza, sería una triste gracia perder el curso, y la carrera acaso.

—No temas: nadie se enterará, nadie sabrá nada; lo tengo todo bien pensado. Exhibimos el fenómeno mañana mismo, nos cogemos callandicamente el dinero de las entradas, y por la noche hacemos una gorda para celebrar el *Domingo gordo*.

—Pero ¿y el fenómeno, quién nos le proporciona?

—Por eso no te apures: ya tengo la cosa convenida con un traficante, que por una modesta gratificación nos le deja.

—¿Y cómo anunciamos la exhibición al público para que acuda á presenciarla?

—Por carteles pegados en las esquinas, como se anuncian siempre esas cosas.

—¿Por carteles?... ¿Y quién nos los hace?

—Una imprenta cualquiera.

—¿Y quién los encarga? ¿Quién va á recogerlos? ¿Quién los fija?... ¿Quién se pone luego á cobrar, á la puerta?... En fin, ¿quién da la cara para todo lo que sea necesario?...

—Mi patrón, hombre, mi patrón, el señor Manuel, que es pieza de rey para esas cosas... ¿No te acuerdas de cuando enseñaban el gigante portugués en la calle del Paso?... Pues él era también el que cobraba la entrada... El se encargará de todo eso, descuida; y nos lo hará perfectamente.

—¿Y si le preguntan la procedencia del fenómeno?...

—Dirá que le han traído unos franchutes que posan en su casa.

—Y ¿dónde hacemos la exposición? ¿dónde tenemos local aparente?...

—Ya le tengo elegido: un sitio muy á propósito, y de balde. Aquel casón des-



tartalado de la calle de la Rinconada, el antiguo palacio del Conde de Valdemora, donde estuvieron también las fieras de Bernabeau y después el elefante Pizarro... Tiene la casa un corralón inmenso, y á la derecha una cuadra con puertas grandes, todo pintiparado. En el corral, con tablas de la carpintería establecida en el piso bajo del palacio, y en la que mañana por ser domingo no trabajan, preparamos unos asientos para los espectadores, y en la cuadra, enfrente de las puertas, ponemos el monstruo completamente oculto hasta que llegue el caso, es decir, hasta que el corral se llene de gente... Hasta tiene la casa una puerta trasera que da á la Ronda, por donde podemos salir, sin que nadie dé cuenta, una vez hecha la recaudación y exhibido el fenómeno al público... ¿Te animas?

—Lo pones todo tan llano y plano, que casi me vas convenciendo.

—Quita el casi y date por convencido del todo.

—Si sale como tú lo pintas...

—Saldrá perfectamente, á las mil maravillas, no lo dudes... Si te parece, se lo diremos á Pepe Cañizal, y á Luis Barrios, y á Santiago Lomas, y á...

—Bueno: díselo si quieres á Cañizal y á Lomas y á Barrios; pero no se lo digas á mucha gente si no quieres que se trasluzca;

porque ya sabes lo que dice el refrán: «Cállalo, amigo; mejor lo callarás si no te lo digo.»

.....

Cosa de treinta años hará que pasaba esta conversación en una de nuestras ciudades más ilustres, entre Jerónimo Luna y Pedro Requejo, dos estudiantes de Teología, de raídos tricornios, de más raídas sotanas y de manteos aún más raídos con sus jirones correspondientes, señales inequívocas y honrosas de su antigüedad en la carrera.

Convencido Requejo, y aprobado definitivamente en otra junta algo más numerosa el plan de la exposición con todos sus detalles, Jerónimo Luna, que era el iniciador de la idea y autor del proyecto, desfigurando la letra por lo que pudiera suceder, escribió el anuncio: el amo de su posada, el señor Manuel, le llevó á la imprenta, de donde recogió los carteles impresos cuatro horas más tarde, y allá entre gallos y medias noches, el mismo señor Manuel, acompañado de Barrio y de Cañizal, el uno con una escalera de mano y el otro con una cazuela de engrudo, y hurtando las vueltas al sereno, los fué pegando sobre los de la última función teatral celebrada seis meses antes.

A otro día por la mañana las esquinas principales de la población lucían unos

grandes carteles amarillos que en letras de á palmo decían:

«!!!MONSTRUO NUNCA VISTO!!!»

Y luego, en otras letras algo más pequeñas, pero muy visibles, lo siguiente:

«Esta tarde á las tres y cuarto, en el corral del Palacio de Valdemora (Rinconada, 7), se exhibirá al público un FENÓMENO MONSTRUOSO, un animal tan raro y tan contrario á todos los demás de su especie, que tiene la cola precisamente donde los otros tienen la cabeza.

»*Entrada general*, dos reales. Los niños á mitad de precio.»

Excusado es decir que los carteles fueron muy leídos y comentados toda la mañana.

En cuanto pasó la hora de comer, y con el bocado en la boca, fué acudiendo gente hacia el lugar de la exhibición. A las dos de la tarde, hora y media antes de la señalada, estaban ya los alrededores del corral llenos de chiquillos y de niñeras; después fueron acudiendo también mozalbetes del Instituto y hasta algunas personas mayores.

—¿Cómo es el monstruo, chacha?—preguntaba un niño á su rolla.

—No lo sé, hijo—le contestaba la muchacha:—allá lo verás.

—Yo he calculao que ha de ser algún zorro marino,—decía con voz ronca un zapatero remendón muy aficionado á la historia natural y al aguardiente.

—Lo que yo siento es que acaso sea algún basilisco ó algún dragón—decía una cocinera vieja,—porque los he visto pintaos y ¡me dan un miedo!...

Por este estilo eran todos los demás comentarios con que el público impaciente entretenía el tiempo que le faltaba para llegar á la anhelada contemplación del fenómeno.

A las tres en punto entreabrió el señor Manuel la puerta del corral, y comenzó á cobrar entradas y á dejar pasar á los que iban pagando...

—Señor Manuel—le decía un granujilla,—me falta el ochavo *pa* el *rial*... ¡Déjeme usted entrar por los ocho cuartos!...

—Vamos, trae y pasa—decía condescendiendo el señor Manuel;—y eso que tú habías de pagar entrada completa, porque no eres ya de la cría de este año...

—¿Qué me cuentas del monstruo, Manolete?—decía familiarmente al cobrador su compinche el conserje de la Escuela de Veterinaria.

—Nada, chico—le contestaba el señor Manuel:—yo no le he visto, de manera que estamos iguales.

—¿Y no has oído siquiera de qué país procede?

—Creo que de... *Asnanía*...

—De Armenia querrás decir,—le replicaba el conserje.

—Puede ser que sea de Armenia, no estoy seguro.

—Sí; porque allí en Armenia fué donde paró el Arca de Noé, y deben de haber quedado por allí bichos muy raros...

—Este creo que es rarísimo...

—Sí, según reza el anuncio...

—¿Pero ese niño?—continuaba el cobrador dirigiéndose á una rolla que entraba embracilada con un rapazón que casi podía ser su novio...

—Este niño—contestaba ella,—¿por qué ha de pagar llevándole yo en brazos?...

—Es que le posarás luego,—replicaba el señor Manuel.

—¡Que pague, que pague!—gritaban algunos guasones desde la cola...

Los espectadores que iban entrando, después de un ligero reconocimiento del local, iban tomando asiento en las primeras filas de tablas.

Una colcha de percal azul con flores encarnadas cubría á manera de telón la entrada del establo.

Suponiendo que allí estaría el monstruo ó el fenómeno, los más atrevidos, ó los que

se tenían por más listos, se acercaban disimuladamente y desviaban un poco la colcha. Pero en vano, porque detrás de la colcha estaban las puertas... cerradas.

Cuando concluyó de entrar la gente que había en la calle, el patrón de Jerónimo Luna cerró de golpe la puerta del corral quedándose afuera.

Y como si aquel portazo hubiera sido la señal convenida, se oyeron al momento rechinar las puertas de la cuadra.

Gran expectación: algunos niños, que lloriqueaban impacientes, callaron; el público se quedó como en misa.

Medio minuto después una mano invisible recorrió la cortina, y apareció ante los ojos ávidos de los espectadores el monstruoso animal... que era un borriquillo amarrado al pesebre por el rabo.

---

Siguieron unos momentos de estupefacción... y de silencio, porque nadie quería ser el primero en confesar el chasco, ni en convencerse de la burla.

Después de unos instantes, un niño se atrevió á decir á su rolla:

—¡Chacha!... ¡Si es un burro!

—¡Calla, tonto! ¿Qué ha de ser un burro?  
¿No ves que tiene la cabeza pa atrás?

Las palabras de la inocente criatura fueron para muchos una revelación. Merced á ella iban creyendo lo que antes, aun estándolo viendo con los ojos, no se atrevían á creer ni á sospechar apenas.

Algunos trataron de alborotarse.

Los más discretos, cuando se percataron de que no había por allí nadie á quién pedir cuentas, se fueron escabullendo del corral sin decir nada.

Alguno se aventuró á decir para sosegar á los alborotadores:

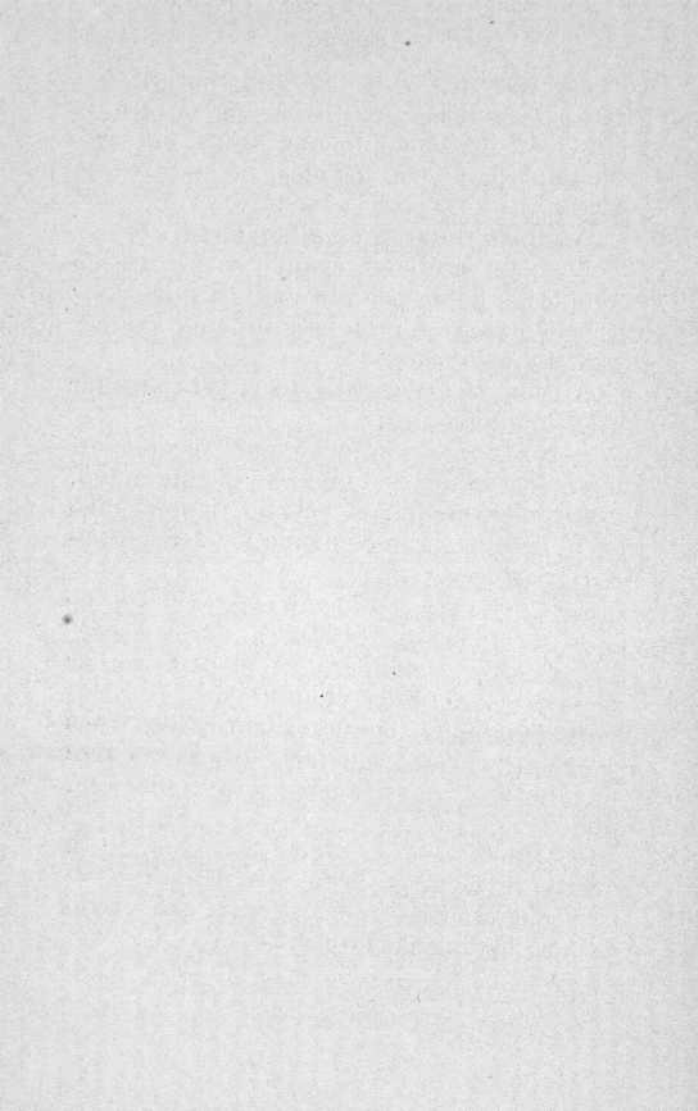
—No tenemos derecho para incomodarnos, pues se nos ha cumplido lo anunciado, escrupulosamente: el pollino tiene el rabo en el pesebre, que es donde los demás tienen la cabeza.

Las niñeras, cuando se convencieron de que era un burro, trataban de sacar el partido posible sirviéndose de él para pasear por el corralón á los chiquillos.

Mas cuando se comunicaban la idea unas á otras, llegó un aceitero, que haciéndose de nuevas y mostrándose muy enfadado, dijo:

—¿Quién sería el tuno que se divirtió en atar al revés á este pobre animalejo?

Y montándose en él, se salió del corral sin dar las buenas tardes.





## LO HIZO DE GRACIA

Chispo del todo nunca solía estar Lorencín; pero á medios pelos estaba casi siempre.

Advirtiéndole que si no llegaba á estar enteramente borracho, no era porque no bebiera todos los días lo suficiente para ponerse hecho una uva, sino porque, según decían sus amigos y compañeros de borrascas, hacía mucho vino.

Es decir, que podía beber mucho sin que apenas se le conociera, y muchísimo sin embriagarse del todo, pues con la cantidad del desequilibrante zumo con que otro cualquiera caía, ó por lo menos daba veinticinco traspiés por minuto, él se quedaba como si tal cosa.

Su oficio de herrero... porque han de saber ustedes que Lorencín, ó el *Gato*, como llamaban también á Lorenzo García, era el herrero de Vegamián, para servir á ustedes, y á todo el que llegara á su fragua,

que la tenía al otro lado del río, junto al camino real, entre la ermita de San Antonio y el mesón de Servando...

Su oficio de herrero decía él que pedía mucho vino, porque entre el calor del fogón y el ejercicio de machacar ¡daban una sed!...

Y sed de vino precisamente; pues el agua había él observado que, así como tiene la propiedad de endurecer el hierro, tiene también, por el contrario, la propiedad de ablandar al hombre.

—No es broma—añadía Lorencín, si alguno se reía de su observación,—no creáis que es broma: el agua endurece el hierro y el acero; por eso meto yo todos los días á chapuzar ahí en el río, después de bien caldeadas, las rejas y las herramientas de corte para que cojan temple, y en efecto, salen mucho más duras que antes de calentarlas. Pero esa misma agua del Porma que así endurece los hierros calientes, á los hombres acalorados por el trabajo los hace ablandar de un modo increíble. Lo sé por experiencia: el día que por casualidad bebo yo agua en lugar de vino al comer de mediodía, me ablando como una badana, y á media tarde ya parece que no puedo con el martillo.

Con estas teorías y con la tentadora vecindad de la taberna de Servando, que estaba á quince pasos de la fragua, frente por

frente, no hay que decir si Lorencín empi-  
naría el codo á menudo.

Que iba un vecino á hacer una reja nue-  
va... Pues en concluyéndola había que bau-  
tizarla.

Que iba otro á calzar otra ya muy gas-  
tada y muy roma... Pues para que asegu-  
rara bien la calzadura, después de trabajar-  
la á macho y martillo, era menester, no  
sólo templarla en el río, sino humedecerla  
un poco en la taberna.

Que iba otro á rebocar un hacha... Pues  
para dar suavidad al corte era bueno ro-  
ciarle con leche de cepas, porque si no, que-  
daba muy vidrioso y podía saltar al primer  
hachazo...

Que iba otro á echar el cabestrillo á una  
guadaña nueva... Pues si no se la cabru-  
ñaba con vino no andaría bien nunca.

Que llegaba un arriero asturiano á herrar  
el rocín... Pues terminada la operación ha-  
bía que mojar las herraduras.

Que pasaba arriba ó abajo un conocido y  
se paraba á saludar á Lorenzo y trababan  
conversación... Pues había que mojar las  
palabras...

Seguramente no había leído Lorencín  
aquellos versos de otro aficionado al vino,  
que dicen:

*Si bene commemini, sunt quinque causæ bibendi:*

Hospitis adventus, sitis presens, atque futura,  
Et vini bonitas, et quælibet alia causa (1).

Pero aunque no conociera estos versos, practicaba escrupulosamente la doctrina en ellos contenida, porque en cualquier cosa encontraba ocasión ó motivo para ir á la taberna.

Como estaba allí tan á mano...

Esta vecindad de la taberna tenía un valor tan grande á los ojos de Lorencín, que no cambiaba él la fragua de Vegamián por ninguna otra, aunque se la dieran de balde y con dinero encima.

Ya se le habían hecho proposiciones de traslado á otros pueblos mejorándole la contrata; pero Lorencín las había rechazado todas como tentaciones del enemigo, porque no creía posible encontrar otra fragua mejor situada; pues las que él había visto, verdad era que todas tenían cerca el agua para hacer los temples con comodidad; pero ninguna tenía tan cerca el vino.

Yendo yo una vez para León, cuando era estudiante, iba oyendo choclear una herra-

(1) Si bien lo recuerdo, son cinco las causas que hay para beber: la llegada de un huésped, la sed presente, la sed futura, la bondad del vino y cualquier otra causa.

dura del caballo, y me acerqué á la fragua de Lorencín para que se la clavase. Y como durante la operación sacara él su conversación favorita de lo cerca que estaba la taberna de Servando, le recité la famosa rondilla de Baltasar de Alcázar:

«Por cierto que es rica mina  
La taberna de Alcocer.  
*¡Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina!»*

—Eso he dicho yo siempre, señorito— exclamó Lorencín entusiasmado, dejando caer el pujavante;—esa ha sido siempre la mía, por más que no había oído nunca ese cantar tan gracioso, que no quiero que se me olvide...

Y diciendo esto, entró corriendo en la fragua, se dirigió al extremo de la derecha, donde había una tabla que á modo de andana de alacena pendía horizontalmente de dos charranchas clavadas á un tirante; trajo de allí un libro con forro de pellejo sin curtir y un tintero de cuerno; y desatornillando éste y sacando de la puntiaguda tapa una pluma de pavo, hincó una rodilla en el suelo y dió manos á escribir sobre la otra.

—¿Qué va usted á hacer?—le pregunté yo, algo contrariado por el retardo que iba á sufrir la operación de clavar la herradura.

—A sentar aquí la cuarteta—me contes—

tó,—si usted me hace la gracia de repetirla.

—¿Quiere usted que se la escriba yo?—  
le dije.

—Si usted se quiere tomar esa molestia, es mejor—repuso,—y yo seguiré herrando.

—Sí, mejor es,—le dije cogiéndole los chismes de escribir.

Y mientras él clavaba la herradura, le copié la redondilla de Alcázar en el libro de cuentas á lo bajero de una llana que empezaba con estos apuntes:

«Débeme Juan el Cuco tres ochavos, de tres alañas que le puse á una madreña.»

«Item Quica la Remellona, dos cuartos de un arquillo.»

«Pagóme Agapito el Cojo la mitad de la azuela que le hice el año pasado.»

«Me debe Agustinín dos reales de calzar una azadilla, poniendo yo el hierro...»

Lorencín aprendió luego la redondilla de memoria y se pasaba el día canturreándola al compás del martillo, ó con acompañamiento del triquitraque del fuelle.

Mas para eso la reformó primero acomodándola á las circunstancias.

Porque Servando el mesonero de Vega-mián, no se llamaba de apellido Alcocer, sino Muñiz, y, por consiguiente, no era propio llamar *taberna de Alcocer* á su establecimiento; pero era asturiano del concejo

de Aller, y esto dió pie al herrero para refundir la redondilla en esta forma:

Por cierto que es rica mina  
La taberna del de Aller.  
¡Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina!

Los lunes por la mañana solía tener Lorencín más trabajo que de ordinario, porque pasaban los arrieros asturianos para el mercado de Boñar y casi siempre le mandaban echar herraduras.

Una mañana llegaba á la puerta de la fragua Juanón el de Caleao con un rocín cargado de cerezas, y le decía:

—¡Gatu! *¿Pues* (1) ferrar?

—Pregunta si quiero, *Xuanón*—contestaba Lorencín;—porque si puedo y no quiero, ¿qué adelantas, burro?

—Querer, *selu* (2) yo que quieres siempre servir á los amigos—decía el asturiano.—  
¡Estaría *gienu* que non quisieres! *Pes* (3) si non fierras á *Xuanón*, ¿á quién vas á ferrar, hom?

—Al rocín, majadero, al rocín,—contestaba el Gato, que siempre estaba de buen humor y con gana de broma.

(1) Puedes.

(2) Lo sé.

(3) Pues.

Mientras Lorencín conservó con la afición al vino la afición al trabajo, las cosas no iban del todo mal, porque, como herrero, era Lorencín un gran herrero, de mucha disposición y de mucho aguante, y ganaba para todo: para pagar puntualmente los cuartillos y las *medias* á Servando, y para que su mujer y sus hijos (porque Lorencín estaba casado como Dios manda) no carecieran de cosa alguna.

Pero andando el tiempo, quiso el diablo, Dios nos libre de él, que con la afición al vino se le complicara á Lorencín la afición al juego; y entonces, en lugar de ir de vez en cuando á la taberna, espetarse su cuartillo y volverse á machacar, dió en pasarse en ella, jugando á la brisca, la mayor parte del tiempo que debía pasar trabajando en la fragua.

Por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, hizose muy amigo de un rabadán de merinas de la Condesa de Frañana, llamado Santiagón, borrasquero perpetuo y taberneador impenitente, que apenas asomaba á la majada en todo el verano.

En sentándose Lorencín y Santiagón á jugar á la brisca mano á mano y á beber jarras, ya no se sabía cuándo se habían de levantar... Primero jugaban un cuartillo, después media, después una azumbre, des-



pués las cabras... en fin, que aquello era la vida perdurable.

Había semana de la que pasaban los seis días sin que la fragua se abriera tres veces.

Y, es claro: como dice un refrán, molino parado no gana maquila; y según dice otro, donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón; y como Lorencín estaba todo el día parado, no ganaba jornal; y como no ganaba y gastaba, llegó pronto al hondón de sus ahorros, y aun más abajo, á las deudas...

Cuando mandaba á Servando sacar vino, solía el mesonero hacerle esta advertencia:

—Débesme lo de ayer, Lorencico.

—Apunta,—contestaba el herrero.

Al día siguiente, cuando volvía éste á pedir vino, volvía á advertirle Servando:

—Débesme lo de ayer y lo de antes de ayer...

—Apunta,—volvía á contestar Lorenzo inalterable.

Y con el apunta... y apunta, Lorencín mandando apuntar y el mesonero obedeciendo, llegó á haber en el libro de caja del mesón, á cargo y bajo el nombre del herrero, una letanía de cuartillos y medias azumbres, más larga que la de Nuestra Señora.

No se le hacía ya todo bueno á Servando, y una tarde en que Lorencín, que jugaba á la brisca con un aceitero, pidió por su cuen-

ta una azumbre, le llamó aparte por no meterle en vergüenza, y le dijo:

—Mira, Lorenzo: por ésta pase, porque está armada, y no quiero que quedes mal; pero desde mañana, si no vas pagándome algo de lo atrasado, no te vuelvo á dar gota. Ya lo sabes.

—¿Tienes miedo á perderlo, sarnosuco? —le contestó Lorencín con mucho pescuezo, y haciéndose el enfadado por la advertencia.—Pues has de saberte que sólo en herramientas del oficio, sin contar otras cosas y sin contar lo que me deben á mí, tengo yo para responder de mucho más que del valor del vino, de la taberna y del tabernero, fuera el alma.

Servando se achicó un poco ante la arrogancia del herrero, le dió lo que pedía, y no volvió á inquietarle lo menos en un par de semanas.

Pero luego, ya porque temiera para sí un mal resultado, ya porque le diera lástima de la mujer de Lorencín, la cual por bajo de cuerda le suplicaba todos los días que no diera vino fiado á su marido, lo cierto es que el mesonero volvió á cuadrarse.

—No te doy ni otro cuartillo fiado, Lorenzo, mientras no me pagues lo de atrás, aunque me lo pidas de rodillas,—le dijo un día muy formalmente.

Lorencín quiso otra vez hacerse el enfa-

dado ante la nueva intimación; pero esta treta ya no surtió efecto, porque Servando se mantuvo firme.

El herrero entonces se volvió á buenas con el tabernero, y le dijo:

—Escucha, Servando: yo conozco que por un lado tienes razón, porque te voy ya debiendo demasiado y de muy atrás, y, como suelen decir, cuentas largas, barajas nuevas... Pero si ahora no te pago porque no tengo dinero, bien sabes que tengo habilidad para ganarlo... y por otro aquél, voluntad de pagar tampoco me falta, y no de todos los deudores podrás decir lo mismo... ¿no es esto?... Y... quiere decirse que, si Dios me da salud, en cuanto pase el verano y se marchen las merinas y dejen de venir por aquí Santiagón y otros que me suelen entretener, me pondré á trabajar con codicia, empezará á llover en mi casa dinero como agua, y te lo pagaré todo cuarto sobre cuarto... ¿qué más quieres?...

—La verdad es—le contestó Servando, que era un bobalías y se dejó ablandar por la arenga,—la verdad es que no dejas de ponerte en razón, Lorenzo, y yo tampoco me aparto de lo justo ni quiero ser tirano... y casi no se le puede pedir más á un hombre...

—Pues más quiero yo hacer, aunque no me lo pidas—le interrumpió Lorenzo:—quiero que ajustemos la cuenta, porque,

como suele decirse, cuenta ajustada es media paga. ¿Que resulta que te debo tanto ó cuanto?... Pues te hago un papel quedando por ello, porque somos mortales, y...

—Bueno — dijo Servando: — vamos á ajustar la cuenta.

Y trayendo su libro de apuntes, le abrió por donde tenía de registro el forro de un librito de fumar, de la pantera, donde, bajo el epígrafe de *el erero*, comenzaba la lista de las medidas de vino consumidas por Lorencín, y dieron entre los dos principio al recuento.

Cuartillo aquí, azumbre allá, media más adelante, resultaron de la suma de las cinco llanas del libro que ocupaba ya la cuenta de Lorencín, treinta y cuatro azumbres y tres cuartillos, que, al precio de seis cuartos el cuartillo ó veinticuatro la azumbre, daban un total importe de *noventa y ocho reales y cuatro maravedises*, salvo error de pluma ó suma.

—Pues mira, para no andar con picos— dijo Lorencín al enterarse del resultado,— saca otros tres cuartillos por esos diez y seis cuartos que faltan para los cien reales, nos los bebemos en amor y compañía, y te deberé cinco duros redondos.

Hízose como lo propuso Lorencín, y cuando acabaron de beber el vino, dijo Servando:

—Ahora, si te parece, haremos el documento.

—Sí, hombre—le contestó Lorencín:—nada más justo... Hazle tú á tu placer, aunque sea ahí en el mismo libro, yo te le firmo inmediatamente, y... en paz.

—Tanto como en paz...—replicó tímidamente Servando...

—Bueno, hombre, ya se entiende—repuso el herrero:—en paz y debiéndote cinco duros.

Con lo cual, tranquilizado el mesonero, escribió su recibo en esta forma:

«De claro yolo renzo Garcia deo ficio ere Roque soi endeber á micon vecino Servando Muñiz lacan tidad de cien riales de Bellon devino con sumido en su establecimiento la misma que meo bligo á pagar lepa el dia de San Miguel de setiembre deste año y pa raque coste lofirmo en Veja mia na cinco dea Gosto de 1864.»

Cuando el mesonero acabó de escribir, alargó el libro y la pluma al herrero para que firmara. Lorencín puso allí una cosa que parecía su nombre y apellido, terminando con un garabato caprichoso, y volvió el libro á Servando, que le cerró y le guardó muy satisfecho.

Pasó el día de San Miguel de Septiembre,

y pasaron otros muchos días y otros muchos meses y hasta algún año, sin que Lorencín se acordara de pagar á Servando los cien reales ni éste se atreviera á pedírselos.

Lo que hacía Lorencín, eso sí, era pagar al corriente el vino que iba consumiendo después del ajuste de cuenta, con lo cual se daba Servando por contento, creyendo que lo de atrás lo tenía seguro.

Mas sucedió por entonces que un vecino ligero de cascos, por no sé qué cuestión que tuvo con el concejo, determinó vengarse; y sacando matrícula para vender vino al por menor, puso otra taberna en una chabola de tablas al lado del mesón del pueblo, que era el que tenía arrendado Servando. Así la renta que el concejo cobraba disminuiría ó llegaría á desaparecer del todo.

A fin de hacer parroquia, comenzó el tabernero nuevo por traer mejor vino que el otro y ponerlo un cuarto más barato; y como Lorencín fué el primero que se enteró de ambas circunstancias, fué naturalmente su primer parroquiano.

Y no fué esto lo peor, sino que no contento Lorencín con desertarse él del antiguo establecimiento, hacía propaganda en favor de la taberna nueva recomendándola á sus amigos y á cualquier pasajero que para herrar ó con cualquier otro motivo se acercaba á la fragua.

Ya sospechaba el mesonero, al notar la disminución de su clientela, que andaría en ello Lorencín; pero un día le cogió *in fraganti* ladeando á unos arrieros del mesón y embocándolos en la chabola.

Servando no se pudo contener y rompió el fuego con estas palabras:

—¿Sabes lo que te digo, Lorencín?... que tienes muy poca vergüenza.

—¡Quién habló, que la casa honró!—le replicó Lorencín riéndose.—Si tengo poca, menos mal; porque hay quien no tiene ninguna.

—¡Mejor te fuera pagarme lo que me debes!—añadió el mesonero lleno de ira.

—A quien nada se le debe, con nada se le paga,—contestó el Gato.

—¿Cómo que no me debes nada?—replicó el mesonero furioso.

—Como que nada te debo, ya lo he dicho.

—¿Pero tendrás valor para negar que me debes cien reales?

—Valor se necesita para decirlo, no debiéndote ni un ochavo partido por el medio.

—¡Bueno! Ya me lo dirás en el Juzgado.

—Cuando quieras... Si no sabes allá, te enseñaré el camino...

Y el mesonero, dando por acabada la disputa, que consideró inútil, vista la arrogancia de Lorencín, se fué inmediatamente á casa del secretario del Ayuntamiento, que

lo era también del Juzgado de Paz, y que si en la primera secretaría era él en realidad el alcalde y toda la corporación, era en la segunda el verdadero juez que hacía y deshacía á su antojo.

En cuanto Servando le refirió la existencia de la deuda, la sublevación del deudor y el propósito de poner el asunto en demanda, preguntó el secretario:

—Pero ¿tienes recibo?

—Sí, señor: en el mismo libro de caja mío—le contestó el mesonero,—tiene confesada la deuda con su firma debajo.

—Pues entonces demándale cuando quieras, que no la mea en dulce.

Todavía, después que se le pasó la furia, volvió Servando á brindar con la paz al herrero.

—Mira, Lorenzo—le dijo:—págame buenamente los cinco duros y no des lugar á la demanda... Ya ves que al pájaro que le dicen ox, no le quieren matar, y yo tampoco quiero hacerte costas...

—Ya te he dicho que no te debo nada,—le contestó Lorenzo desaboridamente, con lo cual no tuvo Servando más remedio que entablar el juicio.

Cinco ó seis días después se hallaban los dos, Servando y Lorencín, ante el juez de



Paz, que era un labrador, muy hombre de bien, y ante Luquillas, el secretario, que, con el pliego de papel sellado extendido sobre la mesa y con la pluma en la mano, ya mojada y todo, les amenazaba impaciente con empezar á escribir la comparencia.

—Mirad si os arregláis antes de que yo sienta la pluma—les decía,—porque si mancho el papel, la cosa ya no tiene buena compostura...

—Yo, si me paga...—decía Servando,—ó por lo menos vuelve á confesar aquí delante del señor juez la deuda y señala plazo no muy largo para pagarla, no tengo inconveniente en avenirme.

—Yo, si él confiesa—decía Lorencín—que no le debo nada y se compromete aquí ante el señor juez á no volver á pedírmelo, tampoco tengo inconveniente en que nos arreglemos...

—«En el lugar de Vegamián...»—decía el secretario haciendo ademán de escribir lo que iba diciendo...

—Espera á ver, Lucas, espera—le decía el juez mirando compasivamente á los dos litigantes:—voy á darles yo el último tiento, porque es una lástima... ¿No veis—añadía dirigiéndose á ellos,—que uno ú otro tenéis que estar equivocado, y que uno ú otro, por consiguiente, tenéis que perder?... Pues recapacitad allá para entre vos-

otros y á ver si cedéis un poco cada uno y... Vamos, ¿qué decís?

—Yo ya le digo á usted que puedo esperar tanto ó cuanto—dijo el tabernero;—pero perder, no quisiera perder nada de lo que me debe, porque me cuesta á mí muy caro el vino para que me lo beban de balde.

—¡Psche!—dijo Luquillas, el secretario. —Hazte cuenta que en un mes no le echaste agua...

—No se la echo nunca,—replicó Servando muy serio.

—Bueno, bueno: dejaos de bromas—dijo el juez, y añadió dirigiéndose á Lorenzín:—Tú ¿qué dices?

—Pues yo, señor juez, lo que dije antes: que dé su palabra de dejarme en paz, ó que se le imponga perpetuo silencio...

—Vaya: escribe, escribe,—dijo el juez mirando á Luquillas, y éste comenzó á encabezar el juicio de esta manera:

«En el lugar de Vegamián, á diez y ocho de Marzo de mil ochocientos sesenta y siete, ante el señor juez de paz de este Ayuntamiento, don José Díez, y de mí el infrascrito secretario, comparecen para celebrar juicio verbal de una parte, como demandante, Servando Muñiz, de esta vecindad, casado, mayor de edad, de oficio mesonero, con su cédula... y de la otra como demandado Lo-

renzo García, también mayor de edad... etc.»

Cuando estuvo extendido el encabezamiento y el juez mandó á las partes alegar lo que tuvieran por conveniente, Servando puso su libro sobre la mesa abierto por donde estaba el ajuste de cuenta con el herrero y dijo:

—Ahí está bien patente la deuda confesada por el demandado con su firma...

—¿Qué dices á esto, Lorencín?—preguntó el juez á éste en tono compasivo, como doliéndose de que hubiera dado lugar al juicio sin tener razón alguna para excusar el pago.

—Que no debo nada al demandante, señor juez—contestó resueltamente el herrero;—porque si bien es verdad que tuve con él alguna cuenta de vino, también lo es que después de ajustarla me perdonó la cantidad que resultaba contra mí, por mis buenos servicios de llevarle arrieros y otros caminantes á su establecimiento y enzarzarles á jugar... y uno y otro. Es verdad que ajustamos la cuenta y que resulté debiéndole un pico; pero me dijo que me lo hacía de gracia porque continuara favoreciéndole con mi mucha conciencia, y así se hizo constar en el libro de apuntes, donde no será verdad que esté mi firma reconociendo la deuda...

Extrañeza en el tribunal...

—No—continuó Lorencín:—no dirá ahí Lorenzo García, que es como yo me llamo y acostumbro á firmar; lo que dirá es que lo hizo de gracia el demandante, el dinero que resultaba debiéndole, que eso es lo que yo puse porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el secretario y el demandante se precipitaron á un tiempo sobre el libro, y... efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín no era tal firma; donde Servando había creído leer Lorenzo García, no se leía tal cosa; lo que se leía era:

*Lo izo de Gracia.*

## LA LEY PERRUNA

Estaba oscureciendo cuando entró el secretario de Villaopresa, Silvestre Pardal, en el establo de Pedro Berrugas, que andaba echando de cenar á las vacas.

—Buenas tardes,—dijo el secretario.

—Santas y buenas,—le contestó Pedro, sacudiéndose las aristas que se le habían pegado á la delantera de los pantalones.

—Ya sabrás á qué vengo...

—Saber no lo sé, pero quiere decirse que me lo imagino: siempre será por mor de los votos ó los demóginos...

—Por eso mismo... Ya sabes que vienen ahí las elecciones, y... bueno, el triunfo del nuestro candidato es seguro, porque es el candidato del Gobierno y está encasillado, y quiere decirse que aunque todos votárais en contra, no dejaría de salir por eso; pero yo tengo interés en que aquí salga con mucha mayoría de verdad, y cuento contigo...

—El caso es que yo no había de votar para tí, porque siempre nos llevas por lo peor... El otro candidato hace beneficios á los pueblos, mientras que el tuyo hace su negocio, y con eso los contrarios nos afrentan diciéndonos que el suyo es un caballero y que el nuestro es un pilluco...

—¿Y qué que lo sea?... Mejor. ¿Qué entendéis vosotros de esas cosas?... ¿Crees que nos conviene un diputado bueno?... Todo lo contrario. Los hombres de bien no sirven para nada. Lo que nos conviene es uno que tenga travesura y maldad, que haga para su provecho todas las picardías que le dé la gana; pero que al mismo tiempo nos ayude á tapar las nuestras...

—Mejor será no hacerlas, para que no haya necesidad de taparlas.

—Eso es imposible: sin hacer gatuperios no se puede vivir.

—Hombre, tanto como eso...

—Lo dicho... Ya ves: yo he estado y estoy disfrutando las dos secretarías, la del Ayuntamiento y la del Juzgado... Pues si en la primera me contentara con los dos mil reales de sueldo, y en la segunda me sujetase al arancel, ¿cómo te parece que había de mantener y vestir tantos rapaces, y con qué había de pagar los lujos de las mozonas aquellas mayores, que me gastan un dineral en dinguindujes?... Y vosotros

lo mismo al respetive... Si no cortáis á escondidas en el monte un carro de cambas para llevar en el mes de San Juan á la feria de Valladolid, ó unos pares de costanas para llevar á la de Santiago de Frómista, ¿con qué hacéis el arreglo de casa? ¿Con qué compráis pan y vino para hacer los labores del verano?... En fin, cuento contigo y no hay que hablar más del asunto.

—Bueno, bueno... Ya, de haber puesto el culo á los azotes, lo mismo dará ocho que ochenta: seré de los tuyos como siempre...

—Como siempre no; que en las elecciones de concejales te fuiste con el médico.

—No es verdad: bien lo sabe Dios... y tú también... Le dí palabra, eso sí, porque le debía favores... y dinero.

—También á mí...

—También es cierto, aunque no tanto como á él; pero como de él estaba seguro que aunque le faltara y se descubriera el engaño no me había de hacer mal, porque no es dañino, y de tí no me atrevía á esperar otro tanto, á él le dí la palabra y á tí el voto...

—Así se hace; porque, como digo, no ignoras que también tenéis allá en casa un poco de cuenta... dos fanegas de pan y...

—¿Dos?... Pues no me acordaba yo más que de una.

—Una llevó tu mujer por San Juan, con

la condición de volverme una y media para la cosecha, vamos, en Agosto... No me la volvísteis y han pasado casi otros dos meses... ¿Qué menos ha de haber aumentado que otra media fanega, y son dos cabales?... Esto es tan legal como las mismas leyes...

—Ya, ya... Pero dijera yo que á los amigos, á los que te sirven en las elecciones, no les habías de llevar tanta usura...

—Eso no tiene que ver: los servicios de las elecciones se pagan con otros servicios; la cuenta es cuenta...

—Bien, bien...

—Y luego aquellos cuartos de las costas de cuando te robaron la yerba del prado y diste parte, y como no se encontró reo, hubo que cargártelas.

—El reo no estaba difícil de encontrar, que bien sabía todo el pueblo que era el Pelao; pero como era amigo tuyo le echaste la capa.

—No estás en lo cierto; le amparó la ley... Verdad es que el Pelao es amigo mío; pero también es verdad que nada se le probó. No le habían visto llevar la yerba más que tres vecinos, y como daba la casualidad de que todos tres eran enemigos suyos, no valían para testigos, porque esa es tacha expresa en la ley... con tal que la enemistad sea manifiesta, y allí ya ves que no



podía ser más manifiesta... en el mero hecho de ir á declarar en contra... Yo en eso me atengo á la ley; ya sabes lo que dispone la del año treinta y cinco...

—No, saber no lo sé, pero lo mismo da... Sabiéndolo tú...

—Pues dispone eso, y además la del año cincuenta y cuatro...

—Bueno, Silvestre; y no atajando tu conversación, y á propósito de leyes, ya que sabes tantas, aunque algunos dicen que las inventas...

—Eso son envidias.

—De cualquier manera que sea, ¿no habrá entre tantas leyes alguna por donde yo pueda librarme de pagar á don Constantino sesenta duros que le debo?

—No estará bueno eso... ¿De qué se los debes?

—De que me los ha ido dando prestados cuando he tenido necesidad, un día diez, otro día veinte, otro cinco... Y la verdad es que no merece un mal comportamiento; pero yo no tengo con que pagarle, y si se empeña en cobrármelos y no hallo por donde salir, me arruina.

—¿Tienes firmada obligación ó recibo ó algo?

—No: nunca me ha pedido recibo...

—¿Y hay testigos de la entrega del dinero?

—Tampoco.

—Pues entonces... sí, hay una ley que te favorece... una ley que la llaman la ley Perruna...

—No la había oído nombrar... ¿Y qué dice, si se puede saber?

—El procedimiento para no pagar en ciertos casos... como ese.

—Pues hazme el favor, por lo que sea, de enseñarme ese procedimiento.

—Es muy sencillo: consiste en que cuando te reclame el médico la deuda no le des otra contestación sino reírte un poco enseñándole los dientes, y luego soltarle dos ladridos... ¡Jaun! ¡jaun!

—De modo y manera que para que le aproveche á uno esa ley, se necesita saber ladrar regularmente.

—Hombre, yo te diré; lo de los ladridos, si se quiere, no es más que un adorno: lo esencial es no confesar la deuda; porque no habiendo de ella prueba ninguna, en no confesando estás libre...

—Pues no me disgusta eso...

.....  
 Medio año después, cuando aún no había tenido ocasión Pedro Berrugas de hacer uso de la ley Perruna contra el médico, porque éste no le había reclamado la deuda, el secretario, viendo pasadas aquellas elecciones sin que hubiera ningunas otras

en perspectiva, llamó á su casa á Pedro, y cuando le tuvo delante, le dijo:

—Hombre, aquella cuenta va siendo ya demasiado larga... y mejor te es pagarla cuanto antes, porque las cuentas siempre van creciendo. Me debes tres fanegas de pan, que son nueve duros, y treinta que te suplí por las costas aquéllas, treinta y nueve... Con que á ver si vas tratando de pagarme.

—*¡Jaun, jaun!*—le contestó Pedro Berrugas después de haberse sonreído enseñándole los dientes.

—¡Qué cosas tienes, Pedro! tendría gracia que quisieras utilizar contra mí la ley Perruna después de habértela yo enseñando... Mira á ver si puedes pagarme para el domingo.

—*¡Jaun, jaun!*—volvió á contestar Pedro.

—Vamos, hombre; no seas bromista, y á ver si me pagas, que á todo el mundo le hace falta lo suyo.

—*¡Jaun, jaun!*—replicó Berrugas.

—¡Bueno, bueno! Veo que ladras bastante bien; pero deja esa habilidad para mejor ocasión y págame, que necesito esos cuartos para llevar el chico al colegio.

—*¡Jaun, jaun!*

Y por más que Silvestre insistió en reclamarle la deuda, no pudo arrancar á Pe-

dro Berrugas otra contestación que el par de ladridos.

Para algo le había enseñado él mismo la ley Perruna.

## EL ESPÍRITU DEL IMÁN

—Buenos días tenga usted, don Feliciano.

—¡Hola, Matías! Ven con Dios, hombre.

—¿Qué tal le va á usted?

—Bien; ¿y á tí?

—Bien, gracias á Dios; ¿y por acá en casa?

—Todos buenos. ¿Y allá por Villachica, no tenéis novedad?

—Ninguna por ahora, á Dios gracias.

—Me alegro, hombre. Y ¿qué te trae por aquí?

—Pues yo venía... porque ya sabe usted que nosotros siempre venimos aquí, lo mismo en vida de mi difunto padre, que en paz descansa, que murió, como usted recordará, de un *costao* hará unos trece años ó catorce al San Miguel que viene, por no haberle sangrao á tiempo, según nos dijo después el señor cirujano, aquel cojo que se casó con la cuñada del tío Marcelino, el



que compró la viña aquélla grande que había sido de doña Tomasa la administradora, que se la vendieron por la trabacuenta aquélla del papel sellado que dijeron si se lo habían robado á su marido ó no se lo habían robado...

—Sí, hombre; pero que se lo robaran que no, tú dime á lo que vienes y qué es lo que deseas.

—Pues verá usted... quiere decirse que, como le iba diciendo, nosotros siempre hemos venido aquí á casa de usted, lo mismo en vida de mi padre, Dios le tenga en gloria, que después, cuando vivía mi hermano Celedonio, que era el mayor, como usted sabe, porque las dos hermanas que hubo antes que él se murieron de pequeñas, una á los tres años y otra á los ocho; y... en fin, que ya viene uno á la casa con confianza...

—Sí, hombre, y puedes seguir viniendo...

—Y por eso, como uno sabe que... vamos... en fin... que siempre le reciben á uno bien y encuentra buena acogida... pues quería, si usted no tiene mayormente apuro, hablar con usted dos palabras á solas... y con cierta reserva, porque á nadie le importa lo que yo tenga que tratar con usted, si viene á mano, y porque es una cosa que...

—Bueno, hombre, bueno: vamos aquí á la rebotica, y hablaremos todo lo que quieras...

Los sostenedores del precedente diálogo eran un boticario de aquellos antiguos, muy gordo, con muy poca química y mucha gramática parda, y un mocetón muy bruto de una aldea vecina á la histórica ciudad donde pasa la escena.

Cuando estuvieron solos los dos en la rebotica, respanchigado el obeso pucherólogo en un viejo sillón de baqueta con clavos romanos, y mal sentado el mozo en el vivo de un taburete de negrilla, reanudó el primero la conversación diciendo:

—Vamos á ver, hombre: ya estamos solos. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Pues mire usted, señor don Feliciano: yo venía con la confianza que...

—Sí, con la confianza que da el haber venido siempre, y el haber sido siempre bien recibido; eso ya lo dijiste. Vamos á ver. ¿A qué venías?

—¡Colle! pero si el caso es que casi no me determino á decírselo, porque por un lado no sabe uno... y luego, si acaso á usted le parece mal que yo tenga una confianza con usted...

—No, hombre, no; ¿por qué me ha de

parecer mal? Puedes tenerla. Vamos, habla.

—Pues mire usted, señor don Feliciano: ya sabrá usted... digo, puede ser que no lo sepa todavía, si acaso no ha venido por aquí hace poco ninguno de allá que se lo haya dicho; porque por allí muchos lo han conocido, aunque yo todavía no se lo he dicho á nadie hasta ahora...

—Bueno, hombre, adelante. ¿Qué es eso que no sabes si yo lo sabré ya ó no lo sabré? Sigue.

—Pues verá usted: hay allí una muchacha en el pueblo muy bien parecida... y aunque se diga que es guapa, no se dice nada de más, porque lo es; y luego tiene muy buenos cachicos de tierra, y especialmente una linar que linda con otra mía y un prado cerrado, con muchísimos chopos, que también está cerca de mi casa; de modo que como yo trato de acomodarme, porque ya comprende usted que un hombre así solo está mal, aquella muchacha me conviene más que ninguna otra, y vamos, que hace ya tiempo que la tengo una miaja de ley...

—¿Y ella te quiere?...

—¡Quiá, no señor! Pues á eso iba... O por mejor decir, á eso venía, y por eso quería estar con usted...

—¡Pero, hombre, si yo no la conozco!... ¿Cómo se llama?...



—Llamar se llama Victoria; pero quiere decirse que aunque usted no la conozca es lo mismo; porque, verá usted... Ella ya parecía que se inclinaba algo á mí el año pasado; sólo que después vino del servicio allí un hijo del tío Bragao, que fué cabo segundo del Regimiento de Gerona, y porque si trajo una chaqueta azul con los galones encarnaos, y si trajo una gorrilla de cuartel con una mota colgando pa adelante, y una cinta muy ancha de seda morada y verde para atar el cañuto de la licencia, y, en fin, que el mozo es jerolista, y la muchacha al verle tan peripuesto ha empezao á correrle cara y á mí no me hace caso.

—Pues lo siento, Matías; pero te repito lo que te he dicho antes: que no la conozco... ¿De quién es hija?... ¿Tiene todavía padre y madre?

—Madre ya no, señor: se la murió el año de la fiebrona. Padre sí; el padre es uno que le llaman el tío Rufino, que le habrá usted visto pasar aquí por delante de su casa cuando viene al mercao, un hombre alto con un chaleco de estameña azul, montado, hablando con perdón, en una burra garañona buena, que ya le ha dado un pollino que le valió seis mil reales para la parada de Ruiforco... ¿No le conoce usted?...

—No, hombre, no: ¿de qué? si nunca he ido á esa parada...

—No: si yo decía al tío Rufino, el padre de Victoria.

—¡Ah!... pues tampoco le conozco, tampoco, ni al padre ni á la hija... De manera que no conociéndolos ni teniendo ningún trato con ellos... ya ves... ¿qué te voy á hacer yo?...

—¡Ah! Mucho, señor don Feliciano, si usted quiere. Usted puede hacer mucho, puede hacerlo todo, como el otro que dijo. Si usted quisiera servirme...

Y diciendo esto echaba el mozo al boticario una mirada penetrante y escudriñadora, como si antes de formular por lo claro su pretensión quisiera averiguar si le había de ser concedida.

El boticario, observando con extrañeza la insistente mirada del mozo, no acertaba á adivinar de qué manera podría él favorecer sus aspiraciones amorosas, ó qué sería lo que pretendía de él; así es que además de interrogarle con los ojos y con el gesto, le dijo:

—Pero, hombre, ¿cómo ó de qué manera te puedo yo servir? Habla de una vez, explícate.

—Ahora voy, don Feliciano—le contestó el mozo en voz baja y temblando de emoción.—Mire usted, yo estoy convencido de que, hoy por hoy, la muchacha quiere más al licenciaio que á mí: no me queda duda;

y como quiero á todo trance casarme con ella... vengo á que usted... ¡Por Dios, don Feliciano! ¿Qué le cuesta á usted?... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen...

Aquí el boticario, que estaba á ciegas y mostraba en su semblante viva curiosidad, lo comprendió todo de un golpe, vió clara la cosa, y disimulando su asombro y ahogando como pudo la tentación de risa, siguió mirando con atención al mozo, y según éste continuaba á tropezones su relato, iba él haciendo con la cabeza signos afirmativos, como para dar á entender que estaba al cabo de la calle.

El babayo del mozo continuó diciendo:

—... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen á las personas... Yo quiero que usted, pagándole lo que sea, que de eso no me aparto, me dé un agua ó un espíritu de esos, que yo sé que los hay... á ver si de la noche á la mañana le dejo al licenciaio con una cuarta de narices...

—Eso es muy difícil de preparar, y cuesta caro,—dijo muy serio el marrullero del boticario, que hacía unos momentos se estaba ya mordiendo el labio inferior como para significar lo dificultoso de la cosa.

—Crea usted, señor don Feliciano—le dijo el majadero del mozo,—que estoy dispuesto á no quedarle á usted nada á deber,

y, vamos, como no sea una cantidad del todo desproporcionada con mi caudal, yo le prometo á usted que se la pago á tocateja... y ¡mire que como yo prometa una cosa!... Crea usted que aunque me cueste el mejor prao que tengo...

—Tanto no será—replicó el boticario echándose las de generoso,—porque á mí no me gusta ser tirano con nadie, y menos con un parroquiano antiguo como tú...

—Eso, sí señor: bien lo puede decir... de toda la vida... Y de antes, porque ya mi padre, que en paz descansa, venía aquí siempre.

—Si ya lo sé; por eso te digo que no te cobraré todo lo que cuestan esas cosas; pero aun así temo que te parezca mucho...

La conversación duró todavía un buen rato, porque el nazcarejo del mozo era muy pesado, y el boticario, que no tenía mucho que hacer, le daba cuerda; mas el resultado fué que Matías firmó una obligación de pagar al boticario, para después de la cosecha, cincuenta duros si la medicina producía efecto, y si no, veinticinco.

Hecho el contrato, el boticario comenzó en seguida con mucho aparato y mucho misterio á revolver frascos y botes de diversos tamaños y formas, haciendo como

que mezclaba en un almirez pequeñas cantidades de sus contenidos, para concluir por llenar de agua del pozo con gotas de agua destilada (*Aq. Distill.*), un frasquín del tamaño de un dedal con su tapón esmerilado, y envolviéndole primero en un papel de seda de color de rosa, le metió en una cajina de madera mulléndole cuidadosamente con algodón en rama; envolvió después la caja de madera en otro papel azul, lo metió todo en una caja de cartón, la ató con un cordón encarnado, y la envolvió después en la cuarta parte del penúltimo número de *La Epoca*, pues el boticario era un liberal conservador de los peores...

Mientras hacía la preparación y aparentaba mezclar substancias, decía muy convencido el mozo:

—Ya veo, señor don Feliciano, ya veo que lleva eso muchos ingredientes.

—Muchísimos, y aún falta el más principal de todos,—le contestaba el boticario. Y como en aquel momento viera que estaba completamente vacío el frasco del agua natural, se la pidió al mancebo, que era un estudiante del Seminario, diciéndole para que Matías no lo entendiera:

—¡Fermín! Trae *aqua putei*.

—El nombre de ese ingrediente, si le he de decir la verdad, no me gusta un pelo—dijo Matías.—No sea que después...

—No, no tengas miedo; no hace daño.

—Porque parecía que no me sonaba bien; pero como nosotros no sabemos una palabra de esas cosas... Además, que cuando usted lo usa...

—Sí, ya ves: no iba yo á dar á nadie, y á tí menos, una cosa que pudiera tener malas consecuencias.

—Ya, ya... Usted perdone la *endis-*  
*crición*.

Cuando el boticario hubo concluído la faena, al entregar al mozo el envoltorio le explicó la manera de usar la medicina, diciéndole:

—Mira: cuando vayas á salir de casa, si crees que podrás encontrar á la muchacha en alguna parte, untas con esa esencia la punta del dedo grande de la mano izquierda y procuras tocarla con él al pasar, aunque sea en la ropa. Los domingos, verbi-gracia, al ir á misa, nada te cuesta ponerte á hablar con algún otro mozo junto á la misma puerta de la iglesia, y cuando ella entre la miras, según pasa, con mucha atención, y como que no haces nada la tocas en la ropa con el dedo mojado. Si va al baile, vas tú también y procuras bailar con ella, y al descuido ó con cuidado la tocas también con el dedo untado aunque no sea más que en la basquiña; y luego, cuando ella se marche te marchas tú también detrás, lo

cual poco trabajo te debe costar, porque ya ¿qué te puede importar á tí el baile no estando ella? Te digo todas estas cosas porque, aun cuando te parezca que no tienen nada que ver, son muy conducentes para que la medicina produzca el deseado efecto; porque eso tienen todas las medicinas: si no se usan como se deben usar, sin faltar un ápice á las instrucciones de la ciencia, son patarata... Además, siempre que la veas por la calle y lleves el dedo recién untado, aun cuando no puedas tocarla en la ropa, mírala mucho al pasar y dala los buenos días, ó lo que sea, con amabilidad y agrado, sonriéndote un poco y diciéndola alguna cosa que la guste, como: ¡Chica, qué guapa estás! ú otra cosa así por el estilo, y después que pase te recatas á mirarla tres ó cuatro veces; porque esto también ayuda mucho á que la medicina dé resultado... Has de procurar también que el día que la hayas tocado con el dedo humedecido, alguna mujer de esas que hay en los pueblos muy amigas de meterse en todo, la hable mal del licenciado, diciéndola, verbigracia, que es un perdido, que tiene un genio de mil demonios, y que en el regimiento no le podían ver ni pintado; que le gusta mucho la bebida y es aficionado á jugar á las cartas, con otras cosas así por el estilo, sin olvidar que también

jugó una mala partida á otra novia que tuvo en Alicante... Y al mismo tiempo, que la hable bien de tí, ponderándola tu caudal y tus procederes... También tú cuando hables con algún pariente ó amigo de su padre, has de procurar sacarle la conversacion y hablarle muy bien de ella diciéndole que es la única moza que te agrada en el pueblo, y que por ella serías capaz de dar la vida... aunque no lo seas, ¿eh?... todo esto después de haberle tocado también al pariente con el dedo. Ten muy en cuenta que la mayor parte de las veces que las medicinas no producen efecto, es por no usarlas bien; y si esto pasa con las medicinas comunes y ordinarias, figúrate lo que pasará cuando son así finas y delicadas como ésta... Con que fijate bien en todo lo que te he dicho, que yo te aseguro que como aciertes á usar el espíritu ese con estricta sujecion á mis prescripciones, tienes novia.

El pobre mozo le hizo al boticario repetirle otras dos veces las instrucciones, que escuchó sin perder una palabra de ellas, practicándolas luego todas *ad pedem litteræ*.

Y, es claro, como el tunante del empírico le mandó hacer, aparte de la mojadura del dedo, todo lo que más podía inclinar hacia él la voluntad de la muchacha, así como á hacerla aborrecer á su rival, el



resultado, no del espíritu de... agua contenido en el pomo, sino de las instrucciones con exactitud practicadas, fué que, en efecto, la chica comenzó á inclinarse al bueno de Matías, al cual, poco más de medio año después, daba solemnemente el sí á la puerta de la iglesia.

Ponderar y encarecer en regla lo satisfecho que estaba Matías el día de la boda, no sería cosa fácil, ni apenas posible, aunque el hacerlo importara mucho. Baste decir que de hueco no cabía en los pantalones, y eso que el sastre se los había sacado muy anchos.

A cuantos parientes ó amigos se acercaban á darle la enhorabuena, les contestaba sonriéndose con orgullo y diciendo así, palabra arriba ó palabra abajo:

—Me parece que me llevo una buena muchacha, ¿eh?... Lo mejorcito de Villachica y aun del contorno... Y no porque no tuviera otros pretendientes, que no creáis que estaba la carne en el plato por falta de gato... Pero, en fin, yo he tenido la fortuna de salir victorioso y con *Victoria*... Estos son secretos que hay en el mundo y que yo he sabido buscar...

Con estas palabras y otras semejantes dejaba salir el zángano de Matías el contento que le retozaba en el interior, apuntando la idea del secreto y faltándole muy

poco para decir con toda claridad que á un espíritu que le había dado don Feliciano el boticario en un pomín por cincuenta duros, debía la fortuna loca de haber conquistado novia tan excelente.

Varias veces lo tuvo á la punta de la lengua...

Pasó la boda, que fué muy rumbona y de mucho ruido, porque ni Matías ni el padre de Victoria habían economizado gastos: el primero por dar rabia al licenciado del regimiento de Gerona, y el segundo por lucirse y hacer que se luciera su hija en ocasión tan solemne.

Como que sobre ser los convidados ciento y la madre, todos los pormenores de la fiesta respiraban lujo y abundancia.

Por ejemplo: las salvas, que en las otras bodas las tiraban los mozos con escopetas de pistón y con tal cual pistola antigua de chispa, en ésta eran cohetes, porque Matías había llevado de la ciudad cuatro docenas, algunos de dos españoles.

El padrino se excedió también al dar propina á los mozos para que tocaran el tambor con más aire y relincharan con más fuerza. ¡Como que no les dió menos de dos duros, que era el doble de la mayor propina bodal de que en Villachica había memoria!

La tornaboda fué también muy alegre y muy festejada...

Pero el mismo día de la tornaboda por la tarde, el novio, que no podía olvidar que debía toda aquella felicidad á don Feliciano, salió sin despedirse de la gente, por la puerta trasera del corral, montado en una yegüina rabona que bebía los vientos, y en media hora se plantó en la ciudad provisto de sus cincuenta duros para pagar al boticario su buen servicio.

Llegó á casa de don Feliciano, le llamó aparte, y encerrándose con él en la rebotica, le dijo, dándole un abrazo tan apretado que por poco no le ahoga, pues le quitó la respiración medio minuto:

—¡Me casé ayer, señor don Feliciano, me casé ayer, y ya me faltaba tiempo para venir á darle á usted los cincuenta duros convenidos y cincuenta millones de gracias, porque á usted es á quien debo el haber conseguido lo que pretendía!... ¡Usted es mi padre!...

Y diciendo esto le daba otro abrazo y le levantaba en alto aunque pesaba ocho arrobas y media...

Tras de éstos y otros mil extremos de gratitud y de contento por parte de Matías, el boticario guardó sus cincuenta duros, y el majadero del recién casado se volvió á su pueblo á seguir disfrutando la felicidad que creía haber alcanzado exclusivamente por la virtud del espíritu encerrado en el pomo.

Tanto lo creía, que allá por Diciembre, no pareciéndole que estaba el boticario todavía bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegüecilla rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas llenas á taque retaque, y le llevó de regalo un jamón, dos morcillas, tres vueltas de chorizos y un solomillo entero; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le había recibido muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, señor don Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto atraía á Victoria y que tan admirable resultado produjo?...

—*El espíritu del imán*,—le contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reir él solo á carcajadas.

## ¡UN BUEN HAYUCO!

—Que ya caen.

—Que no caen todavía.

—Le digo á usted que sí.

—Le digo á usted que no.

—Yo lo he visto, y contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.

—Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.

—Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y ví que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.

—Pues yo estuve ayer en Majadavieja, y me cansé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.

—Pues lo que digo es que caen.

—Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía sin trazas de acabar esta discusión, tan luminosa y fructífera como suelen ser todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó

estaban todavía duros de caer y convenía, por consiguiente, esperar unos días.

El hayuco, fruta casi desconocida fuera de las comarcas del Norte donde hay grandes hayedos, se cría en un erizo muy semejante al de la castaña y viene á tener la forma de un prisma triangular aguzado por los extremos, ó si se quiere de dos pirámides triangulares unidas por la base. La monda exterior es leñosa como la de la castaña y del mismo color que ésta; debajo tiene también como la castaña una película roja muy fina, despojándole de la cual queda blanco y hermoso el grano, que es de sabor muy agradable.

Nuestros académicos, por no perder la costumbre de barbarizar sobre todas las cosas, han barbarizado también sobre el hayuco llamándole *especie de bellota*; pero recientemente han sustituido esta definición, después que yo me reí de ella, con otra que no es buena tampoco, pues no dice más sino que hayuco es el fruto del haya, añadiendo que es de forma de pirámide triangular, lo cual no da idea de su verdadera forma, que no es de pirámide triangular, sino de dos pirámides como he dicho.

Constituyen los hayucos un sabroso cebo, muy apetecido del oso y del jabalí, que acuden á los hayedos á darse harturas en el otoño; y aun en el invierno escarban

la nieve para buscarlos en el suelo entre las hojas secas. También les gustan á los cerdos y les lucen mucho, por lo cual en algunos pueblos altos de Liébana hay la costumbre de llevar estos bichos al monte en la temporada anterior á la matanza, que coincide con la de la madurez de los hayucos, con lo cual, aunque no se ponen del todo muy gordos, adquiere el jamón un gusto exquisito.

En los pueblos más ilustrados de la zona del haya se aprovechan mejor los hayucos y se les da un empleo más noble: se recogen y se muelen para extraerles el aceite, que si no es tan bueno como el de oliva, es mucho mejor que el de linaza, y se usa para lucir y también como condimento.

A tal fin se tienen cotos los hayucos por la autoridad local hasta que llegan á su completa madurez, que es cuando, abierto ya el erizo, basta estremecer un poco el árbol para que se desprendan y caigan. Entonces se descotan ó *se dan* para que todos los vecinos tengan libertad de ir á ellos y coger cada uno los que pueda.

De esto se trataba aquel día en Villanoble, de descotar los hayucos, y á esto se refería la disputa entre los dos vecinos de que ya está el lector enterado.

Resolvió la cuestión el alcalde en el sentido de dar los hayucos á la mañana si-

guiente, porque, bien averiguadas las cosas, resultó que el que sostenía con tanto calor que no caían, que era el tío Meatrigos, lo hacía por dar tiempo á que volviera un hijo suyo que estaba forastero y le hacía falta para varearlos.

Aquella noche ya se hicieron en todas las casas los preparativos, que consistían principalmente en unir cuatro sábanas de modo que formaran una sola sábana muy grande, buscar peones para completar la cuadrilla, si en la familia no había bastantes, y preparar algo de merienda; y á la mañana, en cuanto tocaron unas campanadas muy menudas con la campana chica, que eran la convenida señal, empezó á salir la gente á bandadas y á ir al valle arriba en animadas conversaciones, contando lances ocurridos otros años en la misma faena ó haciendo cálculos y proyectos para el corriente.

—Nosotros—decía una mozuelilla muy pizpireta,—el año de la nevadona cogimos más de cuatro cargas, cinco costales, después de bien limpios cuatro y medio: los llevamos á moler á Soto y nos dieron á libra de aceite por celemín, ello unas cuatro arrobas; y no nos costó nada la molienda, porque le dejamos el *pan* (1) al molinero.

(1) Los residuos sólidos.



—Pues nosotros—decía un rapacete ya grandezuelo—nunca dejamos allá el pan, porque es un pienso muy rico. Aquellos ladrillines, después de machacados y deshechos entre la paja, hacen engordar mucho á los bueyes y ponerse muy lustrosos... Más queremos pagar la molienda, porque al cabo, un cuarto en libra de aceite ya se sabe á dónde llega...

Las mozas se habían puesto muy empeñiladas, casi como para ir al baile los domingos, porque era muy posible que tuvieran que llegar á la mojonera y allí se encontraran con las de otros pueblos limítrofes que anduvieran á hayucos también... y necesariamente las de Villanoble se habían de presentar más majas que las de Estercolera, las de Borregal y las de Valdebrujas...

Allá iba Vicenta la del tío Manco luciendo una saya de flor tostada, que regazaría en cuanto llegaran al monte para no rasgarla por entre las carcojas, y además para que se la viera el zagalejo encarnado de tinte fino. Allá iba Lorenza la de la tía Martina, con un pañuelo grande al cuello, de color de rosa, atado atrás, á la cintura, y otro francés á la cabeza, atado al moño con las puntas muy estiradas, dando aletazos conforme andaba. Allá iba también Casimira, que llevaba un manteo de muletón verde

con tres terciopelines por abajo á modo de tirana. Allá iba igualmente Inés la de la señora Josefa, con una falda de percal azul con rayas blancas, una chambrá pajiza con flores encarnadas, y pañuelo blanco de cenefa morada á la cabeza con las puntas atadas debajo de la barba, que era la última moda...

Al llegar cerca del hayedo se fueron formando las cuadrillas y dirigiéndose á diferentes valles, según la inclinación y las noticias que tenían.

Cada cuadrilla se componía de cinco personas, cuatro que solían ser mujeres ó rapaces, para tener por las puntas de la sábana y aparar en ella los hayucos que cayeran, y otro, que solía ser un mozo robusto y ágil para hacerlos caer golpeando las hayas con la cota del hacha.

Este último oficio es más difícil de lo que parece, porque no siempre se encuentran hayas novalias ó carcojas, que con sólo ponerse al pie y darlas un golpe se estremecen y sueltan el fruto; sino que á veces hay que entendérselas con hayas viejas, gordísimas, en cuyo tronco, de una vara ó vara y media de diámetro, lo mismo sería dar golpes que darlos en la muralla de la China. El que ha de sacudir ó varear los hayucos de estas hayas tiene que subirse á ellas é ir sacudiendo cañón por cañón y

rama por rama, para lo cual necesita esguilar bien, ser muy suelto y tener buenas uñas.

De todo esto se preciaba Angel del Hoyo, que era el sacudidor que había ido á buscar á Vallefrío la viuda del tío Pelegrín por no tener hombre de suyo, y con el cual iban ella y sus tres hijas, dos casaderas y otra todavía muy rapaza.

Era este Angel, ó *Angelo*, como le llamaban en su lugar, un mozo ya entrado, que había servido al Rey... y á la Reina; porque le cogió allá la muerte de Fernando VII, y aunque estaba ya entonces casi cumplido, como empezó en seguida la guerra civil y no licenciaron á nadie hasta la conclusión, tuvo que servir otra tanda de años, lo que le valió para traer que contar muchas cosas y muchas valentías de sí mismo.

Le gustaba la hija mayor de la tía Peregrina ó de la tía Peliblanca, como llamaban también á la viuda; y esta afición, unida á lo vivaracho que él era de por sí, le hacía desempeñar tan á finas veras su labor, que andaba en un pie, como suele decirse, y no descansaba un instante.

—¡Aquí, aquí!—gritaba cuando veía una haya bien cargada de hayucos. Acudían las mujeres, extendían la sábana, y de cuatro trastazos los hacía caer todos.

— ¡Ea! — continuaba, — acribadlos un poco, y al costal con ellos.

Y mientras las muchachas echaban los hayucos en el cribo y les quitaban al ronco algún erizo y alguna hoja para echarlos en el costal, buscaba él otra haya donde repetir la operación y aumentar la cosecha.

Andando, andando, se puso á mirar una haya muy grande en cuyo grueso tronco, hasta las seis ó siete varas de altura, no había ni una rama.

—Esta—dijo cuando llegaron las mujeres,—tiene muchos hayucos y buenos; pero es algo difícil de conquistar...

—No digas que es difícil—le replicó la tía Peliblanca;—dí que es imposible, y acabas primero.

—Eso de imposible...—repuso el mozo, —ya lo veremos.

—¡Más visto!—dijo la viuda.—¿Cómo has de subir ahí?...

—Para todo hay maña, tía Lorenza...

Y diciendo esto, fué Angelo y cortó una carcoja delgada y alta con muchas ramas, se las podó todas, no al rape, sino á cosa de un palmo de distancia del tronco, la pinó arrimada al haya grande, y por los podijones se subió hasta el cañón bajero.

—Mire usted cómo y en qué instante se hace una escalera,—dijo desde allí á la viuda, muy satisfecho.

—Ya, ya; ¡no discurreste poco!—le contestó ella.

—Y ahora, si te derribáramos ese armatoste—le dijo una de las mozas,—¿por dónde bajabas?

—De un blinco,—respondió él riéndose.

Comenzó en seguida á menear esta rama, á golpear la otra, á sacudir la de más arriba, y comenzaron á caer granizadas de hayucos que era una bendición de Dios. En un instante se cubrió la sábana que la madre y las hijas procuraban tener lo más extendida posible.

—Es que has hecho un gran labor, Angelo, con subirte ahí,—le decía la tía Peliblanca muy complacida.

Con lo cual se llenaba él de vanidad y de esperanza de buen resultado en sus pretensiones, y se iba subiendo cada vez más arriba sin reparar en peligros.

Rompiósele en esto una ramina muy delgada, de la cual se había agarrado para estremecer otra mayor; perdió con el vaivén el equilibrio, se le fueron los pies del cañón en que los tenía, y empezó á caer dando tumbos de rama en rama.

Le vió desprenderse el mala entraña de Manolón, que estaba puesto en otra haya allí cerca, y en vez de asustarse y dar un grito de alarma y de aflicción como hubiera hecho cualquiera otro, dijo con sorna á las

mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

—¡Allá os va un buen hayuco!

—¡Ahora con mil diablos!—dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al levantar la vista y ver bajar á Angelo hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana para recibirle en ella, y sus dos hijas mayores lo mismo, con lo cual le aminoraron mucho el golpe. Y aun se le hubieran parado por entero, si no fuera que la rapaza, con el susto, dejó escapar la su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió Angelo más que una costilla.

—No fué nada para lo que pudo haber sido—decía él después contando el suceso,—y casi que lo que más sentí fué la burla.

## DEMASIADO PRONTO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las *terri-*

ñas adyacentes; pues no sólo Rosa, que así se llamaba la chica, le daba á entender que por ella no había para, sino que aun la madre, que era por de pronto la que mandaba en todo, le significaba con bastante claridad que tampoco había de quedar por ella.

Pero el diablo, que todo lo enreda, ó por lo menos tiene fama de ser el que lo enreda todo, aun lo que enredan muchas veces los hombres—que también son seguros para enredar las cosas, y las mujeres... ¡no digo nada!—el diablo, que es por lo menos tan seguro para enredar como los hombres y las mujeres, y que si no lo enreda todo, enreda muchas cosas, enredó éstas de modo que unos días antes del suceso que voy á contar, Juan Bouza, que había pasado la primavera y el verano en tierra de León en una carretera haciendo alcantarillas, tornara á su país con un traje nuevo de pana, una boína azul y un tapabocas de rayas azules y negras, tan ancho, que no sólo le tapaba la boca, sino todo el cuerpo.

En cuanto su antigua novia le vió por allí tan retejado, se la recrudeció la afición que del todo no le había perdido, y se propuso volverle á hacer á la mano sin perdonar medio.

Un sábado por la tarde, la víspera del domingo de la cuestión, estaba Rosa con otras muchachas arrancando maíz en una



heredad próxima á las casas del barrio, y estaba no lejos Juan Bouza partiendo piedra para cercar otra finca contigua. Y como la muchacha notara la vecindad del mozo, comenzó á cantar con voz muy clara y penetrante, matizada de melancolía, cantares referentes al asunto, que eran verdaderas saetas de esas que van derechas al alma.

Como, por ejemplo:

«Dixiste que me querías  
Y á la postre me olvidaste,  
Si viás que non che gustaba  
¿Para qué me enamoraste?»

No era de acero el corazón de Bouza como la herramienta con que trabajaba, ni siquiera de piedra como la que estaba partiendo; de manera que si el pico y el puntero y la uñeta, con tener las bocas de acero se desgastaban, y si la piedra con ser piedra se abría en prismas rectangulares que parecían traviesas de ferrocarril, no tiene nada de extraño que el cantero no pudiera resistirse á las punzadas de los cantares de la muchacha, ni que se le enterneciera el corazón, ni que suspendiendo por un rato la obra se aproximara á la cerca de la heredad donde trabajaba Rosa y entablara con ella un diálogo que, medio traducido del gallego al castellano, vendría á ser el siguiente:

—¡Qué contenta estás, Rosiña!

—¿Díceslo por hacer burla?

—Dígoelo porque cantas.

—Cántase también por disimular penas...

—No creo que las tengas... ¡Si dicen que eres tan afortunada!...

—Alguna vez creí que lo era... Pero cualquiera se equivoca.

—¿Y en qué te has equivocado, si se puede saber, y por qué tienes penas?

—No te interesará mucho saberlo.

—Mucho más de lo que tú te figuras.

—No puedo figurarme que te interese nada, porque cuando hay interés en saber, se pregunta.

—Y ¿qué estoy haciendo más que preguntando?

—Pero has pasado mucho tiempo sin preguntar y...

—Porque no esperaba buena respuesta.

—Páreceme que no dices verdad.

—¡Rosa!...

—¡Juan!...

En fin, que después de éstos y otros di-  
mes y diretes, Juan y Rosa volvieron  
aquella tarde misma á hacer las paces.

Y como nunca falta quien se goce en dar  
malas noticias, no pasaron dos horas sin  
que una de las muchachas que estaban  
con Rosa arrancando maíz fuera á contarle  
á Pradeira lo sucedido.

Ya se comprende que al pobre Joaquín no le cocerían buenas berzas con la noticia; y eso que no podía él acabar de creer que fuera cierta...

¡Claro! El hombre no había nunca oído cantar aquello de

La dona é mobile  
Cual piuma al vento...

Y aunque lo hubiera oído no lo hubiera podido entender, porque no sabía italiano; de manera que no le cabía en la cabeza que Rosiña fuera tan voluble.

Pero al día siguiente se encontró con ella después de misa, y dirigiéndola un requiebro para entrar en conversación, le contestó sin detenerse con tal despego y con tan marcado desabrimiento, que ya no le quedó la menor duda.

Enfadado y casi enfurecido pasó todo el día haciendo coraje para tramarla con su rival en la primera ocasión que se le ofreciera.

Y si no se le ofreciera pronto, él la buscaría... Como en efecto la buscó aquella misma tarde, pues hallándose Bouza en un corrillo con otros mozos contándoles las aventuras del verano en las obras, se aproximó Pradeira, y sin dar siquiera las buenas tardes, terció en la conversación

diciendo que conocía él á algunos que, echándoselas de buenos canteros, no tenían más que planta y fantasía.

Lo intempestivo de la interrupción puso nervioso á Bouza, que contestó inmediatamente:

—*Esu diráslu pur dalgún otru, que non pur Xuan Bouza.*

—*Dígolú pur quen queiru,*—replicó Joaquín con tono agresivo...

Comenzó la reyerta... y sobre si éste había dicho que aquél era un desmanicado, y si aquél había dicho que á éste le habían echado de una obra por inútil, se agarraron y comenzaron á darse cachetes.

La cosa no hubiera pasado á más, pues los circunstantes en seguida trataron de meterse por medio y separar á los enlana-dos; pero quiso el demonio que se hallara presente un hermano de Juan algo más joven, quien al ver que Joaquín tenía á su hermano cogido por el cuello en ademán de esgañarle, enarboló el palo que llevaba en la mano y le descargó sobre Pradeira, con tal brío, que le hizo caer al suelo con la cabeza rota.

A lo primero se creyó que le había matado. Las mozas, que en aquel momento se marchaban del baile, dieron en dar unos gritos que parecían aullidos; los mozos, la mayor parte se escabulleron para no ver-

se á otro día complicados en la causa; pero algunos, con más serenidad, cuidaron de levantar del suelo á Pradeira y le llevaron hacia su casa sangrando como un chivo.

Alborotóse el pueblo, vino el señor cura con la Santa Unción, llegó el alcalde, y aunque pronto se les fué aminorando á todos el ahogo y pasando el susto, porque Joaquín fué recobrando el conocimiento que había perdido con el golpe y se vió que sólo se trataba de una descalabradura sencilla, con todo, por temor de que la herida fuera de más importancia de la que á primera vista parecía y tuviera algún mal resultado, el alcalde trató de ponerse á cubierto de toda responsabilidad, dando parte al juez de Puenteareas.

Juan Bouza y sus hermanos y su padre trataron de que se echara tierra al asunto sin que se enterara el Juzgado, que, donde cae, hace más daño que la langosta. Para ello, ofrecían desde luego, bien convencidos de la fuerza del refrán popular que dice que «el que rompe paga», costearle la curación al herido, amén de pedirle perdón y darle todo género de satisfacciones. Pero el alcalde no se avino á quedar con las espaldas abiertas á lo que pudiera sobrevenir, y dió parte.

El Juzgado ordenó en seguida el reconocimiento facultativo.

Hallábase por aquel entonces representada la facultad de curar en la villa de Puenteareas por un cirujano romancista del antiguo régimen, llamado don Rosendo Pardo, muy amigo del vino y más del dinero, sin conocimiento ninguno de la cirugía ni de la medicina, pero con mucha gramática del mismo color de su apellido.

Gracias á ella, cuando no sabía qué recetar á un enfermo, cosa que le solía ocurrir siempre que le llamaban, le contaba un cuento, le decía un chiste, y así salía del paso.

Tenía, además, sus lugares comunes para aplicar á las distintas clases de enfermos. Por ejemplo, si le llamaban para un niño, decía por toda solución: *¡Anxelinus al cielu!* Si le llamaban para un anciano, decía: *¡E comu queire qu' eu i quite os años?...* Si el enfermo era persona robusta y de buena edad, solía decir: *Cunviene deixare á la naturaleza...*

A este *facultativo* ordenó el Juzgado de Puenteareas ir á Cernadela á reconocer y curar al herido, con encargo de que á la vuelta acudiera á prestar declaración sobre su estado en la causa que comenzaba á instruirse. Y como la orden no se le comunicó hasta el lunes á eso de mediodía, no llegó el cirujano á Cernaleda hasta el oscurecer, ó sea á las veinticuatro horas del gol-

pe, cuando el herido tenía ya tiempo de sobra de haberse muerto si no se le hubiera hecho remedio alguno.

Afortunadamente, la madre de los Bouzas, que era algo curandera, se había presentado desde el primer momento en casa de Joaquín, y haciendo mil protestas contra la azaridad que habían cometido sus hijos, le había atajado la sangre y le había curado la herida, para prevenir la inflamación, con un bálsamo que sabía ella hacer, parecido al de Fierabrás en la rapidez de las curaciones, llamado allí *la melecina de as nueve cousas*, porque no entraba en su composición ni una menos, siendo ellas: vino hervido con romero, y van dos; azúcar, tres; aceite, cuatro; miel, cinco; manteca, seis; clara de huevo, siete; cañada de vaca, ocho, y enjundia de gallina, nueve.

Humedecida frecuentemente con este complicado y prodigioso bálsamo la herida de Pradeira, cuando el cirujano la descubrió estaba ya en franca cicatrización, casi curada.

Pero don Rosendo comenzó á mover hacia los lados la cabeza, como para dar á entender que no le gustaba nada la cosa. Y además de darlo así á entender, lo dijo: que aquello era muy grave; que la herida aquélla, por el sitio en que estaba y la profundidad que tenía, tardaría muchísimo tiempo

en sanar... y gracias que el herido escapara con bien, cosa que todavía no podía asegurarse, porque estaba expuesto á muchas complicaciones.

La madre del culpado, que lo estaba oyendo, dijo para sí: «¡Este hombre nos pierde! Si declara eso en el Juzgado, no se desenredan los mis hijos de la causa en toda su vida». E inmediatamente concibió la idea de proponer algún arreglo al cirujano.

Para hacerlo con más comodidad y con la reserva conveniente, discurrió decirle que cuando concluyera allí, hiciera el favor de ir á su casa á ver á su marido, que estaba enfermo del susto.

El cirujano comprendió bien pronto de qué se trataba, pues no era aquélla la primera zorra que había desollado, como suele decirse, y accedió á la indicación, diciendo á la mujer que iría en acabando.

Fuése ella á su casa antes que don Rosendo á prevenir las cosas y consultar el caso con la familia; y aceptada la idea por el marido y por los hijos, tan pronto como el cirujano se presentó allí, le planteó la cuestión el supuesto enfermo diciéndole:

—*Siñor dun Rusendu... je non se podeira esu arreglare?...*

El cirujano calló unos momentos como meditando en la gravedad del caso, y después contestó:



—*Si pur ciertu: se pode arreglar cundos onzas.*

Y levantando la mano izquierda con dos dedos extendidos, volvió á repetir: *dos onzas.*

Le replicó Bouza el padre respetuosamente que dos onzas era mucho dinero; que ellos no tenían tanto; que á duras penas podrían reunir la mitad, y le suplicó que en lugar de las dos onzas viera de contentarse con una.

A esto dijo el cirujano muy enfadado que una onza no era nada para la gran responsabilidad que él iba á contraer por servirles; que por las dos onzas se arriesgaría á dar una declaración favorable, diciendo que la herida no era más que un rasguño que estaría curado al día siguiente, con lo cual todo quedaría reducido á un juicio de faltas; pero él quedaba expuesto á que el herido, de la noche á la mañana, se agravara y se muriera, y entonces... ¿por dónde iría su reputación como facultativo?

Los Bouzas ofrecieron entonces hasta veinte duros; pero don Rosendo se volvió á enfadar, diciendo que no podía ser menos de lo dicho, y que se decidieran pronto, porque tenía prisa... y de no arreglarse, no tendría más remedio que poner en la declaración la verdad; es á saber: que la herida era grave, y que tardaría en curarse un par

de meses si no resultaba alguna complicación de fatales resultados, cosa muy temible; con lo cual quedaban los agresores envueltos en una causa criminal que les había de costar mucho más de las dos onzas y mucho más de cuatro...

Ante esta amenaza, los padres y los hijos se miraban unos á otros atemorizados; y aunque estaban decididos interiormente á aceptar el arreglo á toda costa, insistían en pedir rebaja.

Por último, después de mucho recatear, don Rosendo, rebajó dos duros de lo que había pedido, quedando ajustada en los treinta la declaración favorable.

La familia empezó á rebuscar por todos los escondrijos, y duro de aquí, coronilla de allá, peseta de acullá, reunieron entre todos los seiscientos reales, que, con duelo de su corazón y yéndoseles los ojos tras de ellos, entregaron al cirujano, el cual, aparentando recibirlos á regañadientes, los guardó muy contento en el bolso y montó á caballo para volverse á su casa.

Apenas había salido de la de los Bouzas, se miraron éstos con tristeza mezclada de malicia.

Aquellas miradas querían decir: «¿No es buena lástima que este ladrón de este tío mata-sanos se nos lleve esos treinta duros, que son nuestros ahorros de todo el año de

Dios, hechos á fuerza de privaciones y á costa del pellejo?»...»...

Después cambiaron los dos hermanos algunas palabras en voz baja.

En tanto, don Rosendo Pardo pasaba el puente de Cernadela, que no es romano como suelen decir en el país, sino gótico, del siglo xv; subía pausadamente en su caballo la cuesta sobre que se asienta la parroquia de Mondariz; tornaba á descender hasta el aguanal de Gándara; volvía á subir al barrio del Troncoso; y cuando se había ya internado en el monte de Pías, al llegar á un recodo del camino, oyó que le gritaron de muy cerca:

—¡Alto!

Paró el caballo, miró hacia la derecha, que era donde había salido la voz, y entre la oscuridad de la noche percibió dos hombres con las caras tiznadas, uno de los cuales le apuntaba con una escopeta, mientras el otro le amenazaba con un chuzo.

—*¿Qué queredes?*—les dijo en correcto gallego.

—*Os cartos que usted leva,*—le contestaron resueltamente.

Entonces el cirujano, que desde el primer momento había conocido que los que trataban de quitarle los cuartos eran los

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—*¡O demo us leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta* (1).

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

## EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.

—No sabía nada. Te dije «que sea enhorabuena», porque tú dijiste «ya estamos acá»; quise decirte que vinieras enhorabuena; mas ahora que sé que te has casado, te doy la enhorabuena formalmente.

—Muchas gracias, señorito.

—¡Vaya, hombre!... Aunque no sea más que por el valor de reincidir... porque me parece que eras viudo. ¿Verdad?

—Sí, señor, sí: viudo estaba hacía ya dos años; y como la otra vez no le había ido á uno del todo mal y parecía que así solo no se hallaba uno, dije para mí: ¿qué podrá ser que no sea?... Vamos allá otra vez á ver cómo pinta.

—Bien hecho, hombre, bien hecho... ¿Y con quién te has casado?

—Allí con una moza que usted no la conocerá regularmente, hija de un vecino que le llaman el tío José Madruga.

—¡Hombre, buen apellido!

—No, señor, no es apellido: se lo llaman de muete.

—Lo mismo da; para el caso viene á ser lo mismo, y mejor, si un poco me apuras; porque siendo apellido, habría sido mote de sus antepasados y denotaría que éstos eran madrugadores; pero siendo mote no heredado, sino personal, da á entender que él es el que madruga; y ya sabes lo que dice el refrán: que al que madruga Dios le ayuda...

Y claro que, madrugando el padre, también madrugara la hija, ¿eh?

—Pues no crea usted que es descuidada, no; que otras habrá menos despiertas... Quiere decirse que tampoco es ya ninguna niña; porque como yo también voy siendo ya entrado, me dije, digo: ¿cómo me voy á casar ahora con una rapaza?... Y la busqué ya talludica.

—Bueno, hombre, bueno; pues que sea para servir á Dios y por muchos años.

—Usted los vea, señorito; y se agradece el buen deseo... Que no crea usted que todos le dicen á uno lo mismo... porque nunca faltan malos quererres y envidias, y uno y otro...; y como quiera que la chica tiene buena hijuela para el día de mañana que mueran sus padres, no ha faltado en el pueblo quien decir: «¡Mira quién se la ha ido á llevar!...» Porque además, la muchacha es espabilada y buena por todos conceptos; y si no se había casado, primero era porque, vamos, como guapa, no es guapa, que todo se ha de decir; y además el tío José Madruga tampoco era rico hasta el año pasado que heredó á una tía suya que murió sin descendencia... Pero, lo demás, ella lista es muy lista... como que por parte de madre es nieta del tío *Fonsín* que en paz descansa, á quien usted, aunque no le conociera, acaso le habrá oído nombrar...

—No diré...

—Pues parece mentira, porque era muy nombrado y era... vamos, un hombre muy *celebre* y muy listo... que sentía crecer la hierba... Todavía me acuerdo yo algo de él; pero además he oído contar unas cosas más graciosas, que, vamos, lo mismo que de imprenta.. .

—¡Hombre, hombre! Cuéntame alguna de esas cosas graciosas que has oído tú contar del tío Fonsín...

—¿No ha oído usted contar lo que le pasó una vez con el señor cura?

—No; pero lo oiré ahora. Siéntate un poco aquí, en el antepecho del puente, y cuéntamelo.

—¡Colle! Es que para contarlo bien es muy largo, y como llevo la correspondencia del Ayuntamiento, si me entretengo tanto por el camino dirán que...

—No hagas caso, Juan... ¿Crees que los otros correos andan más de prisa y con más puntualidad que tú?... Pues no lo creas. Todos van así al símil. Con que siéntate y cuéntame esas cosas del tío Fonsín que son lo mismo que de imprenta.

—Pues verá usted—continuó Juan, sentándose perezosamente:—el tío Fonsín era un hombre chiquitico, pero listo como un pensamiento... Me acuerdo que tenía una perrica negra muy gafa, y como teníamos



que pasar por delante de su casa para ir á la escuela, siempre nos ladraba, y nosotros la tirábamos piedras, y salía el tío Fonsín tras de nosotros llamándonos picarucos, bribonzucos, libertadines, y diciendo que no teníamos vergüenza ni quien nos la pusiera... Y una vez por ir corriendo tras de nosotros muy furioso, se le rompió una madreña en medio de la calle, y tuvo que volver para casa á pata cojina después de haber cogido unas buenas chapinadas de barro...

—¿Y qué fué lo que pasó con el señor cura?...

—Ahora voy: verá usted... Yo no sé si usted conoció al señor cura viejo de mi lugar, al *entrecesor* de éste que tenemos ahora... y Dios nos le conserve... porque no agraviando á nadie, es muy buen señor... También el otro era bueno, también... ¿Le conoció usted?...

—No, no le conocí; pero es lo mismo: sigue.

—Pues era un señor alto, moreno, de nariz aguileña, con el pelo blanco, blanco del todo, y muy bueno, como le he dicho á usted, muy limosnero y muy campechano... Y si se ponía á *pedricar*, no crea usted que había quien le echara el pie *alante*... Porque decían que era un señor muy estudiao; pero se le pasaban algo las cosas.

Y una vez, un domingo, diz que se puso á *pedricar*, explicando el Evangelio del día, que hablaba de la multiplicación de los panes y los peces, vamos, del milagro que hizo Nuestro Señor en el monte, cuando había mucha gente sin comer, y... yo no sé él cómo lo contaba... Usted sabrá cómo fué...

—Sí, hombre: que una gran multitud había seguido al Señor á un despoblado por oír su doctrina, y cuando se iba haciendo tarde, los apóstoles le dijeron que mandara marchar á todas aquellas gentes para que se fueran á los pueblos donde pudieran hallar de comer. El Señor les dijo que les dieran ellos de comer allí, contestándole los apóstoles que no había más que cinco panes y dos peces, y que aquello no era nada para tan gran muchedumbre. Pero el Señor les mandó que le trajeran los cinco panes y los dos peces, y bendiciéndolos los multiplicó, de tal manera, que todos los presentes, que eran más de cinco mil personas, comieron cuanto quisieron, y todavía sobraron doce canastas de rebojos.

—Eso, eso... Y creo que estaba allí muy cerca el tío Fonsín, que siempre se iba á la capilla mayor y se solía sentar en un banco que había mismamente junto á la escalera del púlpito, enfrente de la puerta de la Sacristía. Porque, como de rapaz había andado al estudio y entendía algo de latín, era muy

aficionado á hacer de sacristán; y ya se sabía, en cuanto faltaba un día el mayordomo, el tío Fonsín sacaba la cruz en el *Asperges*, y en la procesión si la había; el tío Fonsín encendía las velas; el tío Fonsín las apagaba; de modo y manera que casi venía á ser mayordomo perpetuo... Y como le digo á usted, estaba *pedricando* el señor cura sobre la multiplicación milagrosa de los panes y los peces, y empezó á ponderar mucho el poder de Nuestro Señor Jesucristo, que había hecho un milagro tan grande; y como se le solían pasar las cosas, con el calor con que estaba hablando cambió las especies ó los números, diciendo:

—¿Quién vió jamás una maravilla como ésta? ¿Quién imaginó siquiera prodigio semejante? ¿Quién obró milagro tan estupendo como el que hizo aquel día Nuestro Señor Jesucristo, que con *cinco mil* panes y *dos mil* peces dió de comer cuanto quisieron á *cinco* personas?

—Eso también lo hacía yo,—diz que dijo por lo bajo el tío Fonsín, que, como he dicho á usted, estaba allí cerca.

Pero no lo dijo tan bajo que no lo oyera el señor cura, el cual advirtió entonces la equivocación que había padecido, si bien suponiendo que los feligreses la habrían salvado mentalmente en el acto, por tener ya de antemano conocimiento del hecho

milagroso, no se detuvo á deshacerla, y siguió adelante con sus reflexiones.

Y así quedó la cosa aquel día. Pero el señor cura estaba algo resentido de la ocurrencia del tío Fonsín, porque temía que como la había oído él, la hubieran oído también algunas otras personas; y porque, de todos modos, era una irreverencia y una falta de respeto á él y al sagrado lugar en que estaban, y se conoce que debió de decir entre sí: «para el año que viene te espero».

Y efectivamente, se la tuvo guardada.

Pero al año siguiente sucedió que en aquel domingo, que creo que es el cuarto de la Cuaresma, no pudo *pedricar* el señor cura en misa por tener que doblar en Villascuro, que está allí cerca, como usted sabe, y el señor cura de allí estaba enfermo; y teniendo el nuestro que ir á decir allí misa, le pareció que si *pedricaba* como de costumbre en su parroquia, les iba á hacer esperar demasiado á los de la otra; pues era muy mirado para estas cosas, y más quería molestarse él que molestar á los feligreses en lo más mínimo...

Pero por la tarde, á la entrada del rosario, solía preguntar la doctrina á los rapaces, dando tiempo á que fuera llegando toda la gente, y aquel día se entretuvo algo más, y dijo que iba á explicar el Evangelio, ya que no lo había podido hacer por la ma-

ñana, por tener que ir á decir misa á Villanueva oscura.

Y volvió á hacer la explicación del milagro de los panes y los peces, teniendo cuidado de decirlo todo bien. Contó el caso lo mismo que lo dice el Evangelio, y habló de la caridad que le movió al Señor á dar de comer á los que habían acudido á oírle, tomando de allí ocasión de recomendar mucho á los feligreses la caridad para con los prójimos, especialmente para con los pobres necesitados, pues por socorrerlos había hecho el Señor una obra tan maravillosa... Y habló también de la rudeza de los discípulos, que aunque habían presenciado ya otros milagros, todavía no creían posible dar de comer á tanta muchedumbre en aquel despoblado.

Y pareciéndole aquélla buena ocasión para abatir la soberbia del tío Fonsín y reprender su irreverencia del año anterior, hizo las mismas reflexiones sobre la grandeza del poder de Jesús, que con solos *cinco panes y dos peces* había dado de comer á más de *cinco mil* personas. Y dirigiéndose entonces á aquel tío, que, como todos, le estaba escuchando, le dijo con mucho retintín...:

—¿Y esto lo haría usted también, tío Fonso?

—Sí, señor, sí: también lo hacía,—contestó el tío Fonsín tan campante.

—¡Hombre!—le replicó el señor cura muy incomodado.—Me pasma la osadía... ¡Vaya una audacia! ¿Con que usted sería capaz de hacer lo mismo que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, Rey de Cielos y tierra, que crió de la nada todas las cosas?... ¡Está bien! Eso no lo debe usted decir ni en broma, porque es una falta de respeto á su párroco, y además no se debe hablar en broma tratándose de cosas santas.

—No, señor; es que no lo digo en broma, que lo digo de veras.

—¿Pero está usted loco? ¡Lo dice usted de veras!... ¿Con que para usted es cosa fácil de repetir la obra maravillosa que sólo pudo hacerse por la Divina Omnipotencia? ¿Con que usted con cinco panes y dos peces daría de comer á cinco mil personas todo cuanto quisieran?...

—Pues sí, señor—insistió el tío Fonsín:—lo haría muy fácilmente... con las sobras del año pasado...

—Es verdad...—dijo sonriéndose dulcemente el señor cura, que en un momento había dominado su enojo,—es verdad. Porque no habiendo dado de comer el año pasado más que á cinco personas con cinco mil panes y dos mil peces, tuvo que haber sobrado muchísimo.

---

—¿Verdá usted que tiene chiste la cosa?  
—me dijo Juan al concluir su cuento.

—El público lo dirá—le contesté.—Porque lo voy á dar á la imprenta.

—¡Ay que colle!... Entonces para eso andaba usted ahí escribiendo con lápiz, en la orilla de ese periódico...

—Para eso.





## HISTORIA DE UNA RODAJA DE SALCHICHÓN

(CONTADA POR ELLA)

Hacía una temporada que no veía yo á mi primo el Conde de V..., porque como él es poco visitador y yo menos, aun queriéndonos de verdad, no solemos vernos con frecuencia.

Un domingo del mes de Junio, el de la Santísima Trinidad señaladamente, me había yo ido á misa de doce á San Jerónimo, y á la vuelta subía por la calle de Alcalá rompiendo á duras penas la corriente cursi que bajaba hacia la exposición semanal de trapos y pinturas instaladas á tales horas en el Paseo de Recoletos, cuando sentí que por detrás me echaban sobre los hombros unos brazos robustos, cuyas manos extendidas me taparon los dos ojos á un tiempo.

—¡Hola, Juanito!—dije sin dudar un instante.

—¡Hombre!... ¿Cómo me has conocido?

—me dijo él con asombro patente, destapándome los ojos y viniendo á ponerse á mi lado.

—¿Pues no te había de conocer, criatura?—le dije.—¿Quién, no siendo tú, me podía saludar de esa manera?

—¡Ah! Eso es decir que no tienes ningún otro pariente ni amigo tan informal como yo, ¿verdad?

—Tan hazañero, tan... de buen humor... y Dios te le conserve... Eso prueba que eres dichoso.

—¡No lo creas! Es así mi genio; lo demás, ahora precisamente no soy muy feliz, no estoy á gusto... Y me alegro de haberte encontrado, porque voy á ir á almorzar contigo... Sigues en el hotel, ¿sí?

—Sí, hombre, allí sigo; y ¡yo sí que me alegro de veras de encontrarte con tan buenos propósitos!

—Estoy solo, ¿sabes? y me aburro muchísimo en casa; porque ya ves, el refrán lo dice: un ánima sola ni canta ni llora.

—¡Claro; cuéntamelo á mí, que estoy así siempre!... Pero ¿dónde tienes á Dolores?

—Está ya en Valnevado con los niños hace quince días, porque el pequeño, Juanín, no estaba bueno, y el médico no callaba que le sacáramos, que le sacáramos cuanto antes de Madrid; y como yo no pue-

do faltar de aquí hasta mediados del mes que viene, se marchó ella con los niños, el criado y la doncella, y me dejó solo con la cocinera, que también se la podía haber llevado, porque maldito si me sirve de nada, pues apenas como... Vamos, es una cosa que no puedo. Acostumbrado á aquella deliciosa algarabía de cuando están los chicos... no puedo sufrir esta soledad y este silencio... Muchas veces me he acordado de tí diciéndome: ahora estará aquél almorzando en aquel comedor tan alegre...

—¿Y por qué no venías siempre que te acordabas?... Has hecho muy mal; porque además de haberte librado tú de estar solo, me hubieras hecho á mí estar bien acompañado.

—Muchas gracias, hombre...

Llegamos al hotel, entramos en el comedor, nos sentamos uno enfrente de otro á los lados de una mesita pequeña, y vino en seguida un camarero con la lista.

—¿Va á almorzar también el señor Conde?—me preguntó.

—Sí, le respondí; y alargué la lista á mi primo diciéndole:

—Elige.

—No, lo que tú quieras—me contestó:  
—ya sabes que me gusta todo.

—A mí también... De suerte que lo que tú quieras...

—Este hotel—dijo Juan tras de unos momentos de silencio dedicados á pasear la vista por las mesas,—será como todos los hoteles caros... Buenos manteles, buenas copas, mal vino... y así sucesivamente.

—Beberemos Rioja-Alta,—le dije para tranquilizarle sobre su última indicación.

—No, no ha de haber extraordinarios... Me he convidado con esa condición, aunque no la expresara...

Como ni él ni yo hacíamos papel á leer la lista, cuando el camarero volvió con el pan, el vino y los entremeses, comenzó á recitárnosla.

—Tienen los señores tortilla de espárragos... ó huevos fritos, ó como los señores los quieran.

—Bueno, la tortilla,—dijo Juan.

—Luego, riñones al jerez.

—Excelentes—añadió mi primo,—¿verdad?

—Sí, al señorito también le gustan—dijo el camarero interpretando mi conformidad; y siguió diciendo:—De pescado hay langostinos y merluza frita, que creo que está muy buena.

—Pues cualquiera de las dos cosas.

—Y luego chuletas de ternera, ó de cordero, ó biftec ó entrecot ó fiambres, jamón en

dulce, lengua á la escarlata, pavo trufado...

—Bueno: vete trayendo los primeros platos, y luego ya veremos,—le dije yo, con lo cual se fué hacia la cocina.

Mi primo se quedó mirando atentamente las cosas que el camarero había dejado sobre la mesa, que eran: una botella de vino inclusero, sin más etiqueta que la del hotel, que ciertamente no tiene viñas; dos panecillos de Viena de los llamados de barra, y dos conchitas de porcelana, una con un par de docenas de aceitunas muy chicas y bastante viejas, y otra con unas cuantas rodajas de salchichón ennegrecidas y sudorosas y un poco más viejas que las aceitunas.

Luego le ví coger una de aquellas rodajas.

—Estará muy duro,—le iba á decir; pero desistí de ello al ver que no la llevaba á la boca, sino al oído, y que se quedaba como escuchando.

—¿Qué haces, figurero? —le dije; pero no me contestó más que con un gesto y un movimiento de la mano que tenía libre extendiéndola hacia abajo como diciendo:

—Espera y calla.

Así estuvo un buen rato hasta que vino el camarero con la tortilla, y entonces, volviendo á posar la rodaja en la entremesera, me dijo muy serio:

—Ya conoces mis aficiones arqueológicas: sabes mi manía de interrogar á todo lo antiguo. Bueno, pues pareciéndome que estas rodajitas tenían una respetable antigüedad, he querido preguntar á una de ellas, que en efecto me ha contado su historia, verdaderamente rara y llena de vicisitudes. Oye, oye:

«Puedo comenzar—me ha dicho—la narración de mi larga existencia con aquellas mismas palabras con que empezó Cervantes la historia del cautivo:—*En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje*, etc.; porque allí también tuvo principio el mío.

»Allí, en aquella montaña, en un valle que llaman Valdosín ó Val-d'Osín, quizá porque antiguamente cogieran en él algún oso pequeño (y recomiendo usted á la Academia esta etimología, que no es peor que las suyas), en una mañana fría del mes de Abril, nació un potro negro, paticalzado de tres y con una estrella en la frente.

»Y ríase usted del refrán que dice:

De una, buena;  
De dos, mejor;  
De tres, mala;  
De cuatro, peor.

»Porque aquel potro, á pesar de sus cua—

tro señales, fué un bicho excelente, aunque no sea mío el decirlo.

»Un rapazuco morrinoso y desfarrapado que estaba de pastor aquel día, bajó al pueblo á llevar las albricias al ama de la yegua.

»—Tía Rosa—dijo á la mujer, que estaba sentada á la puerta de casa hilando una rocada de estopillas:—la su yegua parió un potro.

»—¡Jesús! hijo, más quería una potra—le contestó ella;—pero San Antonio le guarde, que no dejará de venderse bien, porque es de los caballos del Gobierno... Toma, Colasín, toma,—añadió dando al rapaz una torreja de pan de centeno con una tajada de manteca extendida encima.

»—Dios se lo pague, y San Antonio se los guarde de mal,—la dijo él; y se volvió para el monte tan contento.

»Y... para que se vea si da vueltas el mundo: aquel rapaz ha estado aquí comiendo, hace poco, hecho un señor, fuera del alma... y del cuerpo, que tampoco le tiene fino; pero, vamos, con dinero y con buena ropa. Por cierto que me tuvo en la mano y no me quiso comer porque le parecí dura, cuando en otras épocas hubiera comido clavos...

»Aquel potro le compró de quinceno en León, en la feria de San Juan, un tratante

manchego que dió por él cincuenta napoleones, para volver á venderle poco después en noventa y cinco á un recriador extremeño en la feria de Almagro.

»Después de haber pasado un par de años tirando la pierna en la dehesa, fué llevado á la feria de Plasencia, donde le compró un truchimán de esta corte en seis mil reales.

»Le trajo á Madrid, y *me* trajo, porque no le debo ya ocultar á usted que en aquel potro estaba yo, que de él era parte *integrísta*, ó parte integrante, pero, en fin, de junto á la cola, y emparejándome con otro de igual talla, pelo y valor, nos vendió en tronco á un marqués nuevo en seis mil pesetas.

»Verdad es que éramos un tronco que llevaba la vista.

»Fuera del trabajo que nos costó aprender á tirar, que no fué mucho, pasamos buena vida en aquella casa. El marqués había sido arriero en su mocedad y conservaba cariño á las caballerías. De manera que á menudo nos visitaba en la cuadra, nos pasaba la mano por el lomo, y siempre encargaba á los cocheros que echaran bien de comer al ganado. Así nos llamaba él por antigua costumbre y cometiendo en ello su poco de figura retórica de atenuación, porque en rigor gramatical no éramos *gana-*



do, sino *robado*, pues lo era el dinero que había pagado por nosotros.

»Sobre este punto contaba y no acababa el cochero, instruido por el ama de llaves; pero, en fin, allá el amo daría cuenta á Dios de sus rapiñas, que para nosotros todo iba bueno.

»Lo malo fué que duró poco.

»Tenía el marqués dos hijos muy calaveras, investidos sin duda con el encargo providencial de esparder malamente lo que malamente había él amontonado, porque ya se sabe que los bienes mal adquiridos nunca duran tres generaciones. Aficionados á todas las modas y á todos los vicios, mucho antes de morir su padre tenían ya contraídas deudas por más de la mitad de lo que habían de heredar yendo bien las cosas; y cuando murió, que fué á los pocos años de haberle nosotros conocido, lo primero de que cuidaron fué de proveerse de nuevos carruajes, nuevos troncos... y nuevos acreedores.

»Hubimos de dejar el sitio á unas yeguas inglesas, y fuimos trasladados á la cuadra de un alquilador de coches de lujo, que pagó por los dos ocho mil reales, menos de lo que valía uno.

»Allí no fuimos ya tan bien tratados, y eso que el alquilador no era mucho menos rico que el marqués, y para marqués

iba, y creo que llegó con el tiempo. Pero no nos tenía la afición que el otro, no nos visitaba, y el tuno del cochero siempre nos daba un poco menos de la mitad del pienso que cobraba del amo.

»Tenía éste contratado el servicio de coches para los ministros, de modo que mi compañero y yo nos cansamos de llevar ministros á Palacio, á la Presidencia y... á otras partes... Como que era en aquella época en que de los siete ministros moderados ¡moderados habían de ser! ninguno vivía con su mujer respectiva como Dios manda... Lo cual fué ocasión de que un diplomático extranjero nuevo en Madrid, que había llevado á su mujer á una comida de Palacio, se asustara al ver que ninguno de los ministros llevaba la suya, y creyera que aquí no era costumbre y que había él cometido una torpeza, pasando el pobre muy mal rato, hasta que le enteraron de las cosas.

»¡Cuántas y qué buenas fueron las que aprendí yo entonces!

»Mi pobre compañero se murió de un torzón que cogió por pasar toda una noche, muy fría, por cierto, en la calle del Lobo, esperando al Ministro de la Gobernación, que velaba sin duda por el orden público.

»Quedéme de non; y como estaba ya también muy desmejorado con los años y los Consejos de ministros, el opulento al-

quilador me vendió en dos mil reales al modesto dueño de un coche de punto.

»Años y años tiré de un *simón* ignominioso, arrastrando gente plebeya y pobre (no siendo una vez que llevé al Duque de Montpensier, á quien lo de pobre no le comprende), trotando por las pendientes y mal empedradas calles de la villa, bajando á las estaciones disparado, subiendo de ellas rendido con la carga muy desproporcionada al pienso, y aburriéndome, cuando no, en las paradas, donde tenía que escuchar las necesidades que se dicen los cocheros unos á otros, como en las carreras tenía que escuchar las maldiciones de los transeuntes.

»Se me iba haciendo la vida muy pesada, cuando me salieron esparavanes, me puse cojo, y no sirviendo ya ni para tirar de la desvencijada berlina de alquiler, determinó mi dueño deshacerse de mí á cualquier precio, y me hizo pasar por veinte duros á poder del contratista de la Plaza de Toros.

»El primer día que me tocó salir, no tuve novedad. Me montaba un reserva muy tuno, que, para no ir al toro, hacía como que yo no quería andar, y era él que me tiraba del freno. Otras veces se iba á buscar al toro donde no estaba, y dando luego á la plaza una vuelta en redondo, hacía tiempo para que volvieran á salir los de tanda nuevamente montados, y les cedía el puesto.

Sólo una vez, sin querer y aun sin poderlo remediar, se encontró con el toro y no tuvo más remedio que hacerle frente; pero sacó más de tres varas de pica, y, es claro, el pobre toro se escupió sin llegarme al pelo ni con mucho.

»Mas al domingo siguiente, en una corrida de *miuras* salí al sexto toro, que se llamaba *Chocero*, el que luego mató á Yusio, y de la primera cornada me partió el corazón por mitad del medio.

»Me arrastraron como á los otros, y desde el corral dijeron que nos llevaban al quemadero municipal... pero ¡qué habían de llevarnos!... De mí sé decir que me desollaron cuidadosamente, enviando el pellejo á una fábrica de curtidos para ser convertido en *becerro mate*. Después fueron cortándome las nalgas, los lomillos, todo lo mejor, echándolo en una cesta grande que luego, entre las sombras de la noche, fué conducida á una fábrica de embutidos que había en la Ronda de Valencia. Allí me picaron en jijas, me sazonaron de sal, y poniéndome algunos granos de pimienta, me metieron en las tripas anchas de una vaca vieja, recubriéndolas luego de papel de estaño y atando al extremo de cada una de ellas, con un bramante, un sello de plomo con el nombre de un fabricante de Lyon muy acreditado...

»Unos días después estaban colgados aquellos salchichones de Lyon (ó de León) en el escaparate de una lujosa tienda de comestibles finos en una de las calles céntricas de esta corte.

»Dos de ellos los compró el dueño de este hotel hace unos once años y medio, cuando acababa de abrirle al público. El jefe del despacho los cortó en rodajitas... Una de ellas fuí yo... y digo que fuí, porque ya con los años no soy ni mi figura. Entonces estaba verdaderamente apetitosa... ¡Si me hubiera usted visto!...

Crea usted que si el primer día que salí al comedor no dejé de existir, fué porque me tocó ir á la mesa de unos recién casados provincianos, de esos que habiendo ahorrado á fuerza de privaciones cincuenta duros, vienen á Madrid á pasar un cuarto de luna de miel... ó más bien á hacer los babiecas, pues no cuidan de comer ni de nada más que de mirar el uno para el otro...

»Muchas de mis hermanas fueron almorzadas aquel mismo día por otros huéspedes menos bobalicones, que se chupaban los dedos.

»Mas era verano, hacía calor, aquella tarde sudé mucho, se me secó el sudor ennegrecido, y por la noche salí ya de muy mal aspecto. Nadie entró en ganas de comerme. Y á otro día, menos: no es menester decirlo.

»Desde entonces llevo saliendo todos los días dos veces y volviendo á entrar otras tantas, sin que nadie me toque.

»Es decir, tanto como nadie...

»Un embajador moro me cogió una vez para llevarme á la boca; pero me volvió á posar en seguida, porque hubo quien le dijo que yo era de cerdo. ¡Con qué serenidad calumnian algunas personas!

»Varias de mis compañeras han ido sucumbiendo á la voracidad de otros provincianos que no son novios, sino miembros de Comisiones municipales ó provinciales que suelen venir, cuando cambia el Gobierno, á pedir mejoras, según dicen, para la localidad ó la provincia, pero realmente á darse buena vida unos días á costa ajena, comiendo como sabañones.

»Otras varias han sido vendidas con otros comestibles antiguos, al dueño de otro hotel más humilde, donde al principio tuvieron gran aceptación; mas pasada la novedad de los primeros días, cayeron también allí en desprecio y nadie las decía nada...

»Ultimamente he sabido que muchas de ellas se las ha comprado al dueño de ese otro hotel un zapatero remendón que trabaja en un portal cercano al Instituto de San Isidro, para echar tapas á los tacones de las botas de los estudiantes, obteniendo gran resultado.

»Las tapas son eternas, según parece.

»Y no será extraño que el laborioso artesano, en vista del buen éxito, se venga por aquí á hacer otra compra y tengamos todas el mismo paradero.»

.....

—Fuera de broma—me decía mi primo al salir del comedor con dirección á mi cuarto,—la verdad es que no saben lo que hacen estas gentes queriendo economizar en ciertas menudencias... Ya ves: nos han dado un almuerzo de primera... ¿Qué les costaba ya habernos dado una botella de vino de buena marca y un poco de salchichón fresco y legítimo?





## REFLEXIONES

Sesenta y dos años tenía ya el señor Fermín, el sastre de Malanza, cuando se quedó viudo, y en seguida trató de volver á casarse.

Vamos, tanto como en seguida, en seguida, no: primero hizo muchos aspavientos y muchas demostraciones de dolor por su difunta mujer, hasta el extremo de irse por las noches al camposanto á conversar con ella, según decía. Y efectivamente, una noche, los mozos que andaban de ronda sintieron ruido hacia el cementerio, fueron á ver, y encontraron al señor Fermín sobre la sepultura de su consorte dando aullidos y escarbando con las manos como si quisiera desenterrarla.

—¡Mala señal—decían las personas de experiencia oyendo á los mozos referir el suceso,—muy mala señal! Todos los viudos que hacen así esos bijiviellos y esas pame-mas, se vuelven á casar al instante... Ya

veréis cómo éste, si encuentra con quién, hace lo mismo.

Y en efecto, á los dos meses ya andaba el señor Fermín pretendiendo.

Sólo quedaba por resolver la duda consabida de si encontraría ó no con quién casarse, duda que no dejaba de tener fundamento.

Y no precisamente en su edad, pues aunque iba ya siendo viejo, estaba todavía reciecillo; ni tampoco en su angustiosa situación monetaria, pues no es de fe, ni mucho menos, que todas las mujeres se hayan de casar con ricachones; sino más principalmente en otras malas circunstancias y cualidades que se irán sabiendo.

Tenía el sastre, en primer lugar, un genio de mil demonios, y además la costumbre de darle rienda suelta, especialmente cuando se hallaba entre personas de quienes nada pudiera temer; de suerte que por un quítame allá esas pajas se atufaba de un modo increíble, y si su mujer ó su hijo le decían una palabra más alta que otra, les tiraba lo que tenía en la mano: las tijeras, si estaba cortando una prenda de vestir; la plancha caliente, si estaba abriendo las costuras...

Aparte de estos arrebatos, era bastante mala persona, pues se complacía en mortificar y en hacer sufrir á todo el que es-

tuviera á sus inmediaciones; era malandado y jugador y amigo del sorbo, con todas estas malas aficiones tan bien puestas, que se pasaba los días enteros y las noches hasta la mitad en el cafetucho de la villa jugando y bebiendo sin acordarse de dar una puntada. Y aunque no entremos á decidir ahora si sus floxeras eran diarias, ó tercianeras, ó cuartanarias, ó simplemente bisemanales, pues sobre esto podría haber opiniones, baste decir, y en esto existía unanimidad, que á su mujer la había dado muy mala vida, creyéndose generalmente que la había matado á disgustos, aunque no faltaba quien dijera que á palos.

¿Tendría nada de particular que con semejantes recomendaciones no encontrara el señor Fermín quien le quisiera?

Así se lo pronosticaban en el café sus contertulios, que, en cuanto le averiguaron aquellos intentos, empezaron á darle matraça y á divertirse á su cuenta.

—¿Tú qué vas á hacer, *don* Fermín?— le decía el más burlón de todos, Fabricio, llamándole *don*, que era como él deseaba que le llamaran en el pueblo y como no le llamaba nadie;—¿tú qué vas á hacer?... ¿No ves que eres ya muy viejo? Cuando de cincuenta pases... ya sabes lo que dice el refrán, no te cases... Con que tú que pasas de sesenta...

—No, no corre peligro de casarse,—decía otro.

—¿Por qué?—preguntaba el primero.

—Porque no habrá de qué darlas; porque ¿quién le va á querer á Fermín con ese genio que tiene y esa mala cabeza?...

—Eso también es verdad: que será difícil que encuentre novia, porque no habrá ninguna mujer tan desesperada...

—¿Que será difícil?—decía el señor Fermín hecho una furia.—¡Ya veréis lo difícil que es, pobres hombres!... ¡Difícil!... Héis de saber para que os pese, héis de saber que las tengo así, así,—y juntaba y separaba y volvía á juntar muy á prisa los dedos de la mano...

—Ilusiones, infeliz, ilusiones.

—Bueno, bueno: ya veréis si son ilusiones.

—Si acaso, encontrarás alguna vieja como tú... y ni aun eso.

—Ya veréis, ya veréis...

Y efectivamente, contra lo que sus compañeros de círculo creían, Fermín encontró novia.

Una soltera, á mal de su grado, que, por haber pasado ya de los treinta, tenía casi del todo perdida la esperanza de dejar de serlo, puso buena cara á las solicitudes del

señor Fermín y le dió el sí á las primeras de cambio.

Y no vayan ustedes á buscar la explicación de que el señor Fermín hallara mujer con facilidad en el refrán aquél que dice que nunca falta un roto para un descosido; pues la pobre Juana, que así se llamaba la novia del sastre, no estaba tan rota, ni con mucho, como descosido se hallaba él moralmente, ya que materialmente no lo estuviera por razón de su oficio.

No, al contrario: era bastante buena muchacha.

Sus hermanos, con quienes vivía, trataron por todos los caminos de quitarla de la cabeza el casorio; pero fué en vano.

—¿Para qué te has de casar?—la decían.  
—¿No estás bien aquí con nosotros?

—Sí: con vosotros bien estoy—contestaba ella;—pero vosotros podéis faltar cuando yo no esté ya en estado de que nadie se acuerde de mí, y entonces me quedo sola en el mundo.

—Aunque así fuera—la decían,—siempre estarías mejor sola que mal acompañada.

—¡Ah, no, no!—replicaba,—que el refrán lo dice: «arrímate á marido, aunque sea un espino».

—Pues lo que es arrimándote á ese—la decían ellos,—hazte cuenta que á un espino

te arrimas... Eso es una locura, Juana... Porque últimamente, si te quieres casar, cástate con un hombre de bien y no con ese perdiduco. ¿No ves lo desacreditado que está en su pueblo?

—Nadie tiene más crédito que el que le quieren dar—replicaba Juana,—y no hay que hacer caso de lo que digan, porque cada uno dice la suya.

—Así suele ser—reponían;—pero respecto de ese diablo de ese sastre, todos hablan por una boca. No oirás á nadie que no diga que á la otra mujer la quitó la vida con sus malos tratamientos.

—Por eso mismo me ha de estimar á mí y me ha de tratar bien—replicaba ella,—porque también dice el refrán que «la primera, escoba; la segunda, señora».

—También hay otro refrán que dice que «quien malas mañas há, tarde ó nunca las olvidará»,—la decían.

Pero todo fué inútil.

Juana se encapiruchó y se casó, y... bueno: el día de la boda parece averiguado que no la pegó su marido... hasta por la tarde; pero luego, los demás días, á tarde y á mañana y á todas horas.

Ella, la pobre, lo calló todo lo que pudo, por no dar su brazo á torcer, porque temía que sus hermanos la reconvinieran amargamente echándola en cara su terque-

dad y haciéndola ver lo acertado de los consejos que la daban y lo mal que había hecho en no seguirlos.

Pero al fin se llegó á saber todo con ocasión de un trajicómico suceso que tuvo mucha resonancia.

Un día de fiesta por la tarde, después del rosario, hallándose Fermín alumbrado como de costumbre, dijo á su mujer con apariencias de cariño:

—Vaya; vístete y vamos á dar un paseo: no siempre has de estar metida en casa.

—Bueno, como quieras,—le contestó la pobre Juana, que ya sabía que, para andar menos mal, tenía que decir amén á todo.

Salieron á paseo marido y mujer y llegaron hasta el soto sin novedad; pero al poco rato de andar por allí, por no sé qué disparate que su mujer suavemente le contradijo, comenzó el señor Fermín á decirle perrerías insufribles; y como ella quisiera defenderse en palabras, aunque sin perder la moderación, perdió él los estribos, y arrancando un estacón de una sebe, comenzó á dar palos en ella como quien da en un centeno mal maduro.

La fuerza de los golpes, ó más bien la del dolor que la producían, la arrancó algunos gritos que el señor Fermín creyó que se perderían en el espacio sin ser oídos de nadie, pues no había visto por allí gente.

Pero dió la casualidad de que andaban dos guardias civiles por la orilla del río mirando á ver si encontraban algún butrón de algún pescador, para quitarle las truchas y comérselas, y al oír los gritos corrieron hacia donde sonaban, encontrando á Juana llorosa, y al sastre, que ya les había sentido venir, haciéndola señas amenazadoras para que callara.

—¿Qué es eso?—dijo muy serio uno de los guardias al llegar;—¿qué gritos eran los que se oían?...

—Nada, no es nada—contestó el señor Fermín haciendo por aparecer sereno.— Crean ustedes que no ha sido nada... sino que veníamos por aquí paseando *mi señora* y yo... y me puse á hacerla unas reflexiones... y es una mujer tan sensible que se echó á llorar... No ha sido más que eso...

Por referencia de los guardias se supo y fué muy celebrada la salida del sastre, y desde entonces suelen llamar en Malanza *reflexiones* á los estacazos.



## ¿QUIÉN PAGA?

El tuerto de la Serna, que era el capitán de los malos estudiantes, acababa de ser despedido *ab-irato* de la cátedra de Lugares Teológicos, por haber dejado caer, cuando se hallaban en lo más interesante de la explicación, un puñado de avellanas sobre el pavimento.

El decía que había sido sin querer, que se le habían surtido del bolso al tiempo de sacar el pañuelo para sonarse; pero el catedrático, que tenía malas moscas, recordando que ya no era aquélla la primera hazaña del tuerto encaminada á hacer reir y producir desorden, no quiso escuchar sus disculpas y le borró sin piedad de la lista, diciendo al mismo tiempo que apretaba el lápiz:

—*Deleatur de libro viventium.*

Para echar el susto afuera, dijo el tuerto al salir á su compañero Berrueces:

—¿Vamos á ir esta tarde á merendar al molino de Robledo?

—Bueno, como quieras—le contestó el otro;—pero te advierto que estoy sin un cuarto.

—Así estoy yo; pero eso ya se arreglará... Vamos á decírselo al Cuco y á Pedregales, á ver si quieren ir con nosotros.

—¿Y si acaso están igual de adinerados?...

—¡Ah! y á Martín Gala, que es pieza de rey para estas cosas.

—Oye, Martín—le gritó Berrueces viéndole pasar en aquel instante;—dice éste que si nos convidas á merendar esta tarde...

—Corriente: quedáis convidados; pero á condición de que paguéis vosotros...

—¡Anda! ¡Para ese viaje!...

—Pues no es por falta de voluntad; pero ya sabéis que el dinero está tan mal repartido que...

—Vamos, que no dejarás de tener algo, tú que eres ricuelo...

—Nada, hombres, lo que se dice nada. Tal estoy, que si me hubiera visto el bolsillo Aristóteles, no hubiera negado la existencia del vacío seguramente. O si queréis que lo diga en verso para mayor solemnidad...

—Venga.

—Si Aristóteles me viera  
Del bolsillo lo profundo,  
De seguro no dijera:  
*Vacuum non datur in mundo.*

—Bien, hombre, bien... Pero si en lugar de soltarnos esa cuarteta sueltas un duro... verías qué aplausos...

—No le puedo soltar porque no le tengo, y ya sabéis que *nemo dat quod non habet*... Pero ahí viene Cuco, que trae cara de satisfacción, y... ¡Oye, Cuco!—añadió dirigiéndose al que llegaba:—tenemos la pretensión de que nos pagues esta tarde una merienda en el molino de Robledo...

—¡Sí!... ¡Pues venís en el mes del Obispo!... Para tener un real me faltan los ocho cuartos... y el ochavo... Además, que no veo la razón de que haya de ser yo el que pague, porque nada me ha salido bien hace ya tiempo. Quien debe pagar es aquí Pedregales, que le preguntó esta mañana la conferencia el catedrático y la supo... Y ya le apuntó para sobresaliente.

—Poca burla es buena—contestó el aludido,—y aprobado me quisiera yo ver... Pero en cuanto á la merienda, no la niego la cara. Si hay quien la pague... que en mi sentir debe ser...

—¡Vaya, vaya! No os devanéis los sesos—interrumpió el tuerto—en discurrir quién ha de pagar; que es una inocentada preocuparse con la manera de pagar el gasto que no se ha hecho todavía. No queráis poner la horca antes que el lugar... Vosotros decid si queréis ir á merendar al molino, lo

demás dejadlo de mi cargo. Merendaremos bien... Ya sabéis que aquello es molino y mesón en una pieza, y no suele estar desprovisto. Buen vino hay allí siempre, y no dejará de haber algo que echar por delante.

—No lo dudo—dijo uno;—pero la dificultad está en...

—En ninguna parte... No sigas, ni se hable más de eso—dijo el tuerto.—Lo que importa es merendar bien; por pagar ¿quién se aflige?... Hoy es día de merendar por varias razones... La primera, porque, como jueves, no tenemos cátedra por la tarde..., digo, no la tenéis vosotros, porque lo que es yo no la tengo ya ninguna tarde ni ninguna mañana. En segundo lugar, porque es jueves lardero y hay que honrarle; y en tercer lugar... por lo mismo que me ha echado de cátedra ese tío berrinche. A pesadumbres, tragos... ¿Estáis convencidos?...

—Y á tus órdenes,—contestó Martín Gala por todos.

Citados para las dos y media en las Negrillas, allí acudieron puntualmente los cinco, y desde allí, terciados los manteos y atravesados los tricornios como quien no teme ni debe, emprendieron á buen paso la caminata, durante la cual les fué dando á los otros el tuerto instrucciones que de-

bían de ser muy interesantes. A veces se paraban y formaban corro, adoptando posturas muy raras, como si representasen una comedia.

Poco antes de llegar al molino vieron á la molinera, que estaba tendiendo en una sebe ropa recién lavada.

Era una mujer como de treinta años, morena, algo acecinada, pero que no habría sido fea, con unos ojos muy inteligentes.

—Ya viene gente á hacer gasto,—la estaba diciendo la pastora de las yeguas del lugar, que la daba conversación hilando un cerro.

—¡Sí! á hacerme rabias,—la contestaba ella.

—¡Ay, Dios! De esas rabias quisiera yo para mí todos los días,—la replicaba la hiladora dando vueltas al huso...

En esto acabaron de llegar los estudiantes.

—Venimos á que nos des de merendar—dijo el tuerto á la molinera, haciéndosela muy compadre.

—Pues en otra ocasión peor podrían ustedes venir y me asustarían más que ahora,—le contestó ella.

—Me alegro. Eso prueba que tienes algo bueno que darnos.

—Sí, señor, sí: tengo...

—Mira—la interrumpió él,—vámonos allí, á la abrigada del molino, y lo hablaremos despacio, que aquí sopla demasiado el cierzo...

—Como ustedes gusten...

—A ésta la conozco yo mucho—decía el tuerto según iban andando á la orilla de la presa arriba.—¿Te acuerdas cuando estabas de criada del boticario de Villsimple?

—Sí, señor, sí: bien me acuerdo—decía ella,—que estaba usted estudiando gramática, y era usted un rapacín muy pequeño, pero ¡más travesao y más malo!...

—Pues lo mismo es ahora que es ya grande—la dijo Pedregales,—y creo que aunque te diga que es algo peor no te engaño.

—Con que, vamos, explícate—la dijo el tuerto cuando estuvieron á la vera de la casa:—¿qué tienes que darnos de merendar esta tarde?

—Pues tengo lomo fresco muy tierno, porque es de un gochico marcial que matamos para estos días de antruido.

—Muy bien: eso es bueno para detrás,—la dijo el estudiante.

—Como si quisieran ustedes truchas recién pescadas...

—¡Ah! ¡Pues claro que las queremos!... También son buenas para detrás de alguna otra cosa. ¿Qué más tienes?

—Como tener, tengo carne, jamón, chorizos... Yo decía el lomo y las truchas, porque son cosas que se fríen en un instante...

—No, si no tenemos prisa, no creas—la dijo el tuerto.—Tú prepáranos una buena merienda, y lo demás no sientas echar todo el tiempo que se necesite... ¿Son tuyos estos curros?—añadió señalando á una bandada de ellos que salían de la presa y se encaminaban guarreando hacia donde oían hablar á su ama, que les solía echar pan esmijado.

—Sí, señor: míos son.

—¿Me dejas matar uno?

—Y aunque sean todos, si me los paga bien...

—Eso—la replicó el tuerto—no hace falta decirlo (ni hacerlo—añadió por lo bajo)... Voy á matar uno, y nos le pones con arroz para antes del lomo y de las truchas.

—Como usted quiera.

—Pues... éste...

Y acompañando la acción á la palabra, echó el guante al mayor de los patos y le retorció el pescuezo.

—Ya le estás pelando—dijo apurriéndosele á la molinera;—y mientras le pelas y nos le compones, nosotros echamos una brisca. ¿Tienes baraja?

—Sí, señor, sí; dos á falta de una... Entren ustedes... ¡Juan, Juan!—gritó llamando á su marido;—trae la baraja buena para estos señores.

Un momento después se presentó el molinero, Juanón, que era de exterior abrutado, pero en el fondo muy pobre hombre, trayendo una baraja acanalada y sebosa cansada de andar en manos de los arrieros.

—¡Ah! También nos has de traer una jarra de vino—dijo el tuerto,—para ir haciendo boca, porque hoy es jueves gordo y hay que merendar de firme.

—Diga usted que sí—añadió Juan;—ya que es jueves gordo, hacerla gorda...

—¿Y ésta es la baraja buena?—dijo Berreuces, que se había puesto á contar las cartas.

—Sí, hombre—le contestó el tuerto,—porque tendrá otra peor...

—Sí, señor: hay otra que ya creo que la faltan cartas, y además tiene algunas rotas y manchadas que se conocen por fuera.

—Velay que éstas ya casi no se conocen por dentro...

—Dí que buena es, Juan, buena es—le dijo el tuerto;—no hagas caso de éste, que tiene ganas de divertirse.

—Hace bien—dijo Juanón,—que de llorar lugar tendrá en Junio, si á mano viene, después de los exámenes.



—¡Mira Juan, mira! y eso que parece que no llega á ello —dijo Pedregales, á quien le hizo meditar un poco la profecía.

Cosa de dos horas habrían estado jugando y haciendo fiestas á la jarra, cuando la molinera les dijo:

—Ya está: cuando ustedes gusten les pongo la mesa...

—Pues ahora mismo,—la contestaron casi todos á un tiempo.

Tras de lo cual les puso ella un mantel y unos tenedores en la misma mesa donde habían estado jugando, y después de haber dejado sobre ella el humeante y oloroso guisado de pato con arroz y de haber renovado el contenido de la jarra, preguntó al tuerto:

—¿De veras quieren ustedes también las truchas y el lomo?...

—De veras, mujer—la contestó.—¿Cómo se han de decir las cosas?... Ya lo estás friendo. Y después... sabe Dios todavía... Por de pronto, también tendrás algo para postre...

—Tengo queso de Villalón, muy rico.

—Bueno es el queso... ¿Y nueces?

—También habrá algunas.

—Pues también nos darás nueces al fin, que son buenas para beber otro par de tragos.

La merienda fué animada y sabrosa. Comieron y bebieron en grande, sazonándolo todo con chascarrillos y golpes de ingenio, de suerte que reinó en la reunión la alegría más franca.

Cuando la molinera les dejó los postres sobre la mesa, se volvió á la cocina y dijo á su marido:

—Yo voy á recoger la ropa que tengo tendida, porque en cuanto se acabe de quitar el sol empezará á helar y se me empandera toda... Cuando quieran marchar los estudiantes, les cobras... treinta reales, y salen á seis cada uno.

—Bastante serán veinticinco, mujer—la dijo Juan,—y que salgan á cinco...

—Es que veinticinco es demasiado poco; porque mira... siete reales del curro...

—Buenos serán seis...

—Vaya, pues seis, y cuatro del lomo, diez, y otra peseta de las truchas, catorce... catorce, y el vino, que son tres azumbres, si para en eso, seis reales... catorce y seis veinte, y tres de pan veintitrés, y uno y medio de arroz, veinticuatro y medio, y dos de queso y uno de nueces, tres... veintisiete y medio... Ya ves si se va arrimando á los treinta reales...

—Bueno: les cobraré los veinticinco.

—Es algo poco... Han merendado como príncipes.

—No importa: buen provecho les haga. Mejor es que vayan contentos, para que vuelvan á menudo...

Se marchó la mesonera á recoger su ropa, y poco después trataron de marcharse también los estudiantes.

—¡Ama!... ¡Ama!... ¡Dionisia!... A ver cuánto se debe,—gritaron.

—El ama—les dijo Juan,—se fué á coger la ropa que tenía tendida; pero me dijo que la cuenta eran veinticinco reales; porque... verán ustedes: seis del pato...

—No, no te molestes en especificar...

—No, hombre: basta tu palabra...

—¿Crees que vamos á desconfiar de tí?

—¡No faltaba más!

—¡Pues mira que ahí podía llegar!... ¿Te parece?

—Y no vayas á creer que se nos hace mucho...

—Al contrario... No es nada para lo bien que hemos merendado,—decían los estudiantes, interrumpiéndose unos á otros.

Juan estaba satisfechísimo.

—Toma, toma,—dijo Martín metiendo la mano derecha en el bolso del chaleco en ademán de sacar el importe.

—No, perdona: no te prepares tú, que pago yo, que estoy aquí primero,—le dijo Pedregales sujetándole la mano en el bolso con su izquierda para que no pudiera sacar-

la, y metiendo al mismo tiempo la derecha en su bolsillo propio...

—Ni tú ni él—dijo el tuerto, haciendo con la mano izquierda y con la derecha las mismas operaciones que había hecho Pedregales:—quien paga soy yo, que os he convidado.

—No: tú tampoco—le dijo el Cuco repitiendo la misma suerte.—A quien corresponde pagar es á mí, que soy el mayor en edad.

—Pues ni tú ni él, ni ninguno pagáis esta tarde—dijo Berrueces;—que para dejaros á todos iguales pago yo, que he estado callando hasta ahora.

Y poniendo la mano izquierda sobre la derecha del Cuco (lo mismo que habían ido haciendo los demás) para que no pudiera sacarla del bolso, metió la derecha en el suyo... sin poder tampoco sacarla, porque acudió á impedirselo la izquierda de Martín, que estaba á su lado.

Y quedaron todos inmóviles, cada cual con la mano derecha en el bolso del chaleco, sujeta por la izquierda del vecino.

—¿Ves esto?—dijo el tuerto á Juanón.—Todos queremos pagar, y por querer pagar todos, no podemos pagar ninguno.

—Será mejor que lo paguen ustedes á escote—dijo el molinero;—tocan á cinco reales...

—No, no, eso no: eso es muy mezquino; eso es muy plebeyo,—dijeron todos.

—Lo mejor es que me dejéis pagar á mí, —decía uno.

—No: á mí,—decía otro.

—Para eso, á mí...

Y vuelta á las andadas.

—¡Que pague el que diga el patrón!— exclamó uno.

—Bueno: con tal que me diga á mí, que es á quien toca...

—No: con tal que me diga á mí.

—No: á mí...

—Ya sabes que no vale, Juan, si no me dices á mí...

Y siempre lo mismo.

—¡Una idea!—dijo Martín Gala.

—¡Venga!...

—¡Venga!...

—Vamos á salirnos al portal; le vendamos los ojos al amo como para jugar á la gallina ciega; andamos nosotros alrededor, y el primero que coja, ó sobre quien pose la mano, aquél paga.

—No está mal discurrido eso,—dijo Juanón muy contento de ver así resuelto el conflicto.

—¡Perfectamente!

—¡Admitido!

—¡Aceptado!—fueron diciendo todos.

Vendáronle los ojos á Juan, y en seguida

se fueron largando uno tras de otro los estudiantes, menos el tuerto que se quedó con él un rato haciendo mucho ruido con los pies jorrasreándolos, para que el molinero creyera que estaban allí todos, y diciendo además de cuando en cuando con tonos de voz diferentes:

—¡Abate Cucu!... ¡Si te descuidas un poco, Martín!... ¡No vale hacerse coger adrede!... Por poco coges ahora á Pedregales... ¡No vale hablar!... ¡Silencio!...

Después se marchó también el tuerto tras de los otros, dejando solo á Juan con los ojos vendados y con los brazos extendidos palpando las paredes.

Cuando la molinera entró en el portal con su cesta de ropa, Juan se dirigió hacia donde oyó pisar y la agarró por un brazo, diciendo muy contento:

—¡Este paga, éste paga!

—¿Tú te has vuelto loco?—le dijo ella.

—¡Ah! ¿eres tú?... ¿Y dónde están los estudiantes?

—¡Anda!... ¡Lo que hace que marcharon! ¡Y bien contentos!... ¡Me hicieron más cumplidos!... Y luego allá se les sentía ir dando unas risadas...

—¡Pues no son pillos!... ¡Marcharse sin pagar!...

—¿Pero no te pagaron?

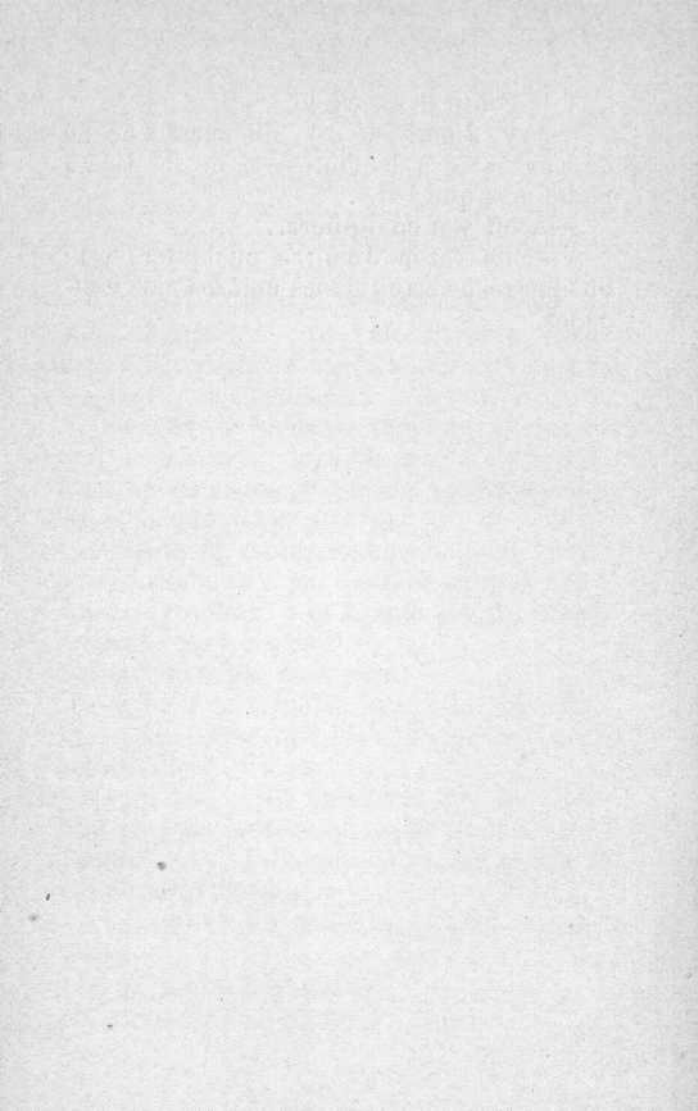
—No, mujer: verás...

Y la contó lo sucedido.

—¡Ay, Juan!—le dijo ella cuando acabó de hacerla la relación:—eso no le pasa á nadie más que á tí...

—A mí y á cualquiera...

Y tenía razón Juan: á cualquiera que busque responsabilidades con los ojos vendados.





# LA COBRANZA

6

## LA SEGUNDA PARTE

(que es, como siempre, la más lastimosa.)

El pobre Juanón el molinero ya se conformaba con perder la merienda opípara que le habían comido los estudiantes, porque no era amigo de meterse en aventuras ni de andar en cuestiones.

Pero su mujer no pensaba como él y se empeñaba en hacerle ir á la ciudad á verse con el tuerto y sus compañeros y cobrarles lo que les habían comido y bebido, para que no se estuvieran acaso riendo de la gracia.

Se resistía Juanón dando sus razones; pero Dionisia, que ya recordarán ustedes que así se llamaba la molinera, no se las atendía, le hurgaba de continuo y no le dejaba ni á sol ni á sombra.

—Aunque no fuera más que por la judiada que hicieron contigo—le decía,—de

taparte los ojos y escaparse en seguida los grandísimos bribones, dejándote solo en el portal con los ojos vendados... ¡Vaya!... Digo que si no vas y los buscas y les cobras los veinticinco reales, no tienes sangre en las venas.

—Es que no creas que eso es tan fácil como á tí te parece—la contestaba Juan;— que hay que mirar muchas cosas.

—No hay que mirar nada más que hacerles por buenas ó por malas pagar lo que deben... ¿O es que les tienes miedo?... Mira, Juan, no seas gallina...

—¡Qué disparates decís las mujeres cuando perdéis la chabeta! ¡Mira tú que llamarme á mi gallina, que gané dos cruces y maté más de quince moros en la guerra de Africa!... Lo que es siete los ví caer... ¡Gallina á mí que estuve en la acción del Serrallo, donde me acometieron tres morazos como tres castillos, y á los tres los eché á cenar con Mahoma! ¡Vamos, que decirme á mí que si tengo miedo á los estudiantes!... Si no fuera mirando...

—Pues entonces, ¿por qué no quieres ir á cobrarles la merienda?

—Porque, mira, de su bella gracia ya sé que no me han de pagar, y por veinticinco reales no quiero yo andar en justicia; no hemos de ser por eso más pobres ni más ricos.

—Sí; pero ten presente que para perdido nada es bueno... y además, me vienen bien esos veinticinco reales para comprarme una saya de todos los días, que ando hecha un estrapajo.

—Lo mismo has de pasar sin ella...

—Y aunque no fuera más que por la burla...

—La burla, otros acaso la harán otro día de ellos, y pata...

—¡Dios mío!... ¡Qué hombre! —decía con verdadera desesperación Dionisia.— ¡Cada vez que me acuerdo de que nos comieron un lomo tan tierno y unas truchas tan frescas y tan ricas!...

—Figúrate que lo comimos nosotros.

—¿Por qué me lo he de figurar, si no fué así?... ¡En verdad que no! que lo ahorramos para ellos, los mamones... Y sobre todo el curro, un curro tan hermoso que valía...

—Hazte cuenta que le llevó la zorra.

—No quiero hacerme esa cuenta, no... Lo que has de hacer tú es ir á cobrarle, antes hoy que mañana.

—Eso no tiene hechura, mujer. ¿Dónde voy yo á buscar ahora á los estudiantes?... Si casi no los conozco; y sin casi...: no los ví nunca más que aquel día...

—Por de pronto no dejarás de conocer al tuerto, que era el taute, el que los capita-

neaba, y debe pagar por todos... Ese bien fácil es de conocer, porque está señalado por la mano de Dios... ¡Para que él sea bueno!

—Vamos, pues figúrate que voy á la ciudad, y veo al tuerto, y le conozco, y le digo que me pague, y me dice que no tiene dinero ó que no me debe nada... ¿Qué hago con él?

—Le llevas al Corregidor, que creo que es un señor muy tratable y muy justiciero.

—¡Le llevas!... ¿Y si no quiere ir?

—Si no quiere ir, vas tú solo y le cuentas al Corregidor lo que pasó, con todos los pelos y señales, que no dejará de creerte...

Nada, que al fin no tuvo el pobre Juan más remedio que afeitarse, mudarse la camisa, ponerse la ropa nueva y marchar para la ciudad á cobrar de los estudiantes.

—Mira, vuelve acá—le dijo su mujer cuando iba ya andando;—lleva la capa...

—¿Qué falta me hace?—dijo Juan.

—Sí, hombre, llévala—insistió Dionisia;—es mejor que la lleves: lo uno, porque á la tarde hará frío, y lo otro porque parezcas persona de más respeto, no vaya á creer el señor Corregidor que eres un pelagatos; porque como dice el refrán, «tal te veo, tal te aprecio.»

Volvió Juan como un cordero y se puso la capa, una capa azul buena que, por estar

el color del paño un poco pasado de moda, le regaló al volver del servicio el capitán con quien había estado de asistente.

—Oye—volvió á decirle su mujer después de haber salido otra vez de casa:—cuidado que vayas bien serio, con la cara bien embrunada; porque si te huelen la torta debajo del brazo, ¡á Dios! ya eres hombre perdido.

Llegó el molinero á la ciudad, se cansó de andar calles y callejas, y plazas y plazuelas, y también de ver estudiantes, pero sin conocer á ninguno.

Por fin se le ocurrió preguntar á un *burreño*, que así llaman á los de primer año, dónde vivía un estudiante tuerto que era de hacia la Montaña, y... con éstas y pocas más señas entendió el pipiolo por quién le preguntaban, y con las que él dió en seguida á Juanón, acertó éste con la posada del tuerto, teniendo además la fortuna de encontrarle en ella.

Como quiera que Juan con la capa azul parecía otra cosa, la patrona le dijo al tuerto que allí le llamaba un señor; y el tuerto, sin imaginar que pudiera ser el molinero, dijo que pasara adelante.

Y ya tenemos al tuerto en presencia de Juanón, que le dijo con apariencias de muy enfadado:

—Supongo que recordará usted quién soy y se figurará á lo que vengo...

La primera intención del tuerto de la Serna fué hacerse el desconocido y negarlo todo. Pero tuvo miedo al ver la cara *feroce* que llevaba Juan, y echó por otro lado, diciendo para sus botones:—Este bruto, si le incomodo, es capaz de esgañarme.

—¡Ah! Sí, hombre, mucho—dijo luego en voz alta, con un aire muy campechano. —Tú eres el molinero de Robledo... ¿Qué tal te va, qué tal?

—Bien, ¿y á usted?—le contestó Juanón.

—Bien... ¿Y qué tal tu mujer?... ¡Qué bien guisa! ¡Cuidado que nos puso la otra tarde una merienda que se podía presentar en la mesa del Rey!...

—Por cierto que ustedes no la pagaron, —añadió Juan muy serio.

—Es verdad, que...

—Y además—continuó Juanón,—me hicieron la infamia de engañarme, vendándome los ojos para escapar...

—¡Quiá, hombre! ¡Aquello fué una broma! ¿No ves que estábamos en el tiempo de ellas?... Dice el refrán que por Antruido todo pasa... y ese fué el motivo, y esa es la explicación del chasco... aparente. Lo demás, en pagarte estamos.

—Bueno, pues *mostrad cómo*, que dice el catecismo.

—¡Hombre! Precisamente en este momento no tengo dinero; pero vete tranquilo y estáte seguro de que te pagaremos. Cualquiera día volvemos allá á merendar y lo pagamos todo junto.

—No me fío, ni me marchó sin cobrar. Págueme usted ahora, ó de lo contrario, se viene usted conmigo ahora mismo á ver las barbas al Corregidor.

—Hombre, si te digo que estamos en pagarte... Si no te pago hoy es porque no tengo dinero, y el Corregidor no me lo ha de dar tampoco. ¿Para qué hemos de ir?

—Para que sepa lo que ustedes hicieron conmigo, y para que declare usted allí la deuda...

—Pues lo siento mucho; pero de todos modos, no puedo ir; porque, mira, tenía el manteo roto y está á componer en casa del sastre, y la capa, la verdad, como he andado esta temporada tan mal de dinero, la empeñé el otro día; y así, sin manteo ni capa, no me atrevo á presentarme delante de ese señor, que me conoce de vista y sabe que soy estudiante y...

—Si es por eso—le dijo Juan,—si no lo hace usted más que por no tener capa, póngase usted la mía, que á mí lo mismo me da ir á cuerpo.

—Bueno: entonces, si te empeñas, vamos. Se puso el tuerto la capa de Juan y se

fueron los dos á ver al Corregidor, que los recibió inmediatamente.

Habló primero Juan, haciendo la reclamación de la deuda y contando el suceso que la dió origen.

—¿Qué dice usted á eso?—preguntó luego el Corregidor al estudiante.

—Señor Corregidor—contestó con gran naturalidad el tuerto,—yo conceptúo que este hombre debe de estar loco: le he encontrado en la calle, me ha pedido por favor que entrara aquí con él para servir de testigo, y ahora ya ve usía con lo que sale... diciendo todas esas cosas tan raras... que le debo veinticinco reales de una merienda que tomé en su casa con otros amigos, cuando yo nunca he estado en su casa ni le he visto hasta ahora.

—¿Cómo que no ha estado usted en mi casa?—replicó Juan muy irritado.

—Como que no he estado—decía tranquilamente el tuerto;—ni sé si usted la tiene...

—¿De modo que nada de eso que dice es verdad?—preguntó el Corregidor al tuerto, mientras Juan hacía gestos de asombro y estallaba de ira.

—Nada, señor Corregidor—contestaba el tuerto:—lo dice porque se le antoja... Como si le diera la gana de decir que la capa que llevo puesta es suya...



—¡Y claro que es mía!—dijo Juan, del todo enfurecido.

—Vaya... ¿lo ve usía, señor Corregidor?—dijo el tuerto.—¿Ve usía como este hombre está loco?...

—Así parece—dijo el Corregidor; y llamando á dos alguaciles, mandó llevar al molinero con toda consideración á la cárcel mientras se averiguaba quién era, para entregarle á su familia.

Protestaba Juan, cada vez más fuera de sí, diciendo que él no estaba loco, con lo cual lo ponía peor, porque... lo que decía el tuerto:

—Ya ve usía... lo de todos los locos: todos dicen lo mismo...

Salió Juan del Corregimiento entre corchetes, y conociendo que por el pronto era inútil tratar de defenderse tal como se habían puesto las cosas, ante la perspectiva de pasar por lo menos aquella noche en la cárcel, decidió sosegarle para inspirar confianza á los alguaciles...

No tardó en conseguirlo, y en cuanto ellos se fueron convenciendo de que si estaba loco era un loco muy apacible y le dejaron en relativa libertad, á la vuelta de una esquina echó á correr y les dejó en blanco.

Cuando llegó al molino, todo sofocado y jadeante, le preguntó su mujer lo primero de todo:

—¿Te pagaron?

—¡Sí... á toca teja!...

—Pero ¿qué has hecho de la capa, ahora que me acuerdo?

—Se me quedó el tuerto con ella... y gracias que yo vine.

Después contó á su mujer todo lo que le había pasado, sin exceptuar la manera como se había quedado sin capa, y concluyó diciéndola:

—Te empeñaste en hacerme ir por lana, y he vuelto esquilado.

## UNA DEFINICIÓN

El niño mayor de la condesa de Rivas-Altas tenía diez y siete años, y el menor... cuando menos provisionalmente, año y medio. Entre los dos había escalonados otros ocho, número por el cual ya se comprende que tenían que ser menudos los escalones.

La condesa no criaba á sus hijos, porque no tenía naturaleza para ello; pues aunque se la veía gruesa, fresca y hermosa, la estaba acechando la anemia, padecimiento obligado de toda persona elegante, y ¡pobre de ella, de la condesa, el día que se metiera á criar!... Que no se metería, porque el médico la aseguraba que sería un crimen, y no estaba dispuesta la condesa á ser criminal por nada del mundo.

Pero, eso sí, cuidaba solícita de que la sustituyese en la primera de las funciones de la maternidad una pasiega, ó una asturiana, ó una vizcaína, sana en todo caso y

robusta y retribuída largamente y mantenida y tratada á «qué quieres, pico».

Tampoco podía encargarse la condesa de la educación de aquellos pedazos de sus entrañas, aunque los quería muchísimo, porque la verdad era que no tenía tiempo. Realmente, á una señora que hace lo que hoy llaman vida de sociedad, no la queda tiempo para nada. Aunque se levante *temprano*, á eso de las once, entre el arreglarse para ir á misa de doce, y la misa, y el almuerzo, y el vestirse para paseo, y el paseo, y la comida, y el vestirse para el teatro, y el teatro y el baile, si le hay... se la va sin sentir el día y aun la noche, sin que la quede ni un cuarto de hora para enseñar el Padrenuestro ó la Salve á sus hijos... Gracias que les pueda dar algún beso de vez en cuando.

Pero sobre este particular de la educación de la familia, descansaba la condesa en las comunidades religiosas. Los padres jesuitas la educaban con esmero los niños, y las madres del Sagrado Corazón la educaban primorosamente las niñas, enseñándolas á bordar la seda y á estropear el castellano, en colaboración esto último con la gramática de la Academia, hasta hacerlas salir diciendo, verbigracia: «A mamá *le* quiero muchísimo»... «A la madre Valenzuela casi no *le* conozco»... Todo porque la gra-

mática de la Academia preceptúa neciamente decir *le* en los dativos femeninos; y como las niñas, igual que las madres y que los académicos, no suelen tener el discernimiento suficiente para distinguir los casos unos de otros, dicen también *le* en los acusativos.

Mas el que la condesa tuviera encomendada la educación de sus niños y sus niñas á los jesuitas y á las monjas, no quitaba que ella también les diera algunos buenos consejos en tiempo de vacaciones, y cuidara sobre todo con exquisito cuidado de conservarles la inocencia.

Para esto tenía prohibido rigorosamente que delante de ellos se hablara de amores, ni de matrimonios, ni de nacimientos, ni de otras muchísimas cosas. Cada vez que se aumentaba la familia, cosa que, como he dicho, sucedía con bastante frecuencia, la condesa tomaba todo género de precauciones para que no se enteraran de nada las pobres criaturas... Papá había encargado un niño á París, á un gran bazar donde vendían muñecos vivos, y estaba ya para llegar de un momento á otro... Luego mamá se había constipado mucho, y no salía de su habitación... Después oían llorar una criatura... Era que acababa de llegar de París el niño encargado, y ya se les presentaba oficialmente. Los venidos de París con ante-

rioridad parecían tragar la bola, y la condesa se quedaba tan satisfecha de su táctica.

El primogénito, que se llamaba Javier como el conde, había concluído el bachillerato en Chamartín, y como se manifestara inclinado á seguir la carrera de Jurisprudencia, le habían enviado á la Universidad de Deusto para que, bajo la direcci3n y la tutela de los mismos padres jesuitas, continuara instruyéndose libre del contacto maléfico de jóvenes calaveras y llenos de vicios. Tenía, como he dicho, diez y siete años; le apuntaba el bozo, y era ya tan alto como su padre; pero estaba todavía en ayunas de toda malicia. Por lo menos, así lo creía la condesa. Mas ¡ay! que la malicia tiene el hocico tan delgado, que se introduce por cualquier parte.

Seguían á Javier en edad dos niñas preciosas, Luisa y Esperanza, de quince años y medio y de catorce, respectivamente, que estaban en el Sagrado Coraz3n ignorantes también de todo lo malo.

Javierito acababa de venir de la Universidad, terminado el curso, con las notas de sobresaliente y dos premios.

—Parece mentira—decía el conde á la condesa,—que este chico haya estudiado ya con tanto aprovechamiento todo el Derecho romano, y esté, como dices, tan atrasado de noticias.

—Pues no lo dudes—le contestó ella:—no tiene malicia ninguna; está lo mismo que Luisín.

Luisín era otro hijo de cuatro años y medio.

Un día, estando á la mesa almorzando, el alumno de Deusto se puso á explicar á sus hermanas las colegialas, que también habían salido á vacaciones, lo que era el matrimonio entre los romanos, y las diferencias que existían entre aquella legislación y la nuestra, pasando á hablar con este motivo de nuestra donación esponsalicia, que, cuando por cualquier causa no llegaba á verificarse el matrimonio, se devolvía, si entre los novios no había mediado ósculo.

La condesa, que desde el principio de la explicación estaba ya en brasas, cuando oyó esto del ósculo interrumpió á su hijo, preguntándole:

—Dí, Javierín, ¿cómo fué aquello que me escribiste de cuando estábais en la novena de la Inmaculada y se encendió un pliegue del pabellón con una vela?... ¡Qué susto os llevaríais todos, hijo mío! ¿Verdad?

—Sí, mamá: muchísimo susto...

—Como el que me he llevado yo ahora,  
—añadía por lo bajo la condesa.

—Verás cómo fué, mamá, verás...—

añadía Javierito, y se ponía á contarle.

Poco después, otra niña algo más pequeña preguntaba á su padre qué era el ósculo, y él la tenía que contestar que una moneda antigua.

—¿Y ahora ya no hay esa moneda, papá?

—No, hija mía: ahora ya no pasa...

Otro día estaba la condesa preparándose para salir á paseo, cuando entró en el tocador Luisín, el de los cuatro años y medio, que era un niño precioso, y la dijo:

—Mamá, ¿qué es un ángel?

—Un ángel...—dijo la condesa pausadamente, como tratando de acomodar la definición al infantil entendimiento de su hijo.—Un ángel es una criatura muy hermosa, es... un niño... que vuela.

—¡Y no! ¡Mentirosa! Que me engañas,—la replicó Luisín.

—¿Por qué, hijo mío?... ¡Jesús! Eso no se la dice á mamá, hijo de mi vida... mamá nunca miente...

—Entonces, ¿para qué la dice Javierito á Fermina que es un ángel?—preguntó el niño...

Fermina era la doncella, una morena muy guapa.

La condesa, sobresaltada, volvió á preguntar á Luisín:

—¿Qué la dice, hijo mío; á ver?... ¿Cómo la dice?...



—Mira, verás, mamá. Está allí Javierito junto á Fermina, en el cuarto de la plancha, y la dice: «Te quiero mucho, mucho... hermosa... eres un ángel»... ¿Por qué se lo dice si Fermina no vuela?

—Porque sí, hijo mío, porque... va á volar en seguida...

.....  
Y en efecto, despidió á la doncella inmediatamente.



## EL RECONOCIMIENTO

La columna carlista de Gómez, que en la primera guerra civil, constantemente perseguida por fuerzas mucho más numerosas, hizo sin contratiempos graves aquella famosa expedición por todo el Reino, que es una de las operaciones militares de más mérito que registra la historia, se dirigía á León, y detrás, á una ó dos jornadas de distancia, iba el numeroso ejército de Espartero.

Perseguidores y perseguidos parecía que andaban jugando á la moria capitoria, como los galanes aquellos de la cosillina inventada para significar el argadillo:

Cuatro galanes  
Andan en danza;  
Corren y corren...  
Nunca se alcanzan.

Así les pasaba á aquellos dos ejércitos: no solían alcanzarse, lo cual para ellos no era malo del todo.

Pero los pueblos, que tenían que contentar á los unos y á los otros, sufrían lo indecible.

Llegaba un día la columna realista; y al llegar pedía raciones, y al marchar pedía bagajes.

Y al día siguiente, cuando el pueblo comenzaba á respirar y á estar á gusto, llegaba la columna liberal, mucho más numerosa, aparte de ser también más aborrecida, y pedía cuatro veces más raciones al llegar y cuatro veces más bagajes al marcharse.

Y no había remedio: los pobres alcaldes tenían que buscar bagajes y raciones por donde pudieran, porque si no... ¡buena la hacían!

Una tarde llegó la columna de Espartero á Villamurada, llamémosla así, á la misma hora próximamente que había llegado dos días antes la de Gómez.

Con mucho trabajo y con grandísima dificultad logró el Ayuntamiento suministrar las raciones necesarias; porque ya se ve que diez mil hombres no se racionan así como quiera en una villa de corto vecindario.

Pero no era ésta la más negra; sino que á la mañana siguiente, el encargado de la brigada de municiones y pertrechos llamó al alcalde y le dijo:

—Para eso de las tres de la tarde, que

será la hora que podremos salir, después de comer y descansar un rato, necesito doscientas caballerías mayores para bagajes, pues las que traigo son de muy lejos, vienen abarrancadas y hay que relevarlas sin remedio.

—¿Doscientas caballerías ha dicho usted?—le replicó el alcalde.

—Sí, señor: doscientas he dicho.

—¿Y dónde voy yo por ellas?

—Donde las haya.

—Pues lo que es aquí es imposible reunir tantas, porque, vamos, materialmente no las hay... Pediré algunas á los pueblos del redor; pero se harán los remolones y no las traerán á tiempo, porque son muy tunos... Si usted me firmara unas órdenes para los alcaldes de esos pueblos exigiéndoselas á rajatabla... á usted le tendrían más miedo y...

—Yo le firmo á usted todo lo que usted quiera, con tal que los bagajes no me falten á la hora que le he dicho... Ya lo sabe usted...

El alcalde se fué á la Casa-Ayuntamiento é hizo al fiel de fechos extender veinte órdenes en los términos más terribles que se le ocurrieron, dejando en blanco el número de caballerías y el nombre del pueblo para ponerlos después más despacio, y volvió con ellas al alojamiento del encar-

gado de la brigada, que se las firmó y selló inmediatamente.

Al tratar luego de llenar los claros, el alcalde de Villamurada discurrió de este modo: «Si los pueblos se hacen ronceros y no acuden á tiempo con los bagajes, quien va á pagar la farda es la villa, porque no habrá más remedio que aprontar aquí caballerías de cualquier manera... Pues me parece que, en pago de este riesgo, bien merece quedar libre de escote si los pueblos acuden»...

Y fué y puso diez caballerías á cada pueblo, repartiendo así las doscientas entre los veinte, para que el suyo quedara en el doble de la manta, como suele decirse.

Cuando el alcalde de Vegahonda recibió su orden respectiva, se echó á temblar... y á discurrir la manera de darla cumplimiento.

—¿Dónde encuentro yo ahora diez caballerías disponibles?—se dijo.—Porque las yeguas, como si lo viera, todos me van á decir que están preñadas, aunque no lo estén... El caballo del pisonero... el del cirujano... en último caso el del señor cura... No: lo que es diez, no es posible... Como no mande ir las yeguas, calle y casa á hita, sin escuchar disculpas ni atender á razones... Pero entonces tiene que ir la

mía la primera, porque quedó la corrida el día pasado ahí, en casa del albéitar, mi vecino... Y ahora que digo del albéitar... si ese majadero pudiera servir alguna vez para algo... Voy á ver... voy á ver...

Tras de este discurso íntimo y luego que meditó un poco la cosa, mandó al procurador tocar á concejo, y cuando tuvo reunidos los vecinos les dijo:

—He mandado juntar el concejo porque acabo de recibir este oficio que, como ustedes verán, le pone á cualquiera los pelos de punta. Atiendan ustedes.—Y leyó:

«Ejército expedicionario.—Brigada de municiones.—En el improrrogable término de cuatro horas, y bajo la más estrecha responsabilidad, se servirá usted poner á mi disposición en Villamurada diez caballerías mayores para bagajes, con apercibimiento de que, de no presentarlas á tiempo, será usted sometido á un consejo de guerra como faccioso y juzgado con todo el rigor de la Ordenanza.—Dios guarde á usted muchos años. Villamurada... *etcétera*. (Aquí hay una firma que no se puede leer... me parece que dice *González*, pero lo mismo da.)—Señor alcalde de Vegahonda.»

—Como ven ustedes—continuó diciendo el alcalde,—la cosa es seria, y no hay más remedio que llevar pronto las caballerías que piden...

—Es verdad,—dijeron unos cuantos vecinos.

—¡Buenas chanzas tienen los militares! —añadió alguno.

—No hay más remedio,—dijo otro.

—Bueno: pues no siendo justo—continuó el alcalde—que las yeguas preñadas vayan de bagaje habiéndolas vacías, como las habrá de seguro, las cuales pueden ir perfectamente, porque eso tienen que hacer, y no las viene mal el paseo para que se las quite el vicio... no siendo justo, como digo, mandar de bagaje una yegua preñada, porque es exponerla á abortar y hacer, por consiguiente, á su dueño un flaco servicio, he determinado que se traiga la večera de las yeguas á la alameda y que una vez ahí rodeadas, el señor veterinario las vaya reconociendo todas, una por una, y diciendo las que están preñadas y las que están vacías, para luego de entre estas últimas enviar de bagaje las que por vez las corresponda...

—Está bien pensado... Muy bien dispuesto,—dijeron algunos vecinos inocentes.

A otros no les dió buena espina la cosa; pero callaron hasta ver en lo que paraba...

—Con que á ver si hay por ahí unos rapaces—añadió el alcalde—que vayan de un pronto á avisar al yegüero para que las traiga... y á ayudarle, porque si no ¿cuán-



do llega él á acabildarlas según estarán de esparcidas?

A la media hora estaban ya las yeguas atropadas en la alameda y casi todo el pueblo reunido allí, unos como interesados en el reconocimiento, y otros como curiosos á ver el milagro... ó lo que resultara.

Luego asomó el albéitar acompañado del alcalde, que le venía diciendo por lo bajo:

—... Ya sabes... Esa rojica que está á la parte de acá con una estrella en la frente, es la mía; aquella negrona paticalzada que se está fregando contra el chopo, es la de mi yerno; esa otra castaña que amusga ahora las orejas contra la tuya, es la de mi cuñado Andrés... Las demás allá tú... Pero no conviene que declares vacías todas las otras, porque parecería mucha casualidad que sólo estuvieran preñadas las nuestras... De suerte que de cuando en cuando, declares preñada alguna más, aunque no sepas de quién es...

Llegaron y empezó en seguida el reconocimiento.

El albéitar se arrimaba á una yegua por el lado izquierdo, la ponía la mano derecha extendida en la parte posterior del vientre, debajo de la falda, y después de unos minutos decía en alta voz y con mucha gravedad: ¡preñada! ó ¡vacía! según los casos.

Al principio todo el mundo guardó cier-

to respeto al acto; pero aquella actitud no duró mucho. Cuando el albéitar reconoció la yegua del tío Marrajo, el cuñado del alcalde, ya quiso haber un poco de riña.

Excusado es decir que la calificación, pronunciada con especial solemnidad, fué la de ¡*preñada!*

—¡Sí, de moscas!—dijo el tío Golondrín muy mal humorado, porque acababa de declararse *vacía* la suya; y añadió con aire provocativo:

—¡Con que no anduvo á la parada!

—¿Y eso qué tiene que ver?—le replicó el tío Marrajo defendiendo la calificación;— ¡puede ser que no se haya visto otra!

—¡Claro que no se ha visto!

—Pues anda, que cuando el *profesor* lo dice...

—Como si lo dijera el perro del ganado.

—Pues, hombre, creo yo que los que lo estudian lo tienen que saber... porque si no lo saben los que lo estudian... ¡lo sabremos tú y yo!... ¿te parece?

—Lo que me parece á mí es que están ustedes hablando de más—dijo el alcalde queriendo cortar aquella disputa peligrosa, tras de lo cual continuó el reconocimiento.

El *facultativo* siguió palpando barrigas de yeguas y diciendo lo primero que se le venía á la boca, *preñada* unas veces, otras

*vacía*, sin cuidado alguno, puesto que ya estaban á salvo todas las recomendadas, la suya por supuesto, la del alcalde y las de los parientes del alcalde.

Y sucedió que entre un montón de yeguas que se metían unas por otras para demosquear, pues aunque era ya en Septiembre, todavía calentaba el sol de firme, estaba un caballo que tenía el pisonero para llevar las telas á la pisa.

El albéitar reconoció la primera del grupo, calificándola de *vacía*, y pasando adelante sin fijarse, puso la mano en la barriga del caballo...

—¡Chachos!—dijo en voz baja un mozo que lo notó á otros que estaban con él en corrillo;—¡está reconociendo el caballo del tío pisonero!

—¡Chist! callar, á ver qué dice,—indicó maliciosamente otro.

Y el *profesor*, después de un rato de observación, exclamó solemnemente:

—¡Preñada!

Una lluvia de impropiedades cayó sobre él en el mismo acto.

—¡Animal!

—¡Bruto!

—¡Zopenco!

—¡Burro!

—¡Bárbaro!...

—¡Si es un caballo, bestia!...

Cuando fué cesando el chaparrón, el albéitar, que era bastante desahogado, trató de rehabilitarse echándose á reir y diciendo:

—¡Si fué una broma!... ¡lo dije en chanzas!...

Pero sin dejarle acabar la frase, volvieron á írsele todos encima con otra granizada de insultos.

—¡Pillo!

—¡Bribón!

—¡Tunante!

—¡Querías engañar á la gente y dejar libre la tu yegua y las de los amigos!

—¡Y echar á perder á algún pobre!...

—¡Granuja!

—¡Tramoso!

—¡Tuno!...

Y si no se escabulle por entre las yeguas, hubiera habido más que palabras.

El alcalde, al principio, quiso, por la cuenta que le tenía, sostener el reconocimiento, ó por lo menos la validez de las calificaciones hechas antes de la equivocación; pero no pudo.

La gente se le amotinó y no tuvo más remedio que mandar de bagaje indistintamente las diez primeras yeguas que estaban en turno, empezando por la suya.

## ASPERGES

Alborozada de veras había despertado aquel día la noble y olvidada ciudad.

Las campanas de su catedral famosa, las de su vetusta colegiata, las de sus cuatro conventos de monjas y las de sus once iglesias parroquiales repicaban todas á un tiempo.

De los engalanados balcones del Consistorio, de la Diputación y del casino principal no cesaban de salir cohetes hendiendo el aire con prolongado silbido, que iba menguando poco á poco hasta extinguirse; y cuando ya parecía del todo apagado... ¡pum! ¡pum!... dos estampidos uno tras de otro...

¿Qué sucedía?

¡Pues apenas nada!... Que se inauguraba el ferrocarril, el suspirado ferrocarril, agente vivificador, arteria poderosa que había de rejuvenecer con nueva sangre á aquella pobre anciana.

Por eso andaban sus hijos tan contentos; por eso, cuando ya querían ser las once, bajaban todos hacia la estación nueva, que estaba á la orilla del río, á donde también acudían á bandadas á ver la máquina los aldeanos del contorno.

El Ministro de Fomento asistía personalmente á la inauguración; el Obispo iba á bendecir la línea; la Compañía concesionaria obsequiaba á los dos altos dignatarios y á las personas principales de la provincia con un banquete...

Entre los convidados que primero se presentaron en el andén se hallaba Colás el de Poblón, diputado á Cortes por uno de los distritos rurales que cruzaba la vía, á quien llamaban de muchacho en su pueblo el *Pavarrro*, por su marcada similitud en la perspicacia con los pavos grandes. Mas á pesar de que en efecto parecía tonto, y no digo yo que no lo fuera, se había enriquecido y, mediante el pago de tres mil duros á un candidato ministerial á quien llamaban *Rinconete*, que por esa cantidad le cedió el distrito, había llegado á padre de la patria. Por cierto que lucía un frac nuevo, y como no estaba acostumbrado á él, no sabía qué hacer de las manos. A menudo buscaba instintivamente los bolsos para meterlas en ellos como acostumbraba cuando traía chaqueta; pero como no los encontraba,

las dejaba con desaliento caer de la más desairada manera.

Se había arrimado al Presidente de la Diputación, Paco Vega, que era un buen muchacho, inteligente y amable, de menos edad que él, pero á quien él llamaba respetuosamente don Francisco, y como casi no conocía á nadie más, no se separaba de él un momento.

Cuando llegó la hora, salió el señor Obispo, ya revestido, de una de las salas de descanso. La máquina destinada á conducir el primer tren oficial, muy enguirindolada con los colores nacionales, avanzó mansamente por los rieles, orilla arriba del alto andén, hasta colocarse á los pies del Obispo, que comenzó rociándola con el hisopo mojado en agua bendita y recitando en voz alta la fórmula correspondiente, que es el versículo 9 del salmo 50: *Asperges me hisopo, et mundabor...*, etc.

La gente del pueblo sostenía en tanto diálogos curiosos referentes á la ceremonia.

—¿Qué es eso negro con tantas banderas y tantas cintas? ¿es esa la máquina?

—Sí: esa es la locomotora.

—Y ¿por qué la han puesto tan maja?

—¡Toma! pues porque la van á bautizar.

—¿A bautizar?... ¿Y cómo la bautizan?

—Pues al respectivo, lo mismo que quien bautiza á un niño; porque, ya ves, la loco-

motora se mueve, y es como una criatura, fuera del alma...

—¿Y qué nombre la ponen?

—Mírale: ya le tiene escrito allí á un lao con letras doradas.

—¿A ver?... Ahí dice... *Gaudiosa*...

—Pues eso, *Gaudiosa*... el mismo nombre de la mina de donde sacaron el hierro para hacerla... Porque así como á un niño, aunque sea mala comparanza, le ponen el nombre de su padre, pues á ésta la ponen el nombre de su madre...

—No; si *Gaudiosa* creo que se llamaba la mujer de D. Pelayo...

—Pero también se puede llamar así la mina; porque las minas también se llaman como las personas... *Rosita*... *Juanita*...

Continuaba en tanto la bendición, que fué algo larga, y al pobre Colás, que fuera del *Asperges* que había oído cantar en su pueblo todos los domingos antes de misa, no entendía una palabra de las preces que en latín recitaba el señor Obispo, y además tenía ya gana de comer, se le hacía larguísima, interminable.

—¡Qué pesado es esto!—decía por lo bajo al Presidente!—Cuándo que le quitan la mitra, cuándo que se la ponen... cuándo que le dan el libro abierto, cuándo que se le quitan... En cuanto concluya la bendición comeremos, ¿eh?



—¡Ca! no, señor: si la comida no es aquí, que es en la estación de término. Primero tenemos que hacer el viaje.

Al diputado rural no le sentó bien la noticia; pero ¡qué remedio!

Concluyó al cabo la bendición; se subieron los convidados al tren; se puso éste en marcha, y en poco más de dos horas llegó al extremo de la línea. El Pavarro, que llevaba ya una gazuza que no veía, en cuanto se apeó del coche quiso irse hacia la fonda; pero don Francisco, como él decía, le advirtió que todavía no era la hora de comer, que primero había que firmar el acta.

Nuevo contratiempo.

Se asomó al comedor, sin embargo, para ver los preparativos.

La mesa estaba llena de flores y de frutas. Pero entre unas y otras había también apetitosas fiambres, con las que se le alegró el corazón, haciéndosele ya la boca agua. Se fijó especialmente en un salmón grande en salsa bayonesa, y después de mirarle bien fué á contarle el caso al Presidente de la Diputación, diciéndole:

—Hay allí un platón largueteño con un pez entero de más de una vara de largo, metido entre barro amarillo.

—Será un salmón,—le dijo Vega.

—Y tiene allí una palina de plata... ¿Para qué es?

—Para apartar, para servirse.

—¡Qué tapín voy á levantar yo con aquella palina!

Al fin... entró la comitiva en la fonda, y Colás, que no se apartaba del Presidente de la Diputación, se fué junto á él y se sentó en seguida.

—¡Chist! levántese usted—le dijo su amigo,—que va el señor Obispo á bendecir la mesa.

El pobre Pavarro creyó que aquella bendición iba á ser tan larga como la de la locomotora, y tuvo gran disgusto. Se equivocaba, por supuesto: aquella bendición fué brevísima; pero así y todo, á él, que no era devoto ni mucho menos, ya le parecían demasiadas bendiciones.

Sentáronse todos. Viendo Colás que los demás desdoblaban las servilletas, desdobló la suya y encontró dentro una cartulina con adornos dorados.

—¿Para qué es este cartonín?—preguntó á Paco Vega.—No será de comer, ¿verdad?

—No; eso es la lista de la comida, el programa del banquete.

—¡Ah! sí: tiene aquí unos letreros...

—Sí: ahí dice lo que nos van á ir dando; pero le advierto á usted que está en francés...

—Ya sé yo algo de francés—dijo Colás,—de oír á mis niños que lo estudian en el

Instituto... *Avez vous votre chapeau...* y así...

El Pavarro comenzó á leer la lista, y al instante hizo un gesto de sorpresa; metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó el dinero que tenía, y apartó un duro y dos pesetas, que dejó sobre el mantel, guardando lo restante.

—¿Qué hace usted?—le dijo Vega.

—Preparar el dinero, porque no me gusta que luego me den prisa cuando cobren... Yo creía que esto era gratis; pero veo que dice aquí: *diner 28 août*, y este *août* no sé lo que es; pero *diner* ya sé que es dinero, y 28 supongo que serán veintiocho reales.

—No, hombre, no; esto no se paga. *Diner* quiere decir *comida*, y 28 *août*, 28 de Agosto, que es el día en que estamos.

—¡Ah!... ya.

Volvió á ponerse á leer, y en seguida dijo:

—Bueno: esto sí me gusta á mí, que se empiece por el vino, que en algunas partes se lo hacen á uno desear un rato, y á mí me gusta que lo sirvan pronto... Lo digo porque esto primero que dice *Consommé* será consumir, ¿verdad?

—No, hombre: *Consommé* es la sopa.

—¡Ah! ¿*Consommé* es la sopa? ¡Pues cualquiera lo entiende! No creía yo que se diferenciaban tanto el francés y el castellano.

El Pavarro continuó leyendo la lista, figurándose que entendía alguna palabra que otra, pero sin atreverse á comunicar sus figuraciones al Presidente después de la equivocación pasada, hasta que un poco más abajo de la mitad se encontró con una palabra que le hizo exclamar todo alarmado:

—¡A Dios!... ¡Quonian!...

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntó su vecino.

—¡Reconian! ¿Sabe usted que nos va á marear hoy el Obispo?

—¿Por qué, hombre?

—Porque tenemos otro *Asperges* á media comida...

—¡Ca! ¿Qué me cuenta usted?...

—Lo que usted oye... Mire usted... Esto bien se entiende... ¿No dice usted que este es el programa? Pues mírelo usted aquí bien claro: *Asperges*... ¡Quonian! ¡Quonian! ¡Como sea tan largo como el primero!...

Y el Presidente de la Diputación, sin poder apenas contener la risa, tuvo que explicar al diputado rural que aquel *Asperges* que allí leía no era una nueva bendición, sino un plato de espárragos.

## LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galdn* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan, en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares  
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado,  
de liendres empedrado,

Color de aceituna,  
vergüenza ninguna, etc.

El mote de *Galdn* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien, como á todas las madres, parecía su hijo hermoso como un

sol, acostumbraba á llamarle *galán* á cada paso, cuando era niño.

—¡Juan! Ven acá, galán... Haz *esto*, galán... Haz *lo otro*, galán...

Y como precisamente al pobre Juan le sentaba muy mal el epíteto, á la gente del pueblo la hizo gracia y le confirmó con él para toda la vida.

Juan Galán salió con afición á la música, y aprendió á tocar una chifla del sistema primitivo, algo parecida á una dulzaina. Sólo que aprendió á tocarla mal, y siempre la tocó lo mismo. Aparte de que el sonido de la chifla era de suyo bastante desagradable.

Juan se empeñaba, sin embargo, en acompañar con ella á los mozos todas las noches que cantaban la ronda, no sin que protestara siempre Manolín, el mozo viejo que tocaba el tambor, quejándose de que Juan con la chifla le hacía perderse.

—En cuanto se pone á mi lado ese demonio de ese disonante, decía Manolín, y comienza á hacer el *flíu, flíu*, ya no sé por dónde ando.

Los demás mozos, fuera de Manolín, toleraban á Juan Galán porque les divertía mucho con sus cosas.

Cada noche inventaban un juego nuevo en el que Juan fuera el pagano, y al día siguiente contaban las inocentadas de Juan,

ponderando lo mucho que se habían reído á su cuenta.

La dueña de las ovejas que guardaba Juan, que por entonces era pastor, le convenía de cuando en cuando compadecida de su simpleza.

—No vayas á cantar la ronda con los mozos, Juan, no vayas—le decía.—¿No ves que hacen diabluras contigo, y siempre se ríen de tí?... ¡Cuánto mejor estás en casa!

—¡Quiá! No, señora—la contestaba Juan:—déjeles usted que se ríen... Ellos se ríen de mí, y yo me río de ellos... Así se divierte la gente.

Nada. No había manera de sacarle de esta conformidad desastrosa.

Una noche discurrían los mozos, para divertirse con Juan, ponerse á jugar en medio de la plaza á *Cierros*, que es un juego parecido al de la gallina ciega, donde la mayor dificultad no consiste para el vendado en coger á uno de los que andan alrededor y le dan cachetes y empujones, sino en acertar á decir quién es el que tiene cogido.

—*Cierro* tengo,—dice el vendado cuando ha logrado sujetar á uno de los que juegan.

—¿Quién es?—le preguntan en seguida.

—Fulano,—contesta él.

—¡Cebada!—le responden si no acierta; y tiene que seguir vendado.

Si acierta á decir el nombre del preso, le responde el coro: «¡Que lo pague!» y entonces se quita la venda para que se la ponga el cogido.

Excusado es decir que Juan no acertaba casi nunca.

Si por casualidad acertaba una vez y se veía libre, como llevaba zamarra, y era el único que la llevaba, en cuanto el nuevamente vendado le palpaba la lana conocía que era él, decía su nombre, y tenía Juan que volver á vendarse; con lo cual seguían dándole *cebada* y hundiéndole á golpes.

Habiendo llegado á entender que le conocían por la zamarra, discurrió quitársela.

Pero el infeliz se quedó en mangas de camisa, cuando los otros tenían chaqueta, y le conocían lo mismo...

Otra noche discurrían jugar á la *zapata*...

—A ver quién se pone en el corro—decía uno:—si no hay quien se preste voluntario, hay que echar suertes...

—Que se ponga Juan,—decía otro...

Y en efecto: Juan se prestaba voluntario, se sentaban en corro cubriéndose las piernas con una manta, y ¡corra la zapata, corra! y la zapata corría sin cesar sin que Juan lograra cogerla en manos de nadie, y toda la noche estaba en medio llevando zapatazos en las costillas.



Otra noche discurrían jugar al *moscardón*, y... lo mismo. Juan Galán era el que estaba siempre en medio para que le volvieran loco á guantadas.

Pues una noche estando en la hila le propusieron otros mozos si quería ir con ellos á *maimones*.

—¿Qué son maimones?—preguntó Juan ingenuamente.

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Pero ¿no sabes qué son maimones?

—Pero ¿nunca has visto los maimones?

—Pero ¿no has ido nunca á maimones?

—Pero ¿dónde te has criado que no conoces los maimones?

La carcajada general y la lluvia de preguntas que siguieron á la suya, convencieron á Juan Galán de que los maimones debían de ser muy conocidos y de que, por consiguiente, no le convenía confesar su ignorancia, sino por el contrario, aparentar que estaba al tanto de todo y que sólo en broma había hecho la primera pregunta.

—¿Pues no he de saber yo lo que son maimones?—repuso Juan.—¡Bueno, bueno!... Lo sé de sobra...

—Entonces ¿para qué preguntabas lo que eran?

—¡Toma! porque en algo se ha de divertir uno.

—Bueno; y ¿te atreves á ir á ellos, ó no?

—¿Cuándo he dicho yo que no á nada?...  
Por mí, ya estamos andando...

—No van á salir esta noche los maimones—dijo siguiendo la broma uno de los ancianos de la hila,—porque es ya muy tarde.

—Sí salen, sí—le contestó un mozo:—todavía salen, y habiendo como hay un poco de nieve, mejor.

—Harto será que salgan—añadió una hiladora...—y lo que vais á coger será buen frío en el soto, porque siempre á las orillas del río corre una bufina...

—El frío es lo que menos importa,—dijo Juan Galán, siempre animoso para todo.

—Así es—dijo uno de los expedicionarios;—y especialmente á tí, si vas decidido á traer uno, poco te puede importar el frío, porque ya entrarás en calor.

—Denos usted dos ó tres costales,—dijo otro, dirigiéndose al ama de la casa.

—Bastante será uno,—replicó ella.

—No, no: denos usted dos ó tres—insistió el que pedía;—porque podremos acaso coger más de un bicho... y de todos modos más vale que sobren que no que falten.

Con todas estas cosas, combinadas allá á su manera en su angosto caletre, Juan Galán, que nunca hasta entonces había oído hablar de maimones, se iba figurando que se trataba de caza ó de pesca; es decir, que

los maimones debían de ser algunos animaluchos residentes en el río ó en sus orillas, y no se veía en horas de marchar para ver si lograba coger alguno.

En cuanto el ama de la casa trajo los costales, salió de la cocina la expedición, compuesta de siete ú ocho individuos.

—Hasta luego,—dijeron los que se iban.

—¡Que os pinte bien!—dijeron con aparente formalidad los que se quedaban.

Cuando los cazadores ó pescadores, pues Juan no sabía todavía lo que eran, llegaron al soto, el que dirigía la operación cogió á uno de sus compañeros y le dijo:

—Quédate aquí, que éste es buen sitio, y no te muevas hasta que te llamen. Y si sale alguno, dale un buen palo, á ver si le ataravinas. Si te ves apurado, llamas.

Veinte pasos más adelante cogió á otro compañero y le dijo lo mismo.

Y otros veinte pasos más allá, ya cerca de la orilla del río, entre unas salgueras, cogió á Juan Galán y le dijo otro tanto...

Por supuesto, que los dos primeros destacados, como conocían perfectamente la broma, en cuanto se quedaron solos echaron á andar para casa tranquilamente, y poco después de haber vuelto á entrar en la hila, entró también el resto de la cuadrilla, menos Juan Galán, que era el único que se había quedado de centinela en medio del soto.

Después de muy reído el caso se pusieron á jugar á la brisca, y llevaban ya jugados tres ó cuatro partidos, cuando el ama de la casa, compadecida del pobre Juan Galán, les dijo:

—¡Vamos, vamos! Dejad ya eso y volved por aquel pobre muchacho, que se estará helando de frío.

—¡Ca! No lo crea usted—la contestó uno.—Estará en sus glorias, esperando los maimones.

—¡Andad, andad—insistió ella,—que para broma ya es buena!

—Pues vamos allá,—dijeron ellos.

Y encaminándose silenciosos á la orilla del río, teniendo cuidado de no pasar por donde estaba Juan Galán, metieron en uno de los costales una piedra enorme que lo menos pesaría ocho arrobas, y después de bien atada la boca del costal, empezaron á gritar con alborozo:

—¡Luis! ¡Juan! ¡Quico! ¡Pepel! ¡Acá, acá, que ya cayó uno!

Juan Galán llegó de cuatro saltos á donde oía las voces, y se encontró con sus compañeros que aparentaban grande regocijo.

—Tardaron en salir—decían;—pero al cabo salió uno bueno...

—¿Es muy grande?—preguntaba alguno de los últimamente llegados.

—No, muy grande no es; pero está muy gordo,—le contestaban.

—Pesa como un pecado mortal,—añadía otro sopesándole.

Juan manifestó deseo de verle; pero le pusieron por delante el peligro de que se escapara si se abría el costal, porque no estaba muerto, sino solamente atontecido.

—Lo que has de hacer es cargar con él cuanto antes—le dijo el director de la operación;—ya que no le cogiste, llévale.

Y el pobre Juan Galán, ayudándole los demás á echarle al hombro, cargó con el costal y echó á andar, llegando medio reventado á la cocina.

Entrar en ella y comenzar á llover preguntas zumbonas y burlescas sobre Juan, todo fué uno.

—¿Qué tal, Juan?... ¿Se te hacía el tiempo largo?—le decía una mujer con aparente benevolencia.

—¿Pesa mucho?—le preguntaba otra.

—Pocos habrás visto más grandes, ¿eh?—le decía la de más allá.

Juan contestaba á todos muy complaciente y muy complacido, considerándose el héroe de la fiesta.

Mas allá, en su interior, le devoraba la curiosidad de ver el maimón y de saber qué clase de bicho podía ser aquél que siendo tan pequeño pesaba tanto.

—Vamos, ahora prepárate á matarle si te sientes con valor para ello,—le dijo el mozo que había dirigido la cazata, entregándole al mismo tiempo un hacha de cota.

—No tengas miedo—le dijo otro, queriendo meterle en aprensión: — si tienes miedo dame á mí el hacha.

—No, Juan no es miedoso,—replicó el primero animándole, y añadiendo:

—Has de estar con mucho cuidado para darle un buen golpe en cuanto asome la cabeza... Pero no le has de dar con el corte, porque tienen el pellejo muy duro y no les entra el hacha: dale con la cota tras de una oreja, que es la manera de que no vuelva á rebullir ni poco ni mucho.

Juan Galán cogió el hacha, la levantó en actitud formidable, y clavó los ojos en el bulto con gran fijeza.

Un mozo cogió el costal por los cornijales y empezó á tirar de él poco á poco para que el maimón se fuese corriendo hacia la boca.

Cuando ya estaba cerca, y mientras todos encargaban á Juan mucho cuidado de no dejar escapar el bicho, el del costal tiró de pronto, y dejó al descubierto en medio de la cocina un descomunal canto rialengo, sobre el cual descargó Juan con todas sus fuerzas un enorme martillazo con la cota del hacha, no sin que le mancara los dedos

el astil por la repercusión del golpe dado tan en duro.

La risa estrepitosa que soltaron todos al sonar el martillazo no fué bastante para sacar de su error á Juan Galán, que se disponía á segundar, y lo hubiera hecho con más fuerza si no le quitan de la mano el instrumento.

No le cabía á él en la cabeza que aquello que tanto trabajo le había costado traer desde la orilla del río no fuera en realidad un animalucho. Estaba viendo la piedra, y todavía le parecía que iba á echar á correr y á escaparse.

—Pero, tonto, ¿no ves que es un canto?  
—le dijo por fin el ama de casa pudiendo con trabajo hacer oír su voz entre las carcajadas de los demás.

Entonces Juan se rió también como todos, y poco después repetía muy conforme:  
—Así se divierte la gente.





## EL CRIADO MAYOR

No era mala persona el tío Blas... Un poco arbolario, algo hablador, bastante presumido, y muy raro y muy impertinente; pero ¿quién está sin defectos en el mundo?...

En cambio, era fiel y trabajador, amigo de cumplir con su deber y de que todos hicieran lo mismo; tan á ley andaba, como si el caudal fuera suyo, y cerca de él jamás holgazaneaba nadie.

Era el criado más antiguo, ó el criado mayor, como él se solía llamar, aunque á veces todavía se daba otro ascenso y se llamaba mayordomo, palabra que, según él, venía de las dos latinas *major-domo*, que quieren decir: el mayor en la casa... después del amo, naturalmente.

Hay que advertir que el tío Blas había estudiado, de rapazuelo, un poco de latín con los frailes de Trianos, circunstancia que, alentando su presunción, contribuía no poco á hacerle insufrible.

—No creas, Pepín—me decía la primera vez que volví yo del estudio á vacaciones, tratando de examinarme,—no creas que estoy tan impuesto como antes: de algún tiempo para acá se me va olvidando un poco; pero hasta estos años últimos lo mismo me daba á mí hablar en latín que en castellano... Sabía yo ir por vino á Valoria, y á la vuelta traerme los estudiantes de Palencia embobados detrás del carro hasta el puente de Anguarinos echándoles latines.

Lo peor era que no se limitaba su presunción á saber latín, sino que se extendía á todo. El era, en su sentir, el que mejor araba, el que mejor segaba, el que mejor sabía hacer todas las cosas, y aun el único que sabía hacerlas.

Con aquello de que era el criado mayor, todo lo quería mandar él y no dejaba en paz á los otros criados, que se enfadaban cuando eran nuevos, y acudían con quejas diciendo que á aquel hombre no se sabía cómo entenderle, ni se le podía dar gusto, porque no encontraba nada bien hecho no haciéndolo él, y para eso lo mejor era dejarle á él solo... En lo cual iba envuelta una amenaza de marcharse.

Mi madre les templaba el enfado dándoles la razón, porque solían tenerla; pero encargándoles que respetaran al tío Blas, que era muy antiguo en la casa y además iba

ya siendo anciano; que le obedecieran siempre que fuera posible, ó por lo menos cuidaran de no contrariarle de frente, pues aunque tenía sus rarezas, no se podía prescindir de él por ser el que conocía los mojones de las heredades y el que estaba al tanto de todo... En fin, venía á decirles que había que soportarle. Lo mismo que se dijo hace años de cierto presidente del Consejo de Ministros, bastante parecido al tío Blas, por lo menos en las malas cualidades.

¡Pobre tío Blas!... Me acuerdo mucho de una de sus majaderías, que pudo costarle bien cara.

Estábamos en la era una tarde á eso de las tres con un sol terrible. Las yuntas se movían perezosamente en la trilla, formando círculos y haciendo oír el monotonó ronron de los cambicios frotando con los palos de enganche, y el suave roce de los trillos sobre la paja. Iban á volver los obreros á segar después de la siesta, cuando comenzó á soplar débilmente el aire del Norte, que en todo el verano apenas se había sentido.

—Pica un poco el cierzo—dijo el tío Blas, que, apoyado en el mango del gario, descansaba un momento de su tarea de voltear la trilla,—y si se formalizara no íbais á segar esta tarde y os quedábais á limpiar, que es cosa que hace mucha falta, porque

ya casi no nos queda sitio donde echar otra trilla, y ésta ya va bien molida... Tenemos toda la era enredada con parvas... como no ha hecho aire... Sí, sí—añadió luego resueltamente al ver que el cierzo iba arreciando:—vamos á aparvar esta trilla, que es la que más estorba, y nos ponemos todos á limpiarla... ¡Eh! Barred los trillos y sacadlos —dijo á los rapaces que trillaban medio dormidos.—Tú, Martín, engancha unos bueyes al aparvador, y á aparvar á prisa: ahí tienes gente... Tú coges otro gario—dijo dirigiéndose á otro criado, á Jerónimo,—y me ayudas á componer la parva... Las obreras, que agarren los baños, y á barrer...

Todo se hizo prontamente según las órdenes del tío Blas, que venía á ser una especie de capitán general de la era.

—¡Hala!—dijo cuando se acabó de hacer la parva.—Ahora á poner señales, á coger los bioldos y á limpiar con codicia.

También fué obedecido en esto, y comenzada la operación, comenzó él á dar tachas, según su costumbre, y hacer advertencias.

—No tan alto, Martín, no lo tires tan alto, que es fuerte el aire y lo lleva todo junto... Al codo, Juan, al codo esa paja... No consiste en tirarlo adelante... Parece que estás espalando... Para limpiar bien, mucho unto de muñeca...

En esto llegó de casa una criada diciendo que la señora llamaba al tío Blas.

—¡Váyase por Dios!—dijo éste dándose tono; y se marchó con la criada.

El caso era que un vecino había ido á quejarse á mi madre de que los criados le habían deslindado mal una tierra que no estaba surcada. Mi madre llamó al tío Blas para preguntarle. Mas como el tío Blas no daba razón por no haber ido él á segar allí, le mandó ir á verlo.

Mientras tanto, como el cierzo no se paró en toda la tarde, ni los limpiadores tampoco, más que un momento para mendar, al ponerse el sol acababa de salir el *pez*, que así llamaban al muelo, por su forma alarguetada como la de un pescado.

Cuando ya las obreras estaban azarandando y los criados midiendo el trigo limpio, llegó el tío Blas á la era, de vuelta de su expedición imprevista, y dijo al ver concluída la obra:

—Mucho corrísteis... harto será que lo hayáis hecho bien... no estando yo aquí, nunca van bien las cosas... ¿A ver, á ver?...

Y diciendo estas últimas palabras, echó mano á un bieldo y comenzó á tirar paja al aire.

De la primera bieldada volaron hacia atrás dos granos; de la segunda, tres...

—Lo menos media fanega de pan habéis dejado ir con la paja,—dijo el tío Blas sin parar de tirar bieldadas al alto.

—¡Quiá!... Menos lobos, tío Blas,—dijo Martín.

—Menos lobos sí, pero más trigo, porque lo menos tiene una fanega—replicó el tío Blas al ver que seguían saliendo granos...—¿Una fanega dije?... Y también fanega y media—añadió al encontrarse con cinco ó seis granos en otra bieldada.—Y ha de haber que volverlo á pasar, porque tres cuartos de trigo, al precio que trae... y con lo que subirá todavía, importan cerca de cuatro duros, y cuatro duros bien pagan el trabajo de limpiar la parva de nuevo... Pero, ¡sí, sí! ¡Buenos tres cuartos nos dé Dios!... Lo menos tiene media carga... ¡Vamos!... Es que esto es cosa perdida... Andará cerca de las tres fanegas...

Así iba aumentando cada vez un poco, sin dejar de tirar paja al aire, cuando acertó á coger una bieldada de donde habían apurado el rabital, que es por donde pasan los granos fallidos, y salieron como una docena... Aquello fué ya el acabóse. Ya no tuvo reparo en completar la carga.

—Lo menos una carga de trigo habéis dejado ir á la paja—dijo muy formalmente,—y no hay más remedio que volverlo á limpiar: no puede quedar así... Con que,

agarrarse á los bieldos, y manos á la obra, que aunque viene la noche, hay buena luna.

Criados y obreros le obedecieron á regañadientes, y se pusieron á limpiar en la paja limpia.

Al principio guardaban silencio; pero cuando se les fué pasando el mal humor y fueron á la vez adquiriendo certeza de lo enorme del chasco que se iba á llevar el tío Blas, puesto que no aparecía el trigo por ninguna parte, comenzaron á descolgarse con bromas.

—Me parece, tío Blas—decía un obrero, —que la carga va á ser un poco escasa.

—Siempre se quedará en fanega,—añadió otro...

—¿Fanega dices?—replicaba el de más allá.—¡Emina que fuera!... ¡Si no se tropieza un grano!

—El grano siempre se va escurriendo hacia el suelo—decía ya un si es ó no es acobardado el tío Blas, como quien ve las orejas del lobo. Pero no queriendo dar todavía su brazo á torcer, añadía:—Ya parecerá el grano, ya parecerá...

Duró la limpia hasta cerca de la media noche; y ¿sabes lo que salió después de tan larga faena?—me decía el amigo que me contaba el caso.—Pues entre granos mermados y granos de niebla y granos de nequilla... celemín y medio...

—¿Y qué dijo el tío Blas, el de la carga?...

—La *carga* fué la que le dieron á él entre todos con burlas y cuchufletas, pues cada uno le decía la suya.

No pudiendo sufrir más, se marchó aburrido, se metió en la cama, y de la corajina tuvo un ataque á la cabeza.

No creas que fué cosa de poco, que hubo que ponerle sanguijuelas, y estuvo si se va si se viene...

Afortunadamente, se curó del ataque, y aunque de su fatuidad no se curó del todo, por aquello de que «genio y figura...», sí se reformó algo, y fué desde entonces más razonable y menos presumido.



## CALENTURA PALÚDICA

—No os burléis nunca jamás de ningún *físico*—decía el Parletán de Poblón á unos mozos que se reían del albéitar porque había asobinado una vaca descordada y lo había hecho con tal habilidad que después de la operación cojeaba más que antes;—no os burléis nunca de ningún físico, porque los físicos siempre tienen que saber más que nosotros, porque lo han estudiao, y los que lo estudian son los que lo saben.

Me ha pasado á mí sobre eso una cosa que... nunca se la he contado á nadie; pero veréis...

¿Os acordáis de aquel cirujano que tuvimos, algo cegaratoso, que se llamaba don Polonio Moral, y nosotros le llamábamos *Morral*, porque decíamos que no sabía una palabra?... Pues con aquél me pasó á mí un caso que no se me olvida...

La primera vez que yo aliqué á la mi Robustiana, me acuerdo como si fuera aho-

ra, la dí de firme... Veréis cómo fué. No hacía más que dos meses que nos habíamos casado... Un domingo después de comer me llamaron á la casa de Concejo á echar la robla del toro, que le habían vendido, y á la verdad, como el vino era bueno, de La Moraleja, bebí algo mucho.

Cuando volví á casa me dijo la mujer:

—Vamos al rosario, que ya tocaron la última.

—Bueno, mujer: vamos,—la dije.

Pero ya en el portal para salir, noté que se había puesto un pañuelo pajizo de alti-ver, que no me gustaba á mí que se le pusiera, porque tenía otro igual la hija mayor del tío Circunloquios, á la que pretendí yo antes que á ella y me dió calabazas... Y es claro, viendo á mi mujer con aquel pañuelo, se me representaba la otra, que era mucho mejor parecida, y luego, al ver á la mía la cara, se me figuraba que veía al demonio, Dios nos libre...

—¿Por qué llevas ese pañuelo?—la dije al vérsese asomar por debajo de la mantilla.

—¿Por qué no le he de llevar?—me respondió.

—Porque no quiero yo que le lleves.

—¡Pues me da á mí la gana de llevarle!

—Pues que te dé la de quitártelo ahora mismo.

—¡Sí; porque á tí se te antoje!

—Y nada más que porque á mí se me antoja, te le quitas.

—¡Que no quiero, ea!

—Mira, Robustiana, no me *inrites*, que te voy á santiguar, como hay viñas.

—¿Tú? ¡Quiá!... ¡El tío santiguaban!...

Ella que es terca, y yo que tengo malas moscas... se me alborotó la sangre, cogí un mango de un bieldo, que fué lo primero que encontré, y ¡zus! ¡zas! empecé á darla palos con él, ciego de ira, sin mirar dónde daba y sin parar hasta que se me cansó el brazo.

La rompí la cabeza por dos partes, pues aunque ella la escondía lo posible, todavía la alcanzaron dos palos buenos; y al llevarse la mano allá y advertir que sangraba, comenzó á dar gritos, llamándome bribón y tuno y diciendo que la había matado.

—Mira, no grites, que te esgñaño—la dije echándola una mano al pescuezo; —al cabo... preso por mil, preso por mil y quinientas... Con que tengamos paz, lávate esas heridas con vino y romero, y como si no hubiera pasado nada...

—Sí, ahora, después de hacer el daño... —dijo ya un poco más tranquila y como tratando de volverse á buenas.

—Después de hacer el daño—la dije,—hay que tratar de remediarle, y no de ha-

cer encima otro mayor, como sería el de que lo entendiera la justicia.

Me obedeció: se lavó las heridas con vino y la cara con agua, haciendo desaparecer la sangre, y todo quedó así por el momento.

Al oscurecer dijo que se la partía la cabeza de dolor, que no se podía tener en pie, y se metió en la cama.

A otro día tenía un calenturón como un toro. La miré las espaldas, porque decía que se la figuraba que tenía allí lumbre; y lo que tenía eran unos renegrales que daban miedo.

—Llama al señor cirujano—me dijo,—porque yo me ahogo.

—No: no le podemos llamar, porque ve los golpes, da parte al juzgado y nos pierde...

—Los golpes... si no me los hubieras dado era mejor.

—Tú tuviste la culpa... Y de todos modos, ya eso no tiene remedio; con que ten paciencia... y no me enfadés, no sea que te dé otro tanto...

—Pues llama al cirujano, que no le enseñaré las heridas ni le diré nada... Pero á ver si me da alguna cosa para cortar esta calentura...

Llamé al cirujano, vino y se acercó á la cama diciendo:

—¿Qué es eso, Robustiana; qué tienes?

—Señor, que me duele mucho la cabeza y siento un calor que me abraso.

—¿A ver una mano, á ver?

Y se puso á tomarla el pulso.

Excusado es decir que no sabía nada de lo ocurrido, porque no se lo habíamos dicho á nadie. Las heridas tampoco las pudo ver, porque estábamos casi á oscuras, pues no tenía yo abierto más que el cuarterón de la ventana... y además ella tenía la cabeza arrebujada en un pañuelo...

Pues á pesar de que no había visto nada ni sabía nada de los palos, ¿queréis creer que se los conoció en el pulso?...

No hubo más. En cuanto se le tomó un poco, volvió hacia mí la cara y me dijo con una sonrisilla que me dejó helado:

—Es una calentura palúdica.

Figuraos cómo me quedaría yo... comprendí que era en vano tratar de ocultarle la cosa, y me eché á la pía diciéndole:

—¡Don Polonio, por Dios! No me pierda usted... Sí, es verdad: la dí unos palos... Ya veo que usted lo ha conocido... De un acaloramiento nadie está libre... No dé usted parte á la justicia, que yo corresponderé con usted...

Se quedó pensativo, hizo algunos escrúpulos, pidió mil reales por callar, le dije que tanto no podía yo reunir, bajó á quinientos,

y al cabo, el hombre no fué muy tirano... Dale de aquí, dale de allí, nos ajustamos en siete duros, que le pagué á toca teja... y muy contento.

Con que... ¡para que veáis lo que es el haberlo estudiao!... Un hombre como aquél, que parecía tonto, no más coger el pulso conoció que la calentura de mi mujer era palúdica...

¡Claro! ¡y tan palúdica!...

¡Menudos palos había llevado!...

## ¡VUELVE POR OTRA!

Entraba el mes de Julio y volvían de la siega los guañines, después de haber tumbado ya toda la hierba de las sierras de Segovia y de las llanuras de Campos.

Por lo regular, antes de meterse otra vez en Asturias, pues eran asturianos, solían segar dos ó tres semanas en los últimos pueblos de la montaña de León, donde la siega viene tardía, y así daban tiempo á que llegara el día de Santiago para reunirse en la romería de Valdeacebos, achisparse, armar la danza prima y armar camorra los de un concejo contra los de otro, gritando aquéllos ¡Viva Piloña!, éstos ¡Viva Parres!, y concluyendo la función á palos.

Después, si no los metían en la cárcel, al día siguiente pasaban el Puerto.

Pero algunos años, cuando los jornales en tierras de Segovia y de Valladolid habían sido altos y traían la bolsa bien repleta, de Sahagún para arriba, ó cuando me-

nos en pasando de Almansa, ya no querían segar ni caro ni barato: cerraban la guadaña, es decir, la desarmaban, colocando la hoja á lo largo del asta; y echándosela al hombro izquierdo, después de colgar de la manija el zurrón, soliviándole algo con un palo terciado sobre el derecho para repartir el peso entre ambos, emprendían la marcha en dirección á Asturias, sin detenerse más que á refrendar el pasaporte en las principales tabernas del camino.

Aquel año era así: bueno para los segadores, malo para los que tenían hierba que segar. Los jornales habían estado por las nubes, y los guañines, que habían ganado lo que habían querido, volvían hacia su tierra locos de contentos, cantando y relinchando; todos, por supuesto, con las guadañas cerradas.

Esto solo era ya señal bastante cierta de que no querían trabajar más; pero á pesar de eso, algunos propietarios, obligados de la necesidad, pues se les estaba pasmando la hierba en los prados, salían á preguntarles por un ver, y porque, lo que ellos decían, en preguntar nada se pierde.

—¿Quieren segar?

Regularmente contestaban á la pregunta con un relinchido:—Hiii-ju-ju-ju,—y seguían andando.

Si en la cuadrilla iba alguno un poco



más formal que los otros, contestaba secamente:

—Ñon segamos, ñon.

—Les pagaré buen jornal,—reponía el labrador que había hecho la pregunta.

—Mas que nus dea la herba pa nusotros, ñon cortamos ya pelu en Castilla.

Detrás venía otra tanda de ellos; se les hacía la misma pregunta de si querían segar, y contestaba uno con esta insolencia:

—¡Arrancalu con los dientes, hom!... Hiii-ju-ju-ju...

Nada: no había manera de entenderse con ellos.

Una de aquellas cuadrillas, después de haber estado comiendo y bebiendo, sobre todo bebiendo, en la taberna de Villahermosa, volvió á ponerse en marcha; y aun cuando desde allí no era costumbre parar hasta la venta de los Ciegos, que está á tres leguas, se paró en el mesón de Resaco, que está á mitad de camino, porque á casi todos los compañeros se les iba secando ya la boca.

Si en Villahermosa tenía Juanón un vino tinto de Peleagonzalo que ardía, en Resaco tenía la tía Lina un vino blanco de Rueda que quitaba el juicio... Lo cierto es que á los guañines, que ya de atrás no traían mucho, les quitó efectivamente el poco que

les quedaba, y empezando á disputar sobre quién era mejor segador y de más aguante: que «yo siempre segué más que tú,» que «un cuernü pa tí,» etc., etc., se enredaron á palos con tal furia, que todos eran á dar sin saber dónde daban.

Alborotóse la barriada y aun el lugar entero: á las voces de ¡que se matan! ¡que se matan! acudió la gente, y cuando se logró restablecer la paz, se vió que todos, poco ó mucho, estaban grinados; pero particularmente había uno descalabrado por dos partes, que daba sangre como un chivo.

—Este mozo se está desangrando y se muere,—dijo la tía Lina, entrando asustada en el mesón por unos trapos para encañarle.

Los demás trataron de poner pies en polvorosa, excepto uno viejuco que, aunque no estaba apenas herido, no se podía levantar de borracho.

Mas no lograron huir, porque el alcalde pedáneo, por lo que pudiera resultar, los detuvo á todos, haciendo para ello á dos mozos algo cazadores que tenían escopeta, funcionar como fuerza pública mientras llegaban los civiles de Cenagal, á quienes avisaba al mismo tiempo que daba parte al juzgado de primera instancia.

Llevaron á los detenidos, entre el alcalde y los improvisados guardias, á encerrar-

los en la casa de Concejo, que en la temporada de invierno hacía de escuela, teniendo también que hacer de cárcel en ocasiones; y mientras tanto la mesonera cocía vino con romero y aceite, y chapeaba con ello las heridas del descalabrado.

Los rapaces, que habían acudido todos á enterarse del suceso, rodeaban unos al herido y otros al viejo borrachinga, que, azorrido y sin mover brazo ni pierna, permanecía tendido boca arriba entre unos maderos en el antojano de la casa.

—¡Tía Lina!—dijo uno de los chicos á la mesonera.—Aquí hay un tiín muerto.

Entonces el asturiano abrió un poco los ojos, como queriendo darse cuenta de lo que ocurría, y sin actividad apenas para volverlos á cerrar, se quedó así con ellos entreabiertos.

Y otro rapaz algo mayor dijo, rectificando al que había hablado antes:

—Diga que no, tía Lina, que muerto no está; pero sí debe de estar muy malo, porque ya vuelve los ojos...

—¡Muy malu, sí, muy malu!—murmuró el guañín compasivamente.—¡Probes criatures!... Nunca mejor me ví que agora... Bien sabi Dios que ñon quisiera más que estar lo mesmu siete días de cada semana...

Llegó el cirujano á reconocer y curar al herido cuando ya había tenido tiempo de

sobra de haberse muerto sin los cuidados y las medicinas de la mesonera, y llegaron también los civiles para hacerse cargo de los presos y conducirlos á Cenagal, donde el juzgado empezó luego á instruir la causa.

Era á la sazón el hombre de Cenagal don Isidro, sin el cual puede decirse que no se movía una hoja... ni de papel ni de las demás; pues sobre ser escribano en todos los sentidos que entonces tenía la palabra, es decir, notario, como ahora se dice, y al mismo tiempo actuario ó escribano de actuaciones, era también secretario del Ayuntamiento con facultad de ejercer de alcalde y de corporación en pleno... y no sé si era alguna otra cosa todavía.

Como escribano de actuaciones dicho se está que era el que hacía y deshacía en el juzgado; porque muchas veces no había juez y desempeñaba legalmente sus funciones el alcalde constitucional, que solía ser un pobre labrador cualquiera, y cuando había juez solía ser un recién venido que no estaba enterado de nada.

No era don Isidro mala persona, pues tenía sentimientos de rectitud é instintos de justicia.

El decía, y acaso lo creía de buena fe, que era liberal; pero en realidad no tenía nada

de eso, ni sabía lo que era ser liberal: lo que era él, un hombre de bien en toda regla...

A pesar de eso, en el pueblo y en el contorno tenía mala fama y casi nadie le podía ver, porque decían que se había ido enriqueciendo, y que era muy amigo de mandar, etc., etc.; pero hay que advertir que entonces la gente no estaba acostumbrada á las tiranías y á los cacicatos de ahora, y se quejaba de vicio.

Aparte de que para ser aborrecido universalmente, le bastaba con ser escribano.

Había entonces en el país mucha prevención contra el oficio y contra todos los que le ejercían, á los que vulgarmente llamaban *gatos*, para dar á entender que tenían las uñas largas ó que se las dejaban crecer en demasía, y corrían entre el pueblo multitud de cuentos, chascarrillos y coplas en que se trataba de gatos á los escribanos, pudiendo servir de muestra este cantar popularísimo:

Un escribano y un gato  
se cayeron en un pozo:  
como los dos eran gatos,  
se arruñaban uno á otro.

No le gustaba cosa á don Isidro que le tuvieran por gato, y menos que se lo dieran á él mismo á entender con indirectas, como le había sucedido ya algunas veces...

Porque, eso sí, él era muy amigo de poner motes á los demás, y se las echaba de burlón y de gracioso; y, como suelen decir, al buey peleador nunca le faltan coronadas.

Había precisamente en Resaco un herrero llamado Felipe, hermano de aquél otro de Vegamián que ustedes conocieron en las primeras hojas de este libro, el cual Felipe ó Felipón, lo mismo que su hermano Lorenzín, era conocido por el sobrenombre de el *Gato*. Aunque nadie se lo solía llamar á la cara, como no fuera alguna de esas personas que hay desvergonzadas que se atreven á todo.

Un día que Felipe el herrero había tenido que ir á Cenagal á no sé qué urgencia, encontró en la calle al escribano don Isidro, que con socarrona amabilidad le dijo:

—Adiós, Gato.

A lo que le contestó Felipón echándose mano á la gorra con mucha cortesía:

—Adiós, *compañero*.

El escribano, que no esperaba esta salida de Felipe, quedó por el momento algo desconcertado. Pero luego se repuso, y creyendo poner al herrero en un aprieto, le llamó diciéndole:

—Oye, Felipe... Pero, hombre... ¿de qué somos tú y yo compañeros?

—Señor, de milicia—le contestó el he-

rrero en el acto.—¿No somos los dos de la misma compañía de nacionales?...

Efectivamente, el escribano era el jefe de la milicia nacional del partido, en la que el herrero tenía su fusil correspondiente.

La ocurrencia fué muy celebrada y muy reída á costa del orgullo de don Isidro, que, como se ve, había llevado en la refriega la peor parte.

Y allá tenía la espina.

El día de la trifulca de los guañines, medio Resaco había sido citado á declarar en la causa.

Y entre tantos testigos no podía faltar el herrero, que, por tener la fragua junto á los mesones, podía dar razón de todo.

Al día siguiente bajó á Cenagal con los demás, y estando en conversación á la puerta del juzgado esperando á que los llamaran á dar la declaración, hubo uno que le dijo:

—¿A que no vuelves hoy á llamar gato á don Isidro como aquel día que se lo llamaste ahí en medio de la calle?

—¡Psche!... Tó está en que se presente ocasión—contestó Felipe... — O en que á él le dé la gana de llamármelo á mí.

—No: aunque te lo llamara... hoy no se lo llamabas tú á él...

—Eso lo veríamos... ¿Quieres apostar

una azumbre de vino á que como se meta conmigo no se va sin ella?...

—Apostada.

—Bueno: pues vamos á beberla por de pronto, y luego el que la pierda que la pague...

Y en efecto bebieron la apuesta.

Cuando le tocó el turno y fué llamado por el alguacil, entró Felipe en la sala de audiencia con la gorra en la mano, y se quedó de pie ante el estrado en actitud modesta y respetuosa.

—Hoy me las va á pagar este tuno—pensó el escribano,—porque lo que es aquí no se atreve él á volverme una mala contestación ni á decirme una palabra más alta que otra.

Como conocía perfectamente al testigo, sin necesidad de preguntarle nada extendió su filiación de memoria, y cuando la acabó se puso á leérsela:

«Acto continuo ante el mismo señor juez y ante mí el infrascrito escribano, compareció el testigo Felipe García, alias el *Gato*...»

Y suspendiendo aquí la lectura, levantó la cabeza, miró al herrero con cierta altanería provocativa, y con burla mal disimulada le dijo:

—Pero, hombre... ¿Por qué os llaman á vosotros gatos?... A tu hermano Fabián el



que está en Reyero, el Gato grande; á tí, Felipe el Gato; á tu hermano Lorencín el de Vegamián, el Gato chico... y á tu padre también creo que le llamaban el Gato... ¿Por qué os llaman gatos?...

—Yo casi no lo sé, señor don Isidro—le contestó Felipe con voz humilde y con los ojos fijos en la gorra que tenía cogida con las dos manos como un doctrino;—á punto fijo no lo sé...: le oí decir á mi padre que porque descendíamos de un escribano...



## LA TRETA DE MARTINÓN

Parecía tonto, y no era esto lo más malo, sino que además de parecerlo...

Bueno, pues, á pesar de ser tonto, ya verán ustedes cómo se metió en casa...

No en la suya, porque no la tenía, y aun cuando la hubiera tenido, tampoco hubiera hecho en ello grande habilidad, porque á eso casi todos los tontos aciertan; sino en la del vecino...

En la del vecino más rico del pueblo, casándose con su hija.

Y cuenta que Martinón, además de ser tonto y pobre, como queda dicho, era feo como un condenado.

Había tenido las viruelas, de rapaz, y le habían dejado una cara que parecía una piedra toba. Tenía, á mayor abundamiento, los ojos encarnizados y llorosos á consecuencia también de la maligna enfermedad; en fin, que, de la cara, daba asco verle.

Y de lo demás... tampoco era buen mo-

zo: era altón y derechón como un chopo podado, pero desgarnadón y sin gracia ninguna.

—Y ¿con todo eso?...—dirán ustedes.

Sí: con todo eso se atrevió Martinón á poner sus turbios y enlagunados ojos en la muchacha mejor acomodada del lugar, que era Vicenta, la hija del tío Fanfarrín, así llamado de mal nombre, porque era pequeñete y siempre estaba inventariando lo que tenía y ponderando lo bien que iban á quedar sus hijos el día que él faltara, pues como no eran más que uno y una, no tenían más que «hacer así»; al decir lo cual juntaba el tío Fanfarrín los dos puños cerrados y los separaba inmediatamente de arriba retorciendo las muñecas hacia afuera como en ademán de partir un bollo en dos cachos.

La gente de Secadal, que era donde sucedían estas cosas, cuando se enteró de los intentos y de las pretensiones de Martinón, se hacía cruces.

—¿Pero no es bien atrevido?—decía una moza á otra una noche volviendo del rosario.

—¡Ya, ya!—la contestaba su compañera.—Tendría gracia que después de tanto presumir Vicenta se casara con uno que no tiene más que el día y la noche.

—¡Sí, que le va á querer!... ¡De aquí á poco!...

—Pues él allá anda.

—Pues el andar tiene por de más, y lo que ande pierde —dijo aproximándose las un mozo que venía detrás oyéndolas la conversación;—porque lo que la sobran á Vicenta son pretendientes, y no se hizo la miel para la boca del asno.

—Eso digo yo—añadió la primera de las mozas;—y, vamos, yo no sé... pero harto será que consiga nada más que dar que reir á la gente.

—Dios vos libre de que ella se encapiruche—dijo otro mozo acercándose al grupo también,—porque las mujeres, si las da por hacer disparates, los hacen morrudos.

—¡Quiá! no lo creáis—dijo la moza primera.—¿De qué se había de enamorar ella, ni por qué se había de encapiruchar?... ¡Si además de ser pobre es más feo que Picio!

—Cuán más, que ¡bonito es el tío Fanfarín para consentir á su hija tales capiruchos!—añadió el primero de los mozos.—¡Con que creo que ha dicho que no se la lleva ninguno que no la iguale en hijuela!...

—Y luego que con el orgullo que tiene Vicenta, ¿se había de ir á casar con un criado de servicio?...

Porque debo advertir á ustedes que Martinón estaba de criado en el mesón llamado

de la Hoz, situado á unos quinientos pasos del lugar, en el camino por donde pasaba la arriería, que era entonces muy numerosa.

Con lo cual ya no hay que decir que el mesón aquél era de mucho movimiento y, naturalmente, de mucho trabajo, de modo que á Martín no le holgaba la madera.

Pero para eso ganaba dos onzas de soldada, que no se ganan así como quiera ni las ganan todos.

Ni tan poco las había ganado él hasta aquellos años últimos, pues al principio había entrado ganando poco más que la comida; luego había llegado á ganar una onza, y después había ido subiendo hasta dos cabales.

Porque, eso sí, los amos, el tío Santiago y la tía Petra, no dejaban de estar contentos con él, pues aunque tenía poca inteligencia, para el trabajo era como un oso: aguantaba mucho á hacer las cosas y no se rendía nunca.

Y si le mandaban por vino á Campos y le entregaban el dinero necesario para cargar, siempre les daba buena cuenta.

De modo que los mesoneros le estimaban y le consideraban como si fuera de la familia.

Pero de esto á que le quisiera la otra...

Lo primero que se le ocurrió á Martínón

para acometer su difícil empresa de conquistar la plaza de yerno del tío Fanfarrín, fué hacerse amigo de su hijo Felipe, el hermano de Vicenta.

Regularmente habría oído aquel cantar que dice:

A un hermano que tienes  
Le quiero tanto,  
Porque por la peana  
Se adora al santo...

y se le apropiaba tratando de ponerle por obra.

Si disputaba Felipe, ó simplemente sostenía una opinión conversando con otros mozos, siempre salía Martín dándole la razón y apoyándole.

Si jugaban á los bolos, ó á la brisca, ó á otro juego cualquiera, siempre quería ir con él de compañero.

Y es claro, Felipe, que era un pobre muchacho sin malicia, no supo resistir á las continuadas demostraciones de adhesión, y le fué cogiendo cariño...

Un día Martínón se presentó á la mesonera con una cara muy compungida y la dijo:

—Tía Petra, quería pedirla á usted un favor...

—Tú dirás—le contestó ella,—y si se puede, se te hace.

—Es que, mire usted, es un favor muy grande, y no sé si usted me le podrá hacer sin contar con el tío Santiago.

—Bueno, hombre: dí lo que quieres, y se cuenta con él si es preciso.

—No; eso no quisiera...

—Vaya, pues dí: ¿qué es?

—Mire usted... Yo creo que usted tendrá confianza en mí, porque en materia de intereses...

—Sí, hombre; ya ves que siempre la hemos tenido. ¿No has ido muchas veces á tierra de Toro por carros de vino y se te han dado dos mil, dos mil quinientos y hasta tres mil reales, sin más seguridad que tu palabra?... ¿Qué es lo que quieres?

—Si casi no me atrevo á decirlo; porque...

—¿Acabarás de parir hoy, ó mañana?... ¿Qué es ello?

—Si me pudiera usted prestar ocho ó diez mil reales...

—¡Jesús!... ¡Ave María Purísima! ¿Para qué los quieres?—prorrumpió asustada de la cantidad la mesonera.—¿Has dado algún mal paso?... ¿Te han cogido en algún renuncio? ¿Qué azaridad has hecho, enemigo?... ¡Y yo que te tenía por hombre de bien!...

—Y lo soy, tía Petra...

—¡Calla, déjame en paz, pecao!... ¿Cómo



lo has de ser?... ¿Cómo habías de necesitar tú todo ese dinero, no siendo para componer alguna calaverada, para tapar algún delito... alguna cosa muy gorda?... ¡Diez mil reales!... ¡Ave María tres veces!...

Al ver el giro que la mesonera daba al asunto y las sospechas que la asaltaban, se resolvió á ser algo más explícito, diciéndola:

—No se asuste usted, señora ama, que no he hecho nada malo... Quería ese dinero para dárselo á guardar por unos días á Felipe el del tío Fanfarrín como que era mío... Ya ve usted que allí seguro estaba y...

—No digo que no lo estaría; pero ¿tú le quieres engañar, ó para qué es eso? ¿Con qué fin quieres tú que él crea que tienes tanto dinero?...

—Se lo diré á usted todo, tía Petra... Yo me quería casar con su hermana...

—Ya lo había oído yo; pero... muy alto picas.

—De bajar siempre hay tiempo...

—Eso sí, es verdad.

—Pues verá usted: yo creo que ella sí me querría; pero su padre no está de parte de casarla con un pobre, y si llega á persuadirse de que yo tengo mis ahorrillos...

—Bien los podías tener si no fueras tan gastadorón y tan amigo de andar majo.

—¡Por Dios, tía Petra! Usted me salva,

usted me hace hombre si me da ese dinero... Y si puede ser, sin que lo sepa el tío Santiago, no sea que se le escape decírselo al tío Fanfarrín, porque son algo amigos...

La mesonera se dejó ablandar por los ruegos de Martinón, y aunque repugnándola el engaño, le dió diez mil reales en oro, con los cuales se fué él en seguida á casa del tío Fanfarrín, llamó aparte á Felipe y le dijo:

—Mira, chacho, hazme el favor de guardarme ese poco de dinero, porque tengo que ir por vino con el carro, y otras veces lo llevo en el cinto; pero voy expuesto á que me lo quiten en alguna posada ó en algún despoblado, y más seguro está aquí en tu casa.

—Bueno—le dijo Felipe.—¿Cuánto es?

—Diez mil reales me parece que son—le contestó Martín:—treinta onzas y cinco ochentinas...

Felipe, que no tenía bolsillo aparte ni costumbre de guardar dinero en tal cantidad, se lo dió á guardar á su padre refiriéndole el caso.

Desde entonces el tío Fanfarrín comenzó á poner buena cara á Martinón y á recomendársele á su hija como un buen partido.

Ella no le podía ver ni pintado; pero su padre tomó la cosa con tanto calor, y tanto

y tanto machacó sobre ella, que no tuvo la infeliz más remedio que resignarse al cabo y á la postre.

—¿Sabes tú lo que son diez mil reales?...

—la decía.—¿Sabes tú lo que es un hombre con diez mil reales?...

—No lo sé—decía ella:—lo que sé es que Martinón es un hombre muy tonto y... muy feo...

—Eso son monadas. ¿Qué más da que sea feo que sea guapo?... Tiene diez mil reales...

—Y todos se ríen de él...

—¡Ah! tontina. Él sí que se reirá de todos el día de mañana... Tiene diez mil reales... Tenéis diez mil reales, además de lo que yo te dé á tí... Con diez mil reales ponéis ahí en la casa nueva un comercio surtido de todo, y en poco tiempo os hacéis los amos de todo el dinero del lugar y de la comarca, quedándoos además el tu caudal entero, y ahí lo tenéis para los hijos... ¿Qué dices?

—Que más quiero no ser tan rica y casarme con un mozo que me guste.

—¿Qué sabes tú ahora lo que quieres, trasta?... Tú harás lo que yo te mande, que eso debes hacer, porque las muchachas estáis cieguinas y no conocéis las cosas... Además, que si no me obedecieras... y yo te desheredara, vamos, que te quitara

todo lo que cabe en ley, mejorando á Felipe, ¿qué sería de tí, criatura?...

En fin, que por tales razones y ante semejantes amenazas la pobre Vicenta obedeció á su padre como una cordera, y Martinón se salió con la suya.

Y decía para sí el día de la boda, después de misa:

—¡Ahora que digan que soy tonto!

El tío Fanfarrín se llevó chasco; pero tomó el partido de callar por lo pronto, para que no se dijera que le habían engañado como á un chino.

Mas ¡ay! no fué lo más malo el chasco del tío Fanfarrín, que bien le merecía por codicioso, sino el disturbio y la verdadera catástrofe que la estratagema de Martinón produjo en la familia de los mesoneros, sus protectores.

Porque dió la desdichada casualidad de que al tío Santiago le volviera en aquellos días el alcalde del pueblo tres onzas que le había pedido adelantadas para pagar la contribución municipal, y al ir á ponerlas con lo otro, le pareció que había mermado, contó, y echó de menos los diez mil reales.

Y como sabía que su mujer, aun cuando conocía el guchipero donde se guardaban los ahorros, jamás cogía nada de allí, pues una peseta que necesitara para un pañuelo

se la pedía á él, no le ocurrió sospechar en ella ni preguntarla.

En quien sospechó desde luego fué en un hijo que tenía estudiando en el Seminario, y que había estado poco antes en casa á pasar unas vacaciones.

—¿Quién había de ser más que él?— pensaba el mesonero:—no ha podido ser otro.

Y con esta idea, sin decir nada á su mujer, porque estaba seguro de que nada sabía y no quería darla una pesadumbre, á la mañana siguiente aparejó un machejo terciado, montó en él y marchó á la ciudad diciendo que iba á hacer unas compras.

Se fué derecho á la posada del estudiante, subió, se encerró con él en una habitación, y con malos modos le pidió cuenta de los diez mil reales que le faltaban.

El hijo le contestó que nada sabía; el padre no le creyó, é insistió en que le declarara para qué le había cogido el dinero; el hijo siguió negando incomodado, y el padre apremiándole furioso y diciéndole improperios; y no contento con maltratarle de palabra, llegó al extremo de ponerle las manos.

Volvió á su casa muy malhumorado y nervioso, tanto, que habiéndolo notado su mujer, le preguntó qué tenía ó qué contra-tiempo le había sucedido en el viaje.

Obligado por estas preguntas, la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día se lo había vuelto Martín.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á América.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno: dió en adolecer, adolecer, hasta que murió hipocondriaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperación al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagará, que no es Dios viejo.

## ROSENDA Y RUDESINDA

### I

Siempre estaba triste la hija de Colás el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazón, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpetuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa, que no lo era si se ha de decir la

verdad, como el que su familia no fuera noble y distinguida.

¡Ay! ¡Qué familia la suya!...

Su madre, sin ir más lejos, era una tarasca... Su padre tenía todo el aspecto de un cavador, que era lo que hasta poco antes había sido... Y la niña se quejaba amargamente de esta desgracia lanzando suspiros lastimeros á cada instante.

—¡Díos mío!—decía una noche delante de su armario de luna.—¿Por qué ha de ser mi madre tan pandorga siendo yo tan delicada y tan fina?

Y la reflexión llegó á apenarla tanto, que se la saltaron las lágrimas.

—¿Por qué lloras, hija de mi vida?—la decía su madre, que la sorprendió limpiándose los ojos.—¿Qué te aflige?... ¡Pues si tenemos tanto dinero, hija mía!... ¡Si puedes tener todos los vestidos que quieras y todas las joyas que se te antojen!... ¿Qué te falta?... ¿No eres feliz?...

—No, mamá; no soy feliz—contestaba ella con voz doliente.—No soy feliz, y tú tienes la culpa de que no lo sea.

—¿Yo, hija de mi alma?... Pues si no pienso en otra cosa más que en complacerte y en contentarte.

—Sí; pero eres muy ordinaria, y me haces sufrir mucho con eso. ¿Te acuerdas del verano pasado cuando fuimos á aquella rome-



ría con don Angel Caballero?... Ya ves, como conoce y trata á toda la buena sociedad, yo me esmeraba en hacerle creer que nosotros también éramos gente distinguida, y me desmayé y todo, porque en el colegio la oí á Ifigenia que las señoritas debían desmayarse alguna vez para parecer finas y delicadas... Pero luego tú, cuando comimos en aquellos prados que estaban algo en cuenta, te echaste á rodar y diste tres vueltas ó cuatro... ¿Qué diría?...

—Pues perdóname, hija, que no lo volveré á hacer.

—Y además, eres tan habladora y tan poco mirada para hablar, que á lo mejor podrá enterarse cualquiera de que primero estuvísteis en situación humilde y baja. El otro día, cuando fuimos á visitar á la señora del gobernador, ya ves, allí, que habías de haber estado muy reservada para que creyese que éramos más que ella, en seguida empezaste á decir:—«Cuando estábamos nosotros en la mina *Eufrasia*...»—«No, mamá—dije yo saliendo en seguida á cortarte:—si la mina donde estaba papá de ingeniero jefe se llamaba *Adela*, como la abuelita... tú te confundes... *Eufrasia* te ha quedado de que se llamaba así la mujer del capataz... ¿no te acuerdas?»—«No, hija mía—insististe sin darte por entendida:—que la mujer del otro capataz se llamaba

Rosenda, como tú.»—«Esa era la del de la otra mina, de la *Consuelito*, de que también era ingeniero papá»,—tuve yo que decir á toda prisa, dándote un codazo al mismo tiempo para que lo acabaras de entender; porque si te dejo, en un instante hubieras enterado á la gobernadora de que habíamos vivido en una mina donde estaba de capataz mi padre. Y eso que bien claro lo diste ya á entender con aquello que dijiste de «la mujer del *otro* capataz»; como quien dice: el otro, porque el uno era mi marido.

—Yo no reparé, hija mía.

—Es claro, nunca reparas... Y luego también la dijiste que la mujer del otro capataz se llamaba Rosenda, como yo, para que creyera que había sido mi madrina... Y bastante malo es que lo fuera, cuanto más el que tú lo andes publicando...

—Deja, hija mía—dijo muy compungida la mamá,—que yo tendré cuidado en adelante.

—No, no le tendrás—la replicó la hija, —ya sé yo que no le tendrás, porque parece que á tí y á papá no os da más por esas cosas, ni os importa que yo sufra...

—Pero, hija, ¿cómo dices eso, cuando sabes que te queremos tanto, que tenemos los ojos puestos en tí y que no pensamos más que en que estés contenta?

—Sí, me querréis, no digo que no; pero como si no me quisiérais, porque no me comprendéis, no podéis comprenderme... No tenéis bastante inteligencia, y además estáis muy mal educados... La madre Beaumont es la que me ha comprendido á mí... Por eso decía á todos que yo tenía muchísimo talento...

## II

Pero lo que la entristecía más de todo á aquella pobre cursi, era su nombre.

Se llamaba Rosenda, nombre que por lo basto y vulgar consideraba ella como una verdadera desgracia.

Y lo mismo su madre, que no se consolaba nunca del descuido de haberla dejado bautizar con él, ni perdonaba medio para ver de cambiársele por otro más fino.

—¡Pobre hija de mi alma!—decía la mamá en momentos de expansión á un joven idiota y pretendiente.—No es feliz ni lo puede ser esta hija de mi corazón... A pesar de ser tan hermosa, porque ya ve usted que... no es porque lo diga yo que soy su madre, pero es muy guapa... Y además muy rica... Como que tiene su padre para ella tres millones de reales... Pues con todo eso no es feliz, por haberla puesto ese

nombre tan ordinario. ¡Mire usted que á una criatura preciosa como mi hija irla á poner Rosenda!... Yo, como estaba tan mala, porque era la primera vez que daba á luz, no pude cuidar de que la pusieran un nombre más apropiado á su clase; y como la madrina, que era la señora de un compañero de mi esposo, de otro ingeniero, se llamaba también Rosenda, fué y la puso ese nombre, que hubiera sido bueno para una criada, pero no para mi hija.

Esta explicación que daba Matea, la mujer de Colás, no era verdad más que hasta cierto punto. La madrina había sido efectivamente quien había hecho poner su nombre á la hija de Colás; pero no era ingeniera, sino capataza; porque el compañero de Colás por aquel entonces era otro capataz, como él, de los trabajos de una mina.

Tampoco era verdad que el mal estado de salud de Matea la hubiera impedido enterarse del nombre que iban á poner á su hija, sino que aún no se la habían despertado las aficiones ridículas de grandeza que se la despertaron después, y la parecían buenos todos los nombres.

—He oído yo que el señor Obispo, cuando confirma, puede cambiar el nombre á las personas,—indicó tímidamente el joven incauto.

—¡Ay, Santiaguito! Ha oído usted muy bien—le contestó la señora de Colás con voz dolorida;—pero ni eso nos vale, porque tenemos la desgracia de que Rosenda ya está confirmada... ¿Sabe usted? Las familias de la buena sociedad acostumbramos á llevar á confirmar los niños muy pronto, en seguida de bautizarlos, ó *antes*... Así mi hija fué confirmada de muy pequeña, y dicen que ya no se puede volver á confirmar, porque ese Sacramento imprime carácter; cosa que yo casi no puedo creer, porque mi esposo también está confirmado, y, la verdad, no tiene carácter ninguno: tan pronto dice una cosa como otra... Pero el caso es que no se puede repetir la confirmación, y la desgracia de mi hija no tiene remedio.

—Acaso acudiendo al Papa...—volvió á insinuar el joven insustancial y fino.

—También hemos pensado ya en eso—le replicó Matea,—y ya mi esposo ha preguntado en una Agencia de *creces*, á ver si es posible conseguirlo, y han quedado en darle la razón. Y crea usted que como se pueda alcanzar, aunque nos cueste un ojo de la cara, no lo dejamos... Porque esa criatura no vive de pena, y á cualquier precio quisiéramos sacarla de la tristeza y la melancolía en que se consume... Ya ve usted: sus hermanas pequeñas, todas tienen nombres

bonitos, porque ya he podido yo cuidar de eso. Elisa, Raquel, Transfiguración, Enriqueta... Pero ella, la pobre...

### III

Un año por la primavera se la antojó á Rosendita venir á la corte, porque una compañera de colegio la había dicho que ese era un requisito imprescindible para figurar entre la gente elegante, y su padre no tuvo más remedio que darla gusto.

Escribió á un amigo encargándole que les buscara habitación en un hotel bueno, y el amigo se la buscó en el hotel donde vivía otro amigo suyo que era diputado, Luis Lara, con el cual había almorzado y comido allí varias veces, pareciéndole la mesa y todo lo demás muy aceptable.

Llegaron: don Sebastián, que así se llamaba el amigo á quien habían encargado buscarles alojamiento, les llevó al hotel, les presentó á Lara para que tuvieran desde luego con quién hablar en la mesa, y les dejó, á su parecer, bien instalados.

Pero la melancólica Rosenda comenzó á encontrarlo todo defectuoso y pobre y desproporcionado á su condición y á su altura.

Cuando concluyeron de almorzar, Luis Lara, que es por quien yo he sabido los

principales detalles de esta historia, salió con ellos del comedor y les acompañó hasta el cuarto. Le hicieron pasar, y aprovechando el padre la ocasión de dejar á su hija acompañada, se fué á la calle á hacer unas compras.

—¡Ay, don Luis!—decía ella unos momentos después á Lara, con un tono sentimental y cursi que había sido de moda allá hacia el año de 1837,—vamos á tener que mudarnos de hotel... Lo siento por usted, ya que hemos tenido el gusto de conocerle y es usted tan simpático...

—Muchas gracias.

—Pero nosotros no podemos estar aquí.

—¿Por qué?—la preguntó Lara.

—¡Ay!... Porque ¿no ve usted que es todo tan viejo? (Estupefacción de Luisito.) La alfombra de la escalera está tan pisada...

—Naturalmente, como que para eso la pondrían... Y luego, ya ve usted, estamos en Abril, la habrán puesto en Noviembre, ha hecho servicio todo el invierno, y como sube y baja tanta gente... La quitarán ya de un día á otro y pondrán una esterilla de verano; de manera que si no es más que por la alfombra, creo que no deben ustedes marcharse.

—¡Ay!... Pero, mire usted, por pocos días que esté puesta esa alfombra tan vieja... como nosotros tenemos que recibir

tantas visitas... Vendrá la marquesa... regularmente...

—¿Qué marquesa?—estuvo para preguntarla Luis; pero se contuvo y se limitó á decirle sonriendo:—Crea usted que aquí vienen todos los días marqueses y duques; y aun algunos viven en el hotel, sin que la alfombra les parezca tan mala.

—¡Ay!... Pero crea usted que cada uno á lo que se acostumbra, y nosotros no estamos acostumbrados á ver cosas tan deslucidas...

A lo cual ya Lara no se tomó el trabajo de replicar, porque creyó completamente inútil andar en más contestaciones con una criatura que le parecía tonta del todo.

El caso fué que aquella misma tarde, al oscurecer, dejando feo al pobre don Sebastián, que les había tomado la habitación, se trasladaban el padre y la hija del hotel X al hotel Z, cuya alfombra la pareció á ella mucho más nueva, porque la vió á la luz artificial, y allí quedaron esperando la visita de la marquesa... que no era marquesa, sino amiga de un marqués tronado, que se preparaba para dar y que al cabo dió al padre un sablazo tremendo.

Unos días después, aburrída la pobre muchacha en el hotel Z, porque era muy oscuro... y porque además llegó á saber de cierto que en el hotel X, donde habían es-



tado antes, vivía un duque que era senador, y un conde que era diputado, y otras muchas personas distinguidas, quiso volverse al hotel X sin reparar en lo pisada que estaba la alfombra, y envió á su padre á preparar el traslado.

Pero el dueño del hotel X no quiso recibirlos, pretextando que no tenía habitaciones.

—Ahí tiene usted—decía luego don Sebastián comentando con Luis el intento de vuelta frustrado por la negativa del fondista,—ahí tiene usted una pobre muchacha que es víctima de su mala educación y de su riqueza...

—Y de su tontería—añadió Lara.

#### IV

Al verano siguiente se fueron Colás y su familia á veranear á Escobales, un pueblo de la Montaña.

La primera visita que recibieron apenas acababan de llegar, fué la del veterinario Juanillo, que era á la vez secretario del Ayuntamiento y sacristán de la parroquia.

Este Juanillo había ido á la ciudad á estudiar para cura; pero á lo mejor se enamoró de la criada de la patrona y ahorcó los libros.

Los de Teología, se entiende; pues, por

lo demás, como no le pareciera bien después de haber pisado aceras volver de nuevo á estripar terrones, al dejar la carrera eclesiástica quiso hacer otra aunque fuera corta y humilde, y como hubiera allí Escuela de Veterinaria, se matriculó en ella para salir á «médico de los burros».

Fuése luego á ejercer su profesión á Escobales, y como no le daba mucho que hacer, ni aun extendiéndola á veces á los bípedos, porque unos y otros solían gozar de buena salud, aceptó la plaza de sacristán, aprovechando así sus conocimientos en la gramática latina.

Y por aprovechar también la parda, en la cual tampoco era lego del todo, obtuvo y desempeñó á la vez la secretaría del Ayuntamiento.

La mujer de Colás, la buena de Matea, se lamentó en seguida delante de Juanillo, como se lamentaba delante de todos, de lo desgraciada que era su hija por la feura de su nombre.

—¡Es un dolor!—le decía.—Esta pobre criatura con tan buenas condiciones para lucir y brillar en el mundo, se ve privada de todo brillo y de todo lucimiento por llevar un nombre tan ignominioso: se llama Rosenda... ¡Pásmese usted!... ¡Rosenda una criatura así!... La pusimos á educarse en el Sagrado Corazón, lo cual nos costó un di-

neral, con el fin de que adquiriera buenas relaciones, porque allí se educan todas las hijas de los condes y de los marqueses; pero no pudo intimar con ninguna... Claro, ya ve usted, ¿qué muchacha distinguida iba á hacer amistad con otra que se llamaba Rosenda?... Ellas que tenían todas unos nombres tan bonitos. Amparo, Luisa, Mercedes, Matilde.... pero sobre todos, el nombre que más envidiaba yo era el de una hija de la condesa del Enredo, que se llamaba Rudesinda... ¡Qué nombre tan fino y tan elegante para una señorita sentimental como mi hija!

—¡Ah! ¿Rudesinda la gusta á usted?— la preguntó Juanillo con extrañeza.

—Muchísimo, y á mi hija también; es su sueño dorado.

—Pues Rudesinda se llama su hija.

—¿Qué me dice usted, don Juan?... ¡Sí! ¡Ay, Dios!... ¡No fuera malo!...

—Malo ó bueno, es como usted lo oye. Si su hija se llama Rosenda, se llama Rudesinda también, porque Rudesinda y Rosenda todo es uno: Rudesinda en latín, Rosenda en castellano.

—¿Pero lo dice usted de veras, don Juan?

—De veras, doña Matea, de veras... No lo dude usted... ¿Tiene usted *Año Cristiano*?

—Aquí no señor; pero creo que le ten—

drá el señor cura, y mandaré á pedírsele.

—Mande usted por el tomo de Marzo...

Trajeron el libro, le abrió Juanillo por las primeras hojas, y dijo á doña Matea:

—Mire usted: 1.º de Marzo, San Rosendo, obispo.

—Justo: en ese día es ese santo antipático, y él me perdone, cuyo nombre tanto me está haciendo padecer...

—Bueno; mire usted aquí: «La misa es de San Rosendo»...; y vea usted aquí más adelante en la oración... *beati Rudesindi confessoris tui*.... ¿Está usted convencida?

—¡Ay! Dios le bendiga á usted, don Juan. No sabe usted cuánto se lo agradezco... ¡Qué alegrón voy á dar á mi hija!

Se fué Juanillo y vino la romántica niña con su habitual tristeza.

—Ven acá, hija mía—la dijo su madre entusiasmada;—déjame que te coma á besos, y alégrate, porque ya no te llamas Rosenda.

—¿Pues como me llamo, mamá?

—Rudesinda, hija mía, Rudesinda, lo mismo que la hija de la condesa del Enredo.

—¿Y quién me ha cambiado el nombre, mamá? ¿El Sumo Pontífice?...

—No, hija mía: el veterinario.

—Pero ¿tendrá facultades para eso?

—Sí, hija mía; porque como es también sacristán y sabe latín, ha descubierto que Rosenda y Rudesinda es todo uno.

—¿De veras, mamá?... ¡Dios mío, y lo que yo he sufrido envidiando este nombre!...



## EL NUEVO SISTEMA

Se había enterado el gobernador civil de que en la mayor parte de los pueblos de la provincia no habían hecho caso de su reciente disposición enderezada á implantar el nuevo sistema métrico.

Y como aquélla era precisamente la única medida salvadora que se le había ocurrido para sacar á la provincia del estado angustioso en que se encontraba por lo crecido de los impuestos y lo mediano de las cosechas, le sabía mal que no obtuviera el debido cumplimiento.

Dando vueltas á la idea de que no debía sufrir tal desaire, determinó publicar en el *Boletín* otra circular mucho más dura exigiendo á los alcaldes á rajatabla ó bajo su más estrecha responsabilidad el cumplimiento exacto de la primera. Y para facilitarles dicho cumplimiento, hizo imprimir á continuación unas tablas de correspondencia entre las pesas y medidas del nuevo sistema y las del antiguo.

Cuando llegó aquel *Boletín* á Estercolera y se enteró de la circular el secretario del Ayuntamiento, que era el que los solía abrir, se fué á dar la noticia al alcalde, su próximo pariente Cristobalón, más conocido por el *Marón grande*, alcalde y cacique todo en una pieza, y además arrendatario de los consumos.

Se hallaba éste aquella tarde, como de costumbre, jugando á la brisca en la taberna de Rumiago con el Sapín y el Dómine y el dueño de la casa, y por cierto que les había estado diciendo:

—En Estercolera y sus contornos, ya lo sabéis, hum, no se hace más voluntad que la mía... Y yo soy el que corto el bacalao en esta tierra, hum, y yo soy el que corto el bacalao (tenía mucha maña de repetir las cosas), y cuando *me se* antoja ser alcalde como ahora, soy alcalde, y cuando *me se* antoja ser juez municipal, soy juez municipal; y que sea una cosa, que sea otra, los consumos no me los quita nadie; y desde el juzgado de esta villa hasta el Tribunal Supremo, pasando por la *Audencia* del perro chico y por la otra, no se hace en *cus-tión* de justicia, tocante á este país, más que lo que yo quiero...

—¡Y que es la verdad!—dijo Rumiago con acento pasiego y humilde.

—¡Claro que es la verdad, hum!... Y si



no, ¿qué le sucedió al Rizoso?... ¿No vos acordáis, hum?... Que apeló de una sentencia mía diciendo que era injusta... Y lo era; pero que se hubiera humillao á mí, hum, y yo le hubiera dao la razón á él y no al Canijo, que no la tenía. Pues fué y apeló, y ¿qué consiguió, hum?... Quedarse sin el derecho que le pertenecía y tener que pagar un dineral de costas...

—Y le estuvo bien hecho—dijo el Dómine.—Pa que aprenda...

—Pues al respetive, en lo gubernativo, idem de lienzo, hum... No se hace más que lo que á mí me sale de los calzones. Yo y el diputao lo arreglamos todo... y si un poco me apuráis, el diputao tiene que hacer siempre lo que yo le mande; porque él tiene el *aita*, es verdad, pero es porque yo se la he dao, y yo tengo la *entipatia* del país, que vale más que el *aita* y que todo...

—Oye, chacho—le dijo en esto su hermana Nemesia, entrando de la calle:—está allá en casa el Raposo de Valgrande, que quiere estar contigo.

—Pues que se aguarde,—la dijo su hermano.

Era la recién llegada una vieja incipiente, incasable ya, de muy mal humor y muy aceda de carácter, pues se la había avinagrado la soltería, fea y repugnante hasta lo inverosímil, con unas barbillas blancas al-

rededor de la boca y un pelujo entrecano por toda la faz sobre una piel muy arrugada y de un color aceitunil que daba miedo... Se la estaba viendo salir por la chimenea montada en la escoba para ir al aquelarre á Zugarramurdi...

—Ya me ha dicho á mí á lo que viene—dijo luego á su hermano,—á decirte que el tío Justo le va á demandar por haberle robao una gallina...

—Como si no le demandara, hum, como si no le demandara; porque el Raposo es de los nuestros y puede robar todas las gallinas que quiera—dijo el cacique...—Además, que pa eso es *Raposo*, hum...

(La gracia fué muy celebrada.)

—Pero es que dice que hay dos testigos que se la vieron coger,—añadió Nemesia.

—Como si no le hubieran visto, hum, como si no le hubieran visto... Otros muchos habrá que no le vieran... Y si no, aquí está el señor juez municipal que lo diga. ¿Verdad, Sapín, que tú te encargas de sacarle libre?...

—Según y conforme—contestó el aludido;—porque tan claro puede estar el hecho, que no haya más remedio que...

—Aunque esté más claro que el agua, hum, aunque esté más claro que el agua—dijo Cristobalón:—ya se sabe cómo se hacen esas cosas... Se les pregunta á los que

no lo han visto, y se hace constar que no vieron nada; y en cambio, á los que lo han visto no se les pregunta, y si lo dicen sin preguntárselo, no se escribe.

—Eso no se puede hacer,—dijo el Sapín.

—¿Pos luego, hum?... ¿Por qué no se ha de poder hacer, hum?—dijo el *Marón grande*.—¿No lo hemos hecho así más veces?...

—Lo habrás hecho tú; pero los demás... —dijo el Sapín tratando de darse un poco de tono—cada uno tiene su *conciencia*...

—Y no me hagas reir, Sapín, y no me hagas reir—dijo el alcalde echando una mirada burlona sobre el juez municipal del bienio.—¡Mira tú que tendría que ver que ahora te las quisieras echar de *escupuloso*!... ¿Pues con qué has hecho tú la casa nueva, hum?... y ¿cómo hemos hecho tú y yo lo que tenemos, hum?... ¿No te acuerdas de cuando nos quedamos con el ganado del difunto mayoral por una miseria, hum?... Yo me quedé con la mayor parte, es verdad; pero tú, que eras el juez y no podías quedarte con nada ni aun por medio de tercera persona, ¿no te hiciste entonces por once duros con un caballo que valía ciento como un *rial*, y que es el único decente que has montao en tu vida?... ¿No te acuerdas cómo hicimos aquello, hum?... Pues se había anunciao pa aquel día la subasta y había acudido la gente, y

á los que querían entrar les decía el *aguacil* que *toavía* no era hora, y luego, cuando les abrió la puerta y empezaron á entrar oyeron decir al escribano: *que haga buen provecho*, y se les dijo que habían llegao tarde porque ya todo se había rematado en mi persona...

—Tenemos que hablar, tú,—le interrumpió en esto el secretario, que acababa de presentarse en la cocina.

—Pues te *asperas* un poco, hum, te *asperas* un poco—le contestó,—que bien ves lo que estamos *hiciendo*... Y *aspérate* á *jugar* tu también, *Musa, musæ*—dijo á su compañero de brisca,—que hay que atender á todo...

Se acabó aquel juego, y entonces dijo el alcalde al secretario:

—Bueno: ¿qué hay, hum... qué hay?...

—Que ha llegado un Boletín que viene grave.

—¿Por qué, hum?

—Porque dice el gobernador que ha sabido que no se cumplen sus órdenes de plantear en seguida el nuevo sistema métrico decimal y desterrar completamente las antiguas pesas y medidas, que son una vergüenza para un pueblo culto, y manda que se cumpla todo á rajatabla...

—Como si no lo mandara, hum, como si

no lo mandara—dijo el alcalde.—¡Bastante *me se* importa á mí el gobernador, hum!...

—Es que ha venido también carta del diputado pidiendo que se le atienda al gobernador en lo posible...

—Eso ya es harina de otro costal, hum... De ahí me vuelvo... Si el diputao lo pide con buenos modos... entonces hay que hacerlo en *siguida*... Pero ¿cómo vamos á poner el sistema nuevo si no le sabemos, hum... ni tenemos las medidas, ni las pesas, ni nada?...

—Trae aquí el Boletín unas tablas de correspondencias de unas pesas y medidas con otras...

—¿Y quién las entiende, hum?

—Cualquiera, porque es muy fácil. En la primera columna están, por ejemplo, los kilogramos, 1, 2, 3, y así... y en la otra, la equivalencia en libras... Mira, aquí: kilogramos 1... equivale á... libras 2, onzas 3... Y en estas otras tablas están los metros, y los litros.

—Pues entonces, mira, hum... vas y pones ahora mesmo un bando diciendo que desde pasao mañana, que es día de mercao, todo bicho viviente pida y despache todas las cosas por el nuevo sistema, bajo la multa de veinte *riales* por la primera vez, y á los *rencidentes* ocho días de arresto... mayor ú menor, como sea... Y pasao ma-

ñana... el *aguacil* y tú y yo, y el síndico y el *tiniente*, á vigilar los establecimientos y los puestos de venta cada uno con sus tablas... ¿Hay más boletines?

—Hay éste y el del juez municipal y el del sargento... pero se pueden sacar copias de las tablas...

—Pues no hay más que hablar, hum... no hay más que hablar... Y ahora á nuestro cuento... ¿doy yo ú quién?...

El secretario redactó el bando según las instrucciones recibidas y le fijó en la esquina de la iglesia y en la de la cárcel.

Llegó el día del mercado y se repartieron las *autoridades* por los comercios y puestos de venta, según el programa.

El alcalde escogió para su vigilancia personal la carnicería del Sapín, que era taberna al mismo tiempo, de modo que podía echar un trinquis de cuando en cuando.

La primera que acudió allí á comprar fué la criada del escribano, el cual no era del gremio.

Su ama la había dicho:

—Traes dos libras de carne...

—Es que dicen que ya no se puede comprar por libras—había contestado la muchacha,—y estará allí alguno de justicia, y creo que hay multa no pidiendo las cosas por el nuevo sistema...

—Entonces pides un kilogramo... ¡Ah! y de paso que vienes, entras por el comercio nuevo y traes una vara de cinta para rebitear los escarpines de este niño.

—Tampoco creo que dejan pedir por varas.

—Pues pides un metro... Ya sabes: si está allí el alguacil ó alguno, pides en vez de las dos libras un kilogramo, y en vez de una vara un metro... No se te olvide... un kilogramo y un metro.

—No se me olvida, no: un kilogramo y un metro, un kilogramo... y...

La pobre muchacha fué por la calle repitiendo sin cesar: «un kilogramo»... «un metro»... «un kilogramo»... «un metro»... «un kilogramo»... Y efectivamente, no se la olvidaron las palabras; pero cuando llegó á la carnicería ya no se acordaba para lo que era cada una...

—Deme usted... carne,—dijo poniendo una peseta sobre la mesa.

—¿Cuánta carne quieres?—la dijo el matarife.

—Dos libras.

—¡*Cudiao* con las libras, hum!—la dijo el alcalde;—y *cudiao* con las libras, que pagas la multa... Se pide por el nuevo sistema.

—Pues deme usted... un metro...

—Eso ya es otra cosa, hum, eso ya es

otra cosa—la dijo el alcalde,—así ya se entiende la gente... Dala un metro de carne, hum,—añadió dirigiéndose al carnicero.

El carnicero se quedó parado mirando para el alcalde. El alcalde echó mano á las tablas, buscó la columna de los metros y leyó:

—«Un metro... equivale á... pies tres, pulgadas siete»... Ya lo ves, hum.

—¿Y cómo doy yo tres pies de carne?—le dijo el juez y matazán todo en una pieza.

—¡Y qué borrico eres, Sapín—le dijo el alcalde,—y qué borrico eres!... ¿No sabes más, hum, no sabes más?... ¿De qué es la carne, hum?

—De oveja... Vamos, de carnero se dice; pero quiere decirse que, como ser, es de oveja.

—¿Y no tendría la oveja patas, hum?... ¿y las patas no serán pies, hum?... Pues la das tres patas, que es lo que la corresponde... ¿No lo ves bien claro, hum?

—¿Y las pulgadas?...

—Por las pulgadas la das un desperdicio cualquiera, hum...

El carnicero, convencido, metió la mano en la cesta de los menudos, y sacando tres patas de oveja negra, se las entregó á la



compradora, con más un pellizco de sebo en rama.

—Pero ¿cómo llevo yo esto?—decía la aflagida muchacha...—¡Si á mí me mandaron llevar dos libras de carne y eso he pagado!...

—No mientes las libras, hum—la dijo el alcalde,—y no mientes las libras si no quieres que te ponga á la sombra... Aquí se marcha con la ley, hum, siempre con la ley; y la ley te da eso, y no te da más, hum, y no te da más.

Y la pobre chica no tuvo más remedio que irse para casa, llevando en lugar de dos libras de carne, tres patas de oveja.



## EL GAMONAL

Mucho antes del amanecer, y eso que á principios de Julio amanece pronto, comenzó á sentirse ruido desusado: abrir y cerrar de puertas, pasos de gente por las calles, conversaciones breves á media voz... ¿Qué sucedía?

Que daban los gamones, cotos hasta aquel día bajo la multa de dos pesetas á cada persona que fuese á ellos, á más de quitarla los que hubiera arrancado.

Hay sitios cercanos al pueblo, como la Cuesta, los Hoyos de la Jana y Vallesón, donde los gamones no se cotan, y de donde, en cuanto empiezan á apuntar, empiezan los rapaces á traer fardeladas para ir manteniendo los gochos, que no digamos que engordan mucho con ellos, pero se ponen tezosos y lucidos para la venta, si llega el caso.

Mas en el Valle, los gamones están cotos siempre, hasta que acaban de crecer y se sazonan, que suele ser alrededor de San

Pedro, y entonces se dan ó se descotan en dos días distintos. El primer día, solamente los destinados al verrón, ó marrano semental, cuyo dueño, así como tiene la pejiguera de cuidarle y sostenerle en utilidad y provecho de sus convecinos, sin poder venderle ni caparle durante el año, tiene también el privilegio y la ventaja de que se le reserve intacto para él solo el mejor gamonal y más descansado: la Majada-Vieja.

El segundo día se dan ya los gamones para todos, con entera libertad de ir cada uno donde más le agrade.

Este era el día de referencia, y así se explica el ruido que desde muy temprano comenzaba á sentirse en la villa, ordinariamente tranquila y sosegada; ruido que luego se fué convirtiendo en verdadero alboroto.

Si habían de coger el día por la punta y aprovechar bien la mañana, que es cuando se trabaja mejor, empezando á arrancar gamones en cuanto se viera, no tenían los gamoneros que amanecer dentro de poblado. Por eso madrugaban tanto y corrían y voceaban llamándose unos á otros.

—¡Tía Mari-Manuela!—gritaba una voz femenil muy delgada llamando á la ventana de una cocina donde había luz.—¿Se levantó ya Juan?

—No, hija, no: todavía está durmiendo,

—la contestaba desde dentro la interrogada.

—Claro—replicaba la de fuera:—tardío anocheedor, mal madrugador. Andaba por la calle á la media noche cantando la ronda, y ahora... velahí...

—Le voy á llamar ahora mismo... ¿quieres entrar?

—No señora, no; dígale que se levante á prisa, que marchamos... que vamos á los Abellanes.

—¡Tía Luisa!—voceaba otra muchacha golpeando á una puerta con un canto,—¿marchó ya la su gente?

—Sí, mujer... ¡cuánto hace!—la respondían de dentro.

—¿A dónde iban?

—A Valmañida... y ya estarán cerca de allá.

—¡Vaya! ¡bien madrugaron!

—Casi no dormieron.

—¡Pepe!—llamaba un mozo á otro con voz atronadora.

—¡Qué quieres!...

—¿Tienes un cordel que no te haga falta?

—No tengo más que el de tornar los novillos: entra en el corral y quítale del arado, que allí está arregucido á la esteva.

—Pues espérame.

—No, que ya van los otros andando... ¡Corre!...

Pocos momentos después iban ya todos los gamoneros al valle arriba con grande algazara, mientras que la población había vuelto á quedar en silencio profundo.

De cada casa iba una cuadrilla de seis ó siete rozadores, en su mayoría rapaces y rapazas y mozas, y con cada cuadrilla iba un mozo de *bajador*: todos de la familia, si los había, y si no jornaleros, que, naturalmente, habían de ser de los pueblos de redor, porque dentro de la villa era inútil buscarlos, pues el que más y el que menos tenía que rozar para su casa.

Lo más que se podía conseguir entre vecinos, era algún cambio, á saber: que de una casa en la que había dos ó tres mozos, dieran uno para bajador á otra familia donde no hubiera más que mujeres, dándoles una de éstas en cambio para rozadora.

Iban éstas todas muy majas, como si fueran á una romería. Y realmente poco menos viene á ser el gamonal, pues de mediodía en adelante, apenas se hace otra cosa más que bailar y divertirse. Únicamente por la mañana es cuando se rozan gamones con garbo.

El labor en sí, no es difícil ni trabajoso; pero si se quiere aguantar á rozar, hay que menearse bien y doblar mucho el espinazo, casi tanto como para ser cortesano ó para segar á hoz, que son dos oficios de

los peores que puede haber en el mundo.

Y como á la tarde se ha de ver el trabajo y la habilidad de cada cuadrilla en la cama de gamones que ha rozado, ninguna de aquéllas quiere quedarse atrás ni por bajo de otra: todas quieren sobresalir, y así es que andan con mucho afán á ver quién más aguanta.

Consiste la operación en echar la mano derecha á un pie de gamones, tirar de él y arrancarle, haciendo lo mismo con otro y otro hasta llenar la mano; cuando ya no se pueden abarcar más, se pone la manada debajo del brazo izquierdo; y á hacer otra en seguida, para ponerla igualmente bajo el sobaco y continuar la tarea. Cuando se llega á reunir un buen sobacado, se posa en el suelo en una vereda ú otro sitio visible, para que el bajador le encuentre fácilmente, y á juntar otro...

El bajador, armado de un cordel de cáñamo ó de lino, va luego recogiendo los sobacados y los va poniendo en rima contrapeados, es decir, las raíces de unos con las cimas de otros, hasta juntar una buena carga; formada ésta, la ata fuertemente con el cordel, y sentándose en el suelo la agarra, se levanta como puede, la baja á cuestras á la *cama*, que se hará en una campera en la falda del monte, y vuelve á subir por otra.

En la campera se tienden luego los gamones á secar al sol, y á los pocos días se vuelve por ellos con el carro y se llevan á recoger en la tenada ó en el desván para gastarlos en el invierno; pues cocidos y espolvoreados con un poco de harina, son un gran alimento, no sólo para los de la vista baja, sino para toda clase de ganado.

Al bañar por entero el sol de la mañana las frondosas laderas del valle, el gamonal ofrece á la lejanía un aspecto fantástico. Acá y allá se ven, á través del ramaje, los gamones recién arrancados, cuyas raíces blanquean como la nieve, contrastando con lo verde del fondo... Se ven los bajadores que en mangas de camisa descienden por los trecheros y vuelven á subir y cruzan de un lado á otro y aparecen y desaparecen entre la maleza reuniendo los sobacados y haciendo las cargas... Se ven las rozadoras que, habiéndose quitado las galas para no deslustrarlas con el rocío ni hacerlas jirones entre las escobas, quedándose con los zagalejos encarnados, al moverse acompasadamente y erguirse y agacharse sobre el pastazo asoleado y amarillento de las escampadas del monte, parecen amapolas medidas por el aura en el trigo maduro. Y luego, con la alegría que por todas partes derrama la luz del sol, que en aquellas horas



tempranas todavía no sofoca ni quema, la gente se desentumece y se entusiasma, los rapaces se vocean de un cerro á otro, las mozas rompen á cantar alguna tonada nueva, recién traída de otro país, y los mozos sueltan tras de cada cantar un relinchido atronador, que repercute en todos los ámbitos del monte, llenándolos de regocijo y de vida.

Mientras tanto, de la poca gente que en el pueblo quedaba, salía también con dirección al gamonal una persona de cada casa, á pie ó á caballo, á llevar el almuerzo á los gamoneros.

Entre las plazas montadas iba Antonino reblagado en un burro negro con unas alforjas muy grandes y muy repletas, pues llevaba, además del almuerzo, la comida de mediodía y la merienda.

Por cierto que al verle ir muy tieso en el burro no faltó quien dijera por lo bajo:

—No sé si tú volverás así tan derecho á la tarde. Milagro será que dejes de mangarla...

Porque es de advertir que Antonino tenía fama de ser aficionado al morapio, y fama no injusta ni mal adquirida... Como que solía coger cada turca que temblaba el misterio.

Un rato después salía su amigo Evencio

montado en una yegua, y como ésta andaba mucho más que el pollinejo de Antonino, le alcanzó pronto y fueron los dos en conversación, cortando un vestido al alcalde porque había tardado en dar los gamones.

—Caloroso va á estar hoy el día—dijo Evencio,—según está el cielo de despejado, que no se ve ni una nube como una cardada de lana... Te aseguro que nos va á calentar el sol de lo bien.

—No digas que nos va á calentar—le contestó el otro;—dí que nos va á abrasar vivos... Con lo adelantada que está la estación... porque hay que tener en cuenta que es mucho más tarde que otros años.

—Sí: algo más tarde es, y pocas veces creo que se habrá visto dar los gamones el 9 de Julio.

—No se ha visto nunca, hombre, nunca. Ha sido una animalada del alcalde el no darlos primero, porque están ya pasmados del sol y se van á hacer polvo.

—Pues buena lástima ha sido dejarlos perderse... este año que dicen que había muchos.

—Muchísimos: uno es decirlo y otro es verlo... Así están de buenos también los prados y las tierras; porque, ya se sabe: año de gamones, año de montones... Pero ese bruto de ese alcalde, que merecía más palos que el burro de un arriero...

—Mejor los merecía quien le nombró, porque, como dice el antiguo refrán, «asno sea quien asno batea», y quien pone hombres así en esos cargos es quien debía pagar por ellos, por ser quien tiene más culpa.

—Culpa tendrá quien le puso; pero más tiene él de las barbaridades que hace, porque nadie le manda hacerlas, y créete que le estaba tan bien una tollina como á un santo una vela... Y no será tarde cuando acaso...

—¡Quita, hombre! Eso sí que sería errar el golpe, y, por dar en el asno, dar en la albarda... ¿Qué culpa tiene el pobre Fernandón de no tener entendimiento?...

—Anda que, aunque es tonto, bien sabe á su casa. ¿Por qué te parece que ha tardado tanto en dar los gamones? Pues porque le tocaba la vecera de los corderos y después la de los jatos; y como no podía menos de echar con ellas un par de rapaces, tenía dos rozadores menos... Por eso esperó él á que las veceras pasaran de su casa á las de los vecinos...

—Yo creía que aguardaba á que acabaran de venir los carros de Campos.

—¡Quiá! no lo creas: eso ¿qué le importaba á él? Además, que ya hace cuatro ó cinco días que llegaron los últimos... Hombre, y á propósito... ¿qué tal vino habrán traído?

—Bueno, muy rico, de la Moraleja... Lo probé anteanoche en casa del Cojo.

—Ahí tienes el vecino más afortunado, y el único, puede decirse, á quien tengo envidia en el pueblo.

—Pues ¿por qué, hombre? No será porque es cojo...

—No, porque es tabernero... ¿Te parece poca fortuna eso de poder beber vino cuando quiere?

—Lo mismo podemos beberlo tú y yo y cualquiera...

—Te equivocas...

—Teniendo cuartos...

—¡Ahora dijiste! Pero como no los solemos tener, á lo menos yo, por mí, casi nunca los tengo, no lo puedo beber; y él, aunque no los tenga, tiene el vino á mano.

—Pero si lo bebe en lugar de venderlo, luego acaba... y más ahora según está de caro. Para traer hoy una carral de vino se necesita un montón de dinero, mientras que un real para un cuartillo á nadie le falta.

—No estoy conforme... á mí me falta muchas veces... Y desengáñate, que así como respecto del pan se dijo: «año malo, panadera en todo cabo», porque es difícil que por muy escaso que ande el pan llegue á faltar para la que lo amasa, así en esto, para poder beber vino con frecuencia, esté caro ó barato, no hay como tener cerca la espita.

—Pues yo creo que si fuera tabernero no bebería vino, porque, con estarlo oliendo continuamente, se me quitaría la gana... y algunos taberneros dicen que llegan á aborrecerlo.

—No sería el hijo de mi madre... Digo, me parece que muy malo había de andar cuando yo aborreciera el vino.

En estas pláticas, llegaron los dos amigos á donde tenían que separarse, porque Antonino tenía que entrar para el Bijueco, valle afluente del principal, y la gente de su compañero estaba en Valmañida, otro afluente más lejano.

Llegó Antonino al sitio destinado por antigua costumbre para tender los gamones, que era donde se reunía la gente para almorzar, y como era el último que llegaba y sólo esperaban por él, pues ya estaban allí los almuerzos de todas las demás cuadrillas, comenzaron á sofocarle y á bromear con él, y cada uno le decía la suya.

—¡Qué manera de madrugar!...

—Estarías esperando á que acabara de amanecer...

—Ya creíamos que la cocinera se había caído en la lumbre...

—O que el propio expostulario se había caído en el río...

—O que había ido por vino y había que-

brado el jarro, como le decíamos cuando era rapaz...

Antonino  
 Fué por vino,  
 Quebró el jarro  
*Pol* (1) camino...  
 ¡Pobre jarro!  
 ¡Pobre vino!  
 ¡Pobre culo  
 de Antonino!

—No ha habido nada de eso—replicaba Antonino mientras se apeaba muy despacio, pues era de lo más cachazudo, é iba sacando poco á poco las provisiones de las alforjas;—no ha habido nada de eso que decís, sino que me junté con Evencio y vinimos los dos en conversación sin apurar á las caballerías.

—¡Ya se conoce!—le replicaban, mientras seguía él sacando cosas de las alforjas, sin trazas de acabar en un rato.

Porque llevaba prevención, no sólo para almorzar, sino también para la comida de mediodía y para la merienda; y luego, como estaba en el mismo valle la cuadrilla del tío Pequeño, con cuya hija trataba de casarse su hijo Luciano, la madre de éste había echado la casa por la ventana queriendo lucirse.

Reunida la gente, se formó un gran co-

(1) Contracción de *Por el*.

ro en la campera y comenzó el almuerzo con las sopas de ajo, que iban en anchos barreños de asa. Desocupados éstos, corrió todo alrededor una corpulenta cestella de blancas mimbres llena del dorado vino de La Seca, y luego aparecieron los frisuelos, «especie de fruta de sartén», que dice la Academia, fiel á su costumbre de dejar las cosas sin definir, sólo interrumpida alguna vez que las define al revés del todo. El frisuelo, comida clásica del gamonal, viene á ser, siguiendo el académico estilo, una especie de tortilla sin huevos, cosa que pasa por imposible de hacer, pero que se hace, supliendo aquéllos con harina y agua. Es decir, que después de tener los torreznos fritos en la sartén como para hacer tortilla, en vez de echar encima huevos batidos, se echa un bate de agua y harina, igual que el de hacer buñuelos, se fríe otro poco, se da vuelta como la tortilla, se fríe por el otro lado, y resulta riquísimo.

Una verdadera montaña de frisuelos se había formado en medio del corro sobre un blanco mantel casero, donde se habían ido desocupando los de todas las cuadrillas del valle; pero á la media hora ya la montaña había casi desaparecido.

Verdad es que también había dado ya dos ó tres corridas la cestella del vino blanco, siempre en movimiento hasta desocu-

parse, y había sido sustituida primero por un boto de regulares dimensiones, que también se puso pez con pez, y luego por una panzuda barrila de Guardo... Porque, eso sí, los frisuelos son muy sabrosos, pero empapizan y hay que remojarlos á menudo.

Y es verdad asimismo que, sobre lo comederero del manjar y lo frecuente de las aperitivas y tónicas succiones, ayudaba también á comer con gana el buen humor que reinaba y aun gobernaba en la compañía, sostenido y avivado incesantemente con chistes, gracias, cuentos, chascarrillos, recuerdos de sucesos graciosos alusivos á la función ó acaecidos en otra semejante, y con bromas, hazañas y diabluras como la de empujarle un poco la barrila al que estaba bebiendo para hacerle añusgarse y derramar el vino por la pechuga.

Formaba parte del corro un mozo forastero que tenía los pantalones rotos por una rodillera, y conforme estaba sentado de media cancheta enseñando la carne, fué Jacintona, cogió un frisuelo redondo del tamaño del agujero, y se lo plantó en la rodilla diciéndole:

—¡Toma, chacho! Si allá en tu pueblo no había remiendos, ahí tienes uno bien majo.

El pobre mozo se puso encarnado á lo



primero; pero acabó por reirse como todos de la ocurrencia de Jacinta.

Se habló luego de que en Valpobre, donde por no cogerse lino apenas, no tenían alforjas blancas de hilo para llevar comidas al campo, llevaban los frisuelos al gamonal en fardelas de lana jirga...

—¡Cuántos pelos comerán!—dijo uno.

—¡Hombre! Muchísimos — le contestó Pepa la Maserá;—pero ellos allá los pasan tan ricamente... Yo una vez que estuve allí á gamones, dí en quitar pelos, quitar pelos... y junté lana casi para unas medias...

Una carcajada general acogió la relación de Pepa.

—¡Qué exagerada eres!—la dijo el primero que acabó de reir...

—Lo mismo que os lo digo—añadió Pepa muy formal,—y así se lo dije también al ama para quien arrancaba.

—Anda, come, moza—me decía ella;—que no haces más que escoger, escoger, y no comes... No tengas miedo, no, que no te esgañas...

—Deje, deje—la contesté,—que no pierdo el tiempo... Antes voy á sacar dos jornales: uno, el que usted me dé en dinero, y otro en lana; que ya tengo aquí una rocada buena...

—¡Arbolaria! ¿A que no se lo dijiste?

—¡Vaya si se lo dije!... Preguntádselo

á Petra la del tío Juanón, que estaba allí conmigo...

Después de los frisuelos, la leche como postre. Un gran ballico de leche recién ordeñada que se consumió la mitad migado en los barreños de las sopas después de enjuagados en el reguero, y la otra mitad bebido por una mortera de madera que iba dando vuelta al corro y se iba rellenando conforme se vaciaba.

Suscitóse luego la cuestión de si tras de la leche se podía ó no se podía volver á beber vino; y aunque las mujeres votaron todas por la negativa, prevaleció el dictamen de los mozos, que la resolvieron afirmativamente, fundándose en un refrán que sabían ellos y que decía: «Después de la leche... eche».

Echaron, efectivamente, otro trago en consonancia con el refrán, y... cada pájaro á su espiga; es decir, que todos, cada cual por su lado, volvieron á engaramar por el monte para continuar la tarea.

Hasta Antonino se metió por entre las primeras hayas diciendo que también él iba á tratar de rozar algún gamón donde no estuviera muy pindio, porque ya no se encontraba suelto y ágil como en otro tiempo para andar por las cuestas... Pero lo que hizo fué volverse pronto á la que-  
rencia de las provisiones, donde el primer

bajador que vino á posar una carga le sorprendió haciendo fiestas á una barrila.

A eso de las diez, los bajadores, aguardando unos por otros, se reunieron junto al hato para echar un trinquis; pero los rozadores no suspendieron su labor ni bajaron del monte hasta la hora de la comida, y el que tuvo sed la apagó por allá en la primera fuente que encontró al paso.

Cuando fué mediodía bien corrido, uno de los concedores de la hora dió la voz de ¡á comer!, y todo el mundo fué bajando del monte, tornando á formarse el corro en la campera como por la mañana.

La comida fué aún más animada y más divertida que el almuerzo. Quiénes se tiraban á las fiambres que habían venido por la mañana, y embaulaban tajadas de chorizo y de jamón que era un gusto: quiénes preferían el clásico puchero que acababa de llegar vaporeando, y que allí en el monte sabía á gloria; pero todos humedecían los bocados con el chispeante líquido encerrado en la cestella ó en el boto, que andaban en rueda sin parar más de lo rigurosamente preciso, y todos contribuían á alegrar con bromas el corro.

Acabada la comida, empezó á sonar alegre y bulliciosa la pandereta, que no se habían olvidado de incluir entre los utensilios de la jornada, y se armó el baile.

Huelga decir que las muchachas, al bajar á comer, antes de salir de entre el arbolado y presentarse en la campera, se habían ya puesto otra vez las sayas de india y los pañuelos de color de rosa, no sin haberse antes lavado la cara y atusado los rizos en alguna fuente, que pródiga y amable las había hecho el doble oficio de gofaina y de espejo. Así es que todas se presentaban en el baile como de día de fiesta.

Tampoco de la animación y alegría del baile hay que hablar, mereciendo solamente especial mención la frecuencia con que Luciano, el hijo de Antonino, y Cesárea la hija del tío Pequeño, bailaban juntos.

Hacía tiempo que se decía si eran ó no eran novios, si le habían ó no le habían visto á él una noche, engaramado en una escalera de mano, hablando con ella por la ventana; y unos lo creían y otros no; pero aquel día los rumores se confirmaron, y se hizo general la creencia.

—Eso va viento en popa, Antonino—le decía al padre del mozo su convecino Patastuartas, que estaba como él chupando la pipa y mirando el baile.

—Yo no lo sé, hombre: allá ellos... pero sí parece que se tienen una miaja de ley, —contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

Porque el tío Pequeño tenía un caudalico regular, y como no tenía más que aquella hija, era generalmente considerada como una buena conveniencia; de modo que si Luciano lograba casarse con ella, hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se formalizaron ya mucho las relaciones, á no ser por un suceso que vino á romperlas...

Por la tarde, después de merendar, se puso la gente en movimiento para emprender la marcha hacia el poblado.

Los mozos y las mozas daban prisa por llegar pronto al baile general que se hacía en las eras, cerca de la entrada, al cual concurrían todas las cuadrillas de gamoneros que habían estado apartadas durante el día en distintos valles.

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba perezoso para arrancar del campamento, con la disculpa de querer acomodar bien los chismes en las alforjas; pero en realidad porque quería quedarse solo para escurrir un boto que tenía vino todavía.

—Vamos, Antonino; vamos, Antonino, —le decían todos al marchar.

—Allá voy... allá voy—contestaba él: —allá voy ahora mismo...

Pero se iba quedando, y les iba dejando marchar, hasta que efectivamente se quedó

solo y pudo hacer la suya, con lo cual se acabó de poner peripitusco.

Trató, al fin, de montar en el burro, y no podía. Le arrimó á un ribon, se subió á la parte de arriba, y desde allí, donde estaba ya casi más alto que el jumento, se tiró á montar con tal ímpetu, que le sobró fuerza y dió la vuelta para el otro lado, cayendo en la campera varas á varas.

Se encontró á gusto, no hizo por levantarse, y quedóse dormido como un tronco...

Los demás gamoneros, en tanto, llegaron á las eras, bailaron en el baile grande las mozas y los mozos hasta que se cansaron, y por fin se fueron á sus casas.

Pero Antonino no aportó por la suya.

La familia á lo primero no se alarmó, figurándose que habría venido del Valle con algún vecino y habría entrado en su casa á refrendar, según costumbre.

Pero luego, cuando pasó la noche y llegó la mañana sin que el hombre hubiera acudido, empezaron la mujer y los hijos á inquietarse y á bullir tratando de averiguar su paradero...

¿Qué le había pasado?

El sereno de la noche le fué refrescando y espantando algo la cogorza, y el frío del amanecer, penetrándole hasta los huesos, le hizo despertar, diciendo tan campante:

—¡Calla! Me he dormido un poco, y ya

casi es de noche... está oscureciendo...  
Voy allá... Voy allá...

Y aunque bien azorrado todavía y andándosele el mundo al redor, pudo al cabo montar en el burro, que cerca de él pacía tranquilamente, y echó al camino abajo.

Al salir del Bijueco al valle principal el burro, que sabía perfectamente el camino, quiso volver sobre la derecha y seguir el que conducía á la villa. Pero Antonino, que estaba completamente desorientado, creyó que aquello era marchar al revés, y le dió al jumento un palo en la cabeza hacia el arranque de la oreja de aquel lado, diciéndole:

—Torna, burro... ¿dónde quieres ir?...

El burro insistió varias veces en querer volver á la derecha para ir al valle abajo; pero como el dueño insistió en pegarle en la oreja de aquel lado para que volviera hacia el otro, al quinto ó sexto palo el animal se dejó convencer y echó á andar en dirección opuesta á la de su casa, haciéndose sin duda estas reflexiones:

—¡Bueno! Se conoce que mi amo no quiere ir para casa... Tendrá que hacer en otra parte... Apuradamente, á mí nada me importa...

Y siguió andando.

Antonino, mientras tanto, reflexionaba de este otro modo:

—¡Qué silencio!... Todo el mundo ha marchado ya... Y el caso es que no se oye tampoco el ruido del baile allá hacia las eras... Puede ser que este año no hayan hecho baile... Como ese alcalde es tan bruto...

Aquí daba una cabezada y se quedaba medio dormido, meditando en lo bruto que era el alcalde.

Después de andar otro rato, decía:

—Lo raro es que parece que no acaba de oscurecer... está lo mismo que cuando salí del monte... y casi, casi, parece como que se ha puesto un poco más claro... Sí, sí... indudablemente se va poniendo más claro que antes... ¡Qué cosa más rara!... Como no sea que esté amaneciendo... Pero, no... no puede ser. ¿Dónde había yo de haber pasado la noche?...

Aquí otra cabezada y otro sueñecico, bamboleándose sobre el jumento.

Cuando ya había amanecido del todo y rayaba el sol en los altos, Antonino se encontró á la entrada de un pueblo...

—¡Calla! ¿Cuándo he pasado yo el puente?...—se dijo.—No he dado cuenta... Pero sí, ya estoy en el pueblo, no hay duda... Aquí están las casas...

Y empezó á fregarse los ojos porque no distinguía la suya...

Andaban por allí unos rapaces enredan-



do, y se le ocurrió llamar á uno diciéndole:

—¡Chico!... Ven acá... haz el favor de enseñarme á mi casa... que parece que no veo bien...

Y seguía fregándose los ojos con el revés de la mano.

El rapaz, al ver á un hombre forastero que preguntaba por su casa, se echó á reir y se volvió hacia los otros, diciendo:

—¡Chachos! ¡Este tío que anda preguntando por su casa, y no es de acá!...

Acudieron los otros rapaces, se arremolinaron á él chanceándose maliciosamente al conocer que estaba chispo; y al oir los aspavientos que hacían, fué acudiendo luego mucha más gente á ver el milagro, ó lo que resultara.

Uno de los que salieron al oir la algazara fué el tabernero, que, conociendo á Antonino, se acercó á saludarle.

—¡Hola, ciudadano! ¿Cómo por aquí?— le dijo el tabernero.

—Pues verás, hombre... verás... — le respondió Antonino, perezosamente al ir dándose cuenta de que no estaba en su pueblo, sino en Aldeaoscura.—Verás lo que me trae á visitaros... Que hemos estado de recolección de gamones, y vine á traer el almuerzo á la gente montado en el burro... y el animal... se me extravió de modo que

no he podido encontrarle... Y vine á ver si acaso le habíais visto por acá...

—¡Ah! ¿pero ese en que vienes montado no es el tuyo?... — le replicó el tabernero.

—¡Ah! ¿pero vengo montado... pero vengo montado en un burro?... ¡Calla! es verdad... Pues entonces... no se me ha extraviado... es que lo soñé, se conoce...

—Sí, eso sería,—le dijo el tabernero haciendo esfuerzos por no reírse.

—Eso fué, sí... y entonces me voy para casa... si acierto.

—¿Quieres echar un vaso?...

—Sí, hombre... siempre... ¿Cuándo Sevilla no quiso trago, que diga, trigo?...

—Bueno, pues ven; que falta no me parece que traes, pero también dicen que un clavo saca otro clavo, y acaso echando un sorbo te despejes...

—Tenlo por seguro... En cuanto beba otro trago me quedo como un reló... Lo sé por experiencia.

Después de descansar un rato y refrendar el pasaporte en la taberna de Aldeaoscura, volvió á montar en el burro, ayudado por el tabernero, que salió del lugar á ponerle en camino y le dijo al despedirse:

—Tú deja al burro, que el burro te llevará á casa.

Porque ya veía el tabernero que lo que es él no estaba para conocer el camino.

Hacia casa iba, en efecto, Antonino conducido fielmente por el burro, cuando, á la mitad del Valle, se encontró con su hijo que le andaba buscando.

—¿Qué le sucedió á usted?—le preguntó el mozo.

—Nada, hombre, nada de malo,—contestó él.

—¿Pero cómo no acudió anoche?—insistió el hijo.

—Si te he de decir la verdad—le contestó,—casi no lo sé... Primero creo que me dormí... Después, el burro se empeñó en que habíamos de ir á Aldeaoscura, yo en que no, y se salió él con la suya... Después creí yo que se me había perdido el burro... Después el burro... no se me había perdido... y luego... el demoníaco que lo entienda...

—¡Y yo buscándole á usted toda la mañana!—añadió con profunda tristeza el muchacho.

—Pues... ahí verás... lo que son las cosas... y lo bruto que es el alcalde...

Cerca de mediodía entraban en Villanoble Antonino y Luciano, el padre montado en el burro, y el hijo de paje, bajo las miradas burlonas de la gente.

La familia trató luego de explicar bue-

namente el suceso, despojándole de toda malicia y debilidad, con la relación de que el presunto extraviado no había venido para casa desde el gamonal porque se había acordado que tenía que hacer un negocio en Aldeaoscura, y había querido ir desde allí, aprovechando la ventaja de encontrarse ya á medio camino. Pero de nada sirvió esta explicación, porque desde luego no la creyó nadie, y porque además, al día siguiente, por personas venidas de Aldeaoscura, se supo la historia con pelos y señales, quedando perfectamente aclarado que todo ello había sido efecto de una descomunal borrachera... Con lo que el pobre Antonino fué por mucho tiempo blanco de las burlas del vecindario.

Y no fueron estas burlas lo peor ni lo más triste, sino que Cesárea, la hija del tío Pequeño, que el día del gamonal precisamente había dado el sí á Luciano, autorizándole para que la pidiera á sus padres, le dijo al día siguiente que nones.

Insistió el muchacho, pero fué inútil; como lo fué también el que la madre de la novia intercediera por él, diciendo á su hija:

—Mujer, el mozo no parece malo, y de las cosas de su padre no tiene culpa... Ya, si es que le diste palabra...

—¡Ay! No señora, no—la respondía la

muchacha: — no quiero yo que mañana el padre de mi marido sea la irrisión de la gente... Cuan más, que puede ser que el hijo salga todavía otro tal y tan bueno, porque siempre diz que se suelen parecer los cascós á la olla.

Y no hubo quien la sacara de su negativa.



## EL BURRO ENCANTADO

Al arroyo de Valdetiego, en el camino de Villanoble á Estercolera, llegaba Victorino, cuando sintió patuquear tras de sí, volvió la cabeza y se encontró con su convecino y especial amigo Bonifacio, más conocido por *Narices*, á causa de la frecuencia con que repetía esta interjección huyendo de otras más usuales y menos inocentes, el cual iba montado en un burrín espeluciado y tan pequeño que casi le dejaba posar los pies en el suelo.

—¡Hombre!... ¿A dónde caminas de parte de tarde?—dijo Victorino al que llegaba.

—Allá voy á la *ciudad*,—le contestó su amigo, pronunciando la última palabra con marcada ironía.

—¡Valiente ciudad de M...orcilla!—replicó el primero.

—¡Ya, ya, narices!... ¿Y tú vas allá también?

—También voy á ese pueblo indecente y

sucio que... ¡cuándo será el día que entre el río por él á ver si le lava!...

—Pues yo voy á moler esta fanega de pan; porque acá este narices de este molino de los Caniajos, siempre está descompuesto... como ellos... Cuando salí de entre las casas, ví uno que venía delante, y dije: «¡narices! aquél parece Victorino»... y apreté el paso hasta alcanzarte...

—¡Amigo! como vienes en patas ajenas...

—¡Sí, narices!... ¡Si vieras qué á gusto vengo!...

—¿Y dónde te has hecho con ese buche?... ¿Dónde tienes la *Linda*?...

—¿La *Linda*? Déjame en paz, narices, que no me quisiera acordar... Me la pidió la moscancia de mi primo Fidel para ir á Santa Catalina, porque se la figuraba, narices, que si no iba ella en una yegua bien alta no había nada que ver en la feria...

—Hombre, naturalmente: las mozas ¿á qué están más que á darse á ver y á lucirse?... Dicen que el que no anda no tropieza, y más fácil es que tropiece tu sobrina, vamos, que alguno se fije en ella yendo en una buena caballería, que si fuera á pie zaparrastreando.

—¡Igual, narices!... Si ella fuera algo más estojosa... Pero así... gran cabalgadura, y luego nada... lo que dijo el otro...



«Para tres maravedís de pelo, siete varas de cordón»... La dije que no la podía dar la yegua porque tenía que ir á moler; pero me dijo que para ir á moler, ella me dejaría recadado un burro, y me recadó éste que... mira cómo voy, con los pies arrastrando como quien dice... Y no será malo si no se estrulla á lo mejor con el pan y conmigo en algún charco.

—Pero ¿de quién es, que no le conozco yo por de acá?

—De un narices de un quinquillero y *gobernador* de platos, que posa en su casa, narices... Y tú ¿qué viaje llevas?...

—Uno que estaba bien excusado... Allá voy á cobrar un poco de lana de acuellos que la mujer le vendió, ya el otro sábado, al escribiente de Medio-Minuto para un colchón...

—¡Narices! ¿Y vendísteis la lana?... Pues hicísteis mal, narices.

—¿Por qué, hombre?

—Porque ahora anda al desbarate, y tiene que valer cerca del doble. ¿No sabes el refrán, narices? «Año seco tras el mojado, guarda la lana y vende el hilado»...

—Pero como no había hilado que vender y hacía falta el dinero, por esta vez no había más remedio que desentenderse del refrán y vender la lana... Y el caso es que quedaron en mandar el importe al día si-

guiente, han pasado cerca de dos semanas, y ¿tú lo has visto?... pues yo tampoco... Porque estos cagatintas, mucho presumir, y si viene á mano no se acuerdan de pagar lo que deben...

—¿Y vas en cuenta de volver pronto?... Porque si no te entretienes demasiado, podemos volver juntos.

—Quien se entretendrá serás tú, que tienes que moler; yo luego despacho... Con el dinero ó sin él, vuelvo en seguida.

—Pues yo tampoco pienso detenerme mucho.

—Según esté el molino.

—Que esté como esté, narices; por muy ocupado que esté, á mí no me detienen... ¡Tendría gracia, narices, que me hicieran á mí esperar! Si es necesario, sacan de la tramoya el pan que tenga para echar lo mío...

—¡Tan amigo eres del molinero, eh!

—Del molinero y del amo, narices... ¿Pues tú no sabes la intimidad que ha habido entre *D. Grabiél* y mi persona?... Es verdad que tú eres mucho más joven y no te puedes acordar de aquellos tiempos. Pero allá cuando él era *Gravelón*...

—Eso también lo es ahora, y más bruto que entonces, regularmente; porque en ese yo creo que la bruteza va como la edad: siempre en aumento...

—Pues sí, narices: ¡si vieras qué buenas las hemos corrido juntos en nuestra mocedad! Y luego cuando pretendía acá á doña Inés, á los pocos años de haberse quedado viuda, que estaba tan guapa, yo le acompañaba y era su confidente y su paño de lágrimas, como quien dice, y le protegía en todo.

—Pero dicen que le dió unas calabazas muy gordas...

—Sí, es verdad; y no podía menos de sucederle eso, porque, como dice el refrán: «no se hizo la miel para la boca del asno»; pero quiere decirse, que de todos modos yo le serví á finas veras, hice por él todo lo que pude, y él bien lo sabe... De manera que, mira tú... ¡Para que á mí me hagan esperar en el molino!... A más de que también es amigo el molinero: siempre que vengo á moler me convida, y si quisiera quedarme esta noche á cenar, tampoco me había de faltar buena cena, porque no es tacaño.

—Irá teniendo ya el riñón cubierto, ¿eh?

—Yo lo creo, narices; ¡tal oficio tiene él!... Porque hay que desengañarse que, á buen año y malo, molinero ú hortelano, pues como sin pan no se puede pasar, el molino nunca está ocioso y siempre está cayendo la renta...

—Sí: más seguro es eso que ser labra-

dor, que se cansa uno de trabajar, y á lo mejor tarda en llover, ó llueve demasiado, y trabajo perdido...

—Ya se ve que sí, narices; y si no aquí tienes esta tierra mía (señalando á una de la orilla del camino), que no ha hecho papel de nacer, y no tiene más que cuatro cañinas.

—Bueno: esa también hay que mirar que estaba muy mal arada y no podía nacer muy fuerte.

—¡Qué mal arada ni qué narices!... Más produce el año que el campo bien labrado, dice el refrán; y créete que si hubiera llovido á tiempo, mal arada y todo, estaría pomposa como esa tuya, que está igual que en los mejores años.

—Es que esa, además de estar bien arada y bien abonada, la sembré muy pronto.

—No me aparto de que sea eso... Ahí tienes una cosa que casi siempre pinta bien... Porque también hay otro refrán que dice: «poda tardío, siembra temprano; si un año yerras, acertarás cuatro»... Y de otro modo: «siembra temprana, maron seruendo, para perderse un año se ganan ciento»...

Cuando fueron llegando los dos amigos cerca de la entrada del pueblo, donde se te-

nían que separar, trataron de ponerse de acuerdo para la vuelta.

—Yo—dijo Victorino—ya sabes que no me detengo allá nada. En cuanto me paguen... Y si no me pagan, lo mismo: la ida por la vuelta. De modo que entraré por el molino á buscartê, y si es que tan pronto te han de moler el pan, te espero y vamos juntos.

—Pues yo—dijo Narices,—mientras me lo muelen tengo que ir á casa del Chivo á darle razón de un pellejo de garduña y otro de lóndrigo; pero tampoco me detendré gran cosa; de manera que cuando tú vengas ya estaré otra vez en el molino, y si no estoy, me esperas, que estaré llegando.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Dicho lo cual, Bonifacio se apartó hacia la izquierda, cogiendo una calleja llena de agua que por entre unas sebes iba á dar al molino, y su compañero siguió en derechura á la calle principal del pueblo.

En cuanto dejó Narices el pan en el molino, encargando al molinero que se lo echara y se lo moliera en un Jesús, volvió á montar en el burrín para no mojarse, pues las calles de Estercolera están siempre llenas de lodo, y se fué á casa del Chivo, que era una taberna, á dar la razón que decía.

Llegó á la puerta, llamó, le respondieron que «adelante», y entró en la cocina, donde un alguacil, el juez y un procurador estaban merendando un guisadillo de carne con pimientos.

El alguacil, que era amigo suyo y tenía con los otros dos comensales bastante confianza, le brindó á participar de la merienda, diciéndole:

—Mira, llegas á tiempo: toma aquí una tajadilla con nosotros.

—Muchas gracias; que haga buen provecho,—le contestó Narices.

—Anda, que por eso no dejará de hacernos buen provecho,—le replicó el otro.

—No, no: gracias; no hay falta por ahora.

—Vamos, no te hagas de rogar, puñe-fla... ¿O lo haces porque cuando caiga la ocasión hagamos los demás otro tanto?

—No, eso no, narices...

Y vencido por la insistencia del alguacil, que también sus compañeros apoyaban, y especialmente por aquella última consideración, porque no se creyera que huía de estar á la recíproca, cogió un tenedorcillo de hierro que le alargaban, y metió mano al guiso.

—Siéntate—le dijeron:—¿ó es que quieres crecer todavía?

—No estoy cansado,—contestó.

—Vamos, siéntate aquí; no seas bobo— insistió el alguacil haciéndole sitio en el escaño que los tres ocupaban,—que, buen año ó mal año, cuatro caben en un escaño.

Y aceptando Narices la proposición, se sentó á gusto, comió hasta que se desocupó la tartera, bebió hasta que se vació la jarra, y de compañero con el juez, contra el procurador y el alguacil, jugó á la brisca hasta que fué de noche, sin acordarse de que había dejado el pan en el molino.

Rato hacía que su amigo Victorino le esperaba en él, parleteando con el molinero, cuando, en una pausa de la conversación, le dijo éste:

—Mucho tarda en venir tu compañero: puede que le hayan convidado á merendar.

—¡Ah! Pues entonces, Dios sabe cuándo le veremos el pelo—dijo Victorino;—porque ese hace lo que el cuervo del diluvio: como encuentre carne, no se acuerda de volver al arca.

Rióse el molinero, á quien hizo gracia la comparación, y mientras tanto se le ocurrió á Victorino una idea diabólica que comunicó á su interlocutor inmediatamente.

—¿Vamos á darle un susto cuando venga?—le dijo.

—¿Un susto?... ¿Cómo?—dijo el molinero.

—Verás... El ya no puede tardar mucho, porque donde quiera que esté, bien verá que es de noche... Pues vamos á esperarle en esa calleja de entre las cerraduras; nos ponemos uno á cada lado, detrás de las sebes, atravesamos un cordel... ó un palanco... ¿tienes por ahí algún varal?...

—Sí: aquí hay uno bien largo, mira...

—Ese es bueno...

—Y ahí en la portalada hay otro lo mismo.

—Bien: pues cogemos tú uno y yo otro, nos ponemos uno á cada lado como te digo, cruzamos los varaes en el medio de la calleja, y cuando llegue montado en el burro no puede pasar y le tenemos un buen rato detenido en medio del charco... Verás qué escena...

—Nos va á ver—objetó el molinero,—ó va á ver los varaes.

—¡Qué nos ha de ver—replicó Victorino,—según está de oscura la noche!... Y luego él, que no ve tres sobre un asno... Anda, vamos á prisa...

Se dejó convencer el molinero, y se ejecutó el plan de Victorino tal como le propuso.

A poco de estar los dos con sus varaes trancando el pasadizo, hablándose en voz baja de un lado á otro y encargándose mu-



tuamente silencio y formalidad para no reirse, sintieron pisadas menudas como de caballería menor, y luego el castañoleo especial que se usa para arrear el ganado, y que se produce pegando la lengua al paladar y despegándola con fuerza, clac, clac, clac, seguido de estas palabras:

—¡Arre, burro!

—Ya está ahí,—se dijeron.

—¡Silencio!...

—¡Chist!...

Entró Narices por la encharcada calleja encogiendo un poco las piernas para no mojárselas y arreando su burro, que, naturalmente, al llegar á la improvisada portillera se quedó parado.

—¡Arre, burro!—dijo Narices dándole una varada en las ancas.

Nada: el burro quieto.

—¡Arre, burro, narices! ¡arre, burro!—dijo dándole otras tres varadas seguidas.

Ni por esas: el animal no se movía.

—¡Arre, burro!... Pero ¿qué narices tiene este animal?... ¡Arre, burro!...

Y palo va y palo viene, y madreñazos... que no solían dar en la barriga del burro, porque como él tenía las piernas largas, cruzaban por bajo y daban las madreñas una contra otra con gran estrépito... Y el burro como si tal cosa.

—¡Arre, burro!... ¿Dónde está la mi ye-

güica querida, narices?... ¡Arre, burro!... ¡Mal haya sea un presidio, narices!... ¿Por qué daría yo la mi yegüica?... ¡Arre, burro!

Y una lluvia de palos en las ancas y en las orejas y en todas partes, y un estruendo de madreñazos acompañaban al patético discurso; pero el pollino sin moverse.

Cuando más, al sentirse muy hostigado á golpes, hacía un conato de arremetida; pero tocaba con el pecho el obstáculo, é instantáneamente volvía á pararse.

—¡Arre, burro!—seguía diciendo Narices.—¡Dios mío! ¿Pero qué tiene este burro?... ¡Ave María Purísima! Esto es el pecao... ¡Arre, burro! Este burro está encantao, narices... ¿Quién me querrá á mí mal, Dios mío?... ¡Virgen Santísima!... Esto es el enemigo: mal año para él... ¡Arre, burro!... Nada: ni pa atrás ni pa alante... ¡Jesús, María y José! Aquí anda el diablo, Dios nos libre...

Viéndose ya muy apurado, se decidió á llamar á su compañero de viaje y al molinero, suponiendo que estarían en el molino, desde donde le podían oír bien, porque estaba cerca.

—¡Victorinooo!... ¡Pascuaaal!... ¡Arre, burro!... ¡Pascuaaal!... ¡Victorinooo!... ¿Dónde estarán aquellos cascachiflas?... ¡Arre, burro!... ¡Nada, narices: parece que

le han clavado aquí! ¡Dios mío!... ¡Esto no puede menos que sea cosa del demonio!... ¡Ave María Purísima!... ¡Jesús, María y José!... ¡San Antonio bendito!... ¡Arre, burro!... Nada... A ver si puedo siquiera volver para atrás... porque ¿cómo me apeo aquí en el agua?... ¡Torna, burro!...

Y al pegarle un palo muy fuerte á un lado de la cabeza para hacerle dar vuelta, quiso el burro revolverse de pronto, se le enredaron los corvijones y se cayó de medio atrás, quedando el jinete de pies en mitad de la laguna con el agua hasta las rodillas.

Entonces Victorino y el molinero retiraron poco á poco sus varales y se marcharon callandicamente al molino.

El pobre Narices, como ya se había mojado las piernas y no tenía en este particular nada que perder, bandeó el charco de un lado á otro, convenciéndose de que no había obstáculo alguno, y confirmándose con esto en la idea del encantamiento, de la intervención de algún agente diabólico, cuando no del mismo diablo en persona.

Con el burro de cabestro se dirigió al molino, donde encontró á su acompañante y al molinero sentados tranquilamente al amor de la lumbre y haciéndose los adormitados.

—¿Cómo has tardado tanto, morral?—le dijo Victorino esperezándose.

—¡Cómo has tardado tanto! (remedándole)... Mejor era que hubiérais salido cuando os llamaba, narices. ¿No me oíais llamar?...

—No... ¿pero has llamado?...

—¡Ya, ya, narices!... Bien dormidos estábais...

—Pero ¿por qué no viniste primero?

—Porque estaban allí merendando el alguacil Tartaja, el procurador Redruñas y el señor juez, y me hicieron tomar un bocado con ellos, y después...

—¡Chico!... ¡chico!... ¡y merendaste con el juez! ¡Y te llamé morral!... Perdona usía...—le dijo Victorino quitándose el sombrero y haciendo ademán de arrodillarse.— Déjame que te haga la reverencia...

—Déjate de mojigangas, narices... ¡Bueno estoy yo para tener gana de fiestas!...

—Pues ¿qué te ha pasado?... Parece que estás descolorido...

—¡Mira qué milagro, narices!... ¡Ya, ya! ¡no ha estado mala!...

Y mientras se secaba á la lumbre los chapines y las medias, les contó muy asustado lo que le había sucedido en la calleja con el burro.

# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Un poco de prólogo.....	5
El fenómeno.....	24
Lo hizo de gracia. ....	31
La ley perruna. ....	51
El espíritu del imán.....	59
¡Un buen hayuco!.....	75
Demasiado pronto.....	83
El milagro al revés.....	99
Historia de una rodaja de salchichón (con- tada por ella).....	141
Reflexiones. ....	127
¿Quién paga?.....	135
La cobranza (segunda parte).....	151
Una definición.....	161
El reconocimiento.....	169
Asperges.....	179
Los maimones.....	187
El criado mayor. ....	199

Calentura palúdica.....	207
¡Vuelve por otra!.....	213
La treta de Martínón.....	225
Rosenda y Rudesinda.....	237
El nuevo sistema.....	253
El gamonal.....	265
El burro encantado.....	293

## PROTESTA

---

Si apareciese en este libro alguna cosa contra la fe católica ó las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.





*Se acabó de imprimir este libro  
en Madrid, en casa de  
la Viuda é hijos de  
M. Tello, el 12 de  
Noviembre de  
1901.*







## OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

	<u>Pesetas.</u>
<b>Ripios aristocráticos</b> (sexta edición): un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>Ripios académicos</b> (tercera edición): un tomo en 8. <sup>o</sup>	3
<b>Ripios vulgares</b> (segunda edición): un tomo en 8. <sup>o</sup>	3
<b>Ripios ultramarinos</b> (primero, segundo y tercer montón): tres tomos en 8. <sup>o</sup> (segunda edición).....	9
(Se venden separados.)	
<b>Fe de erratas del Diccionario de la Academia</b> (tercera edición): cuatro tomos en 8. <sup>o</sup> .....	12
(Se venden separados.)	
<b>Agua turbia</b> , novela: un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>La Condesa de Palenzuela</b> , novela.— <b>¡A buen tiempo!</b> , idem.— <b>Inconsecuencia</b> , idem.— <b>La prueba de indicios</b> , idem.— <b>Metamorfosis</b> , idem.—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de <b>Novelas menores</b> .....	3
<b>Capullos de novela</b> : un tomo en 8. <sup>o</sup> .....	3
<b>Agridulces</b> (políticos y literarios): dos tomos en 8. <sup>o</sup>	6
(Se venden separados.)	
<b>Historia del corazón</b> (idilio). Agotada.	
<b>D. José Zorrilla</b> , estudio crítico-biográfico.....	4
<b>Pedro Blot</b> , traducción de Paul Feval.....	2
<b>La Iglesia y el Estado</b> , traducción del P. Liberatore. Agotada.	
<b>Cuentos de barbería</b> , edición ilustrada.....	2
<b>Sobre el origen del río Esla</b> (con un mapa).....	2

### EN PRENSA

**Ripios geográficos.**  
**Ripios ultramarinos**, montón 4.<sup>o</sup>

### EN PREPARACIÓN

**El Beato Juan de Prado.**  
**Imitación de Cristo**, de Kempis. Traducción del latín.  
**Ratoncito Nosedás.**  
**Fe de erratas**, tomo V.  
**Diccionario de la lengua castellana.**

G 23173

HEBORDS

200000 S.

BUENA VISTA